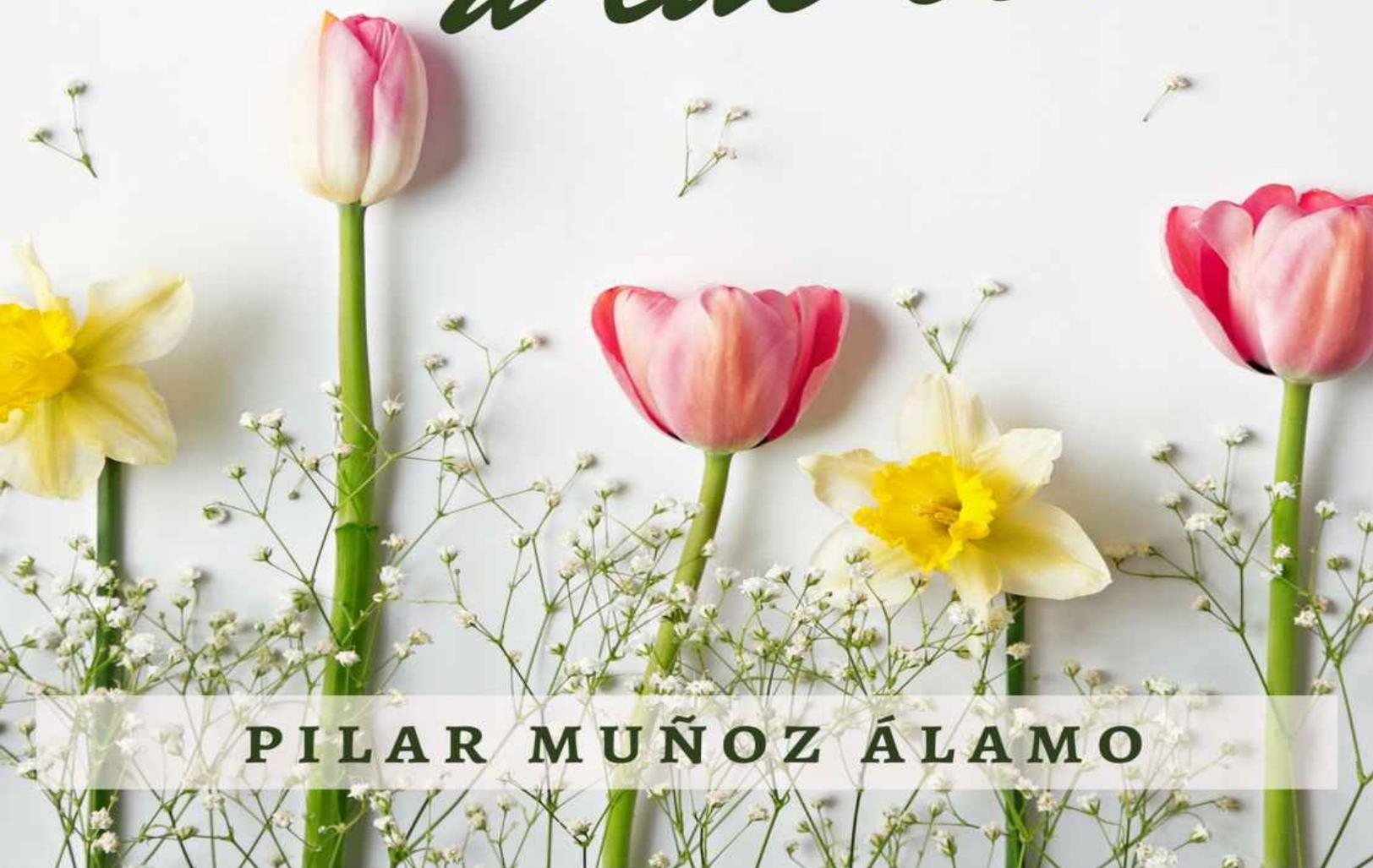


«Unas veces, no podemos huir del pasado. Otras, no deseamos escapar de él.»

Un café



a las seis



PILAR MUÑOZ ÁLAMO

Un café a las seis

Un café a las seis

Pilar Muñoz Álamo

Primera edición: julio 2017.

©Pilar Muñoz Álamo - 2017.

Registro de la Propiedad Intelectual: CO-134-17

Diseño de cubierta: Pilar Muñoz Álamo.

Imagen de cubierta: "Flat lay spring flowers with a pink coffee cup. Tulip and narcissus. Top view". Fotolia.com.

Maquetación: Pilar Muñoz Álamo

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los autores del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A quienes se atreven,
a quienes arriesgan, a quienes luchan.*

El primer amor es como la viruela,
deja huellas imborrables

ISABEL ALLENDE

Capítulo 1

Yo no quiero ir, pero temo la reacción de Lourdes si se lo digo.

Con la cabeza embotada y la mente en *standby* espero paciente a que los restos de Orfidal abandonen mi cuerpo para poder pensar con un mínimo de claridad. Aunque mucho me temo que este grado de apatía y desasosiego que siento no sea culpa del fármaco, sino de esta maldita lluvia que no ha dejado de golpear los cristales durante horas, llenándome de sombras.

Juanma todavía duerme, acostado sobre las sábanas, semidesnudo, luciendo ese cuerpo de Adonis que aún conserva a pesar de haber traspasado el umbral de los cuarenta. Envidio que no haya aparentemente nada en su vida capaz de perturbar su sueño, que haya enterrado lo que para mí sigue latente y pueda sonreírle al mundo y a sí mismo tan feliz. Yo, sin embargo, no me veo capaz de conseguirlo; tal vez porque tengo otros fantasmas de los que ocuparme. Tal vez porque uno de ellos se ha cansado de susurros y está haciendo sonar sus cadenas con fuerza desde hace días, mandando al traste mi aparente tranquilidad.

—Levántate mañana con el pie derecho, a ver si la vamos a joder, Raquel, que te conozco —me dijo Lourdes por teléfono ayer, aventurando el estado en el que me encontraría hoy.

Ella me conoce, ya lo creo que me conoce. Y también me quiere, razón por la que se atribuye el derecho a echarme un rapapolvo cada vez que le viene en gana si considera que es por mi bien. Pero hoy no estoy para aguantar broncas, ni siquiera amigables, por eso me da miedo decirle que la iniciativa la lleva el pie izquierdo desde que me bajé de la cama hace horas, que tengo perdido el control.

—No voy a joder nada, no sé si iré —le contesté entonces, pensativa.

—Escúchame bien, guapa, te espero en tu puerta a la una del mediodía, en un taxi. ¡Ni se te ocurra rajarte, que voy y te arrastro! ¿Te queda claro?

Sus últimas palabras, pronunciadas con inquina, me arrancan ahora una sonrisa. No dudo en absoluto de que sería capaz. Me cogería de los pelos para llevarme hasta el fin del mundo si hiciera falta, y más en una ocasión como esta. Según ella, lo merece.

Lourdes es una nostálgica redomada y todas las nostálgicas se resisten a olvidar tiempos pasados, los almacenan en la memoria con un hilo del que tirar de cuando en cuando para revivirlos y emocionarse con ellos. Viven aferradas a esa cuarta dimensión de tal manera que el pasado lo convierten en presente, y el presente lo inmortalizan para enredarlo con el futuro en un cóctel de tiempos que cohabitan a la vez. De ahí la cita. Tan solo a alguien como ella se le podría haber ocurrido reunirnos a todos para vivir un reencuentro después de veinticinco años con la idea, entre otras cosas, de ser testigos de cómo el destino se las ha gastado con nosotros, de las bondades o fechorías que ha hecho en cada una de nuestras vidas a lo largo de este tiempo. La taché de loca al saber que se había propuesto encontrar a más de cien compañeros del C.O.U. repartidos por doquier. No caí en la cuenta de que no estaba sola, de que había algunas otras poco cuerdas, ilusionadas y aburridas en su círculo de amigas dispuestas a alcanzar ese objetivo y organizar con éxito un evento en toda regla. Y así ha sido. Con Lourdes a la cabeza lo han conseguido y ahora su entusiasmo es evidente.

Pero yo no quiero ir. He pasado mala noche, malos días, una mala semana. Y lo último que necesito y quiero es tener que hacerle un quiebro a mi timidez para romper hielo tras hielo y charlar con distensión hasta ponernos al día de nuestras vidas; esconder lo que no quiero mostrar y demostrar interés ante lo que no me interesa conocer. Pero hay ratos en que escucho dentro de mí una campanilla parecida a las que anuncian un cambio de asalto, de clase, de acto como en el teatro. Hay ratos en que la siento vibrar en la mismísima boca del estómago y me asaltan las dudas, esas fieles compañeras que amenazan con unirse y compactarse para terminar transformando mi vida en una incógnita única.

El teléfono interrumpe mis pensamientos antes de que entre en la cocina para prepararme un café doble y cargado. Es Pedro. No me apetece nada hablar con él en este momento, además de que es sábado y me merezco un descanso. Pero está claro que la asertividad y yo no hacemos buena pareja, no nos llevamos demasiado bien, así es que descuelgo después de escuchar cuatro o cinco tonos. Mi compañero salta como un resorte sin esperar mi saludo.

—¿Has podido averiguar algo, Raquel? Estoy que no vivo.

—Buenos días, Pedro. No, no sé nada más, el lunes seguiré indagando.

Me resisto a posponer el café, tengo la cabeza como una jaula de grillos y necesito despejarla con urgencia, así es que aprisiono el teléfono entre el hombro y la oreja para manipular la cafetera.

—¿Y si me echan del colegio? —me pregunta, alarmado. Al ser concertado, podrían rescindirle el contrato con relativa facilidad, aunque no se lo digo, obviamente.

—Todo se arreglará, tranquilízate.

—Pero los padres han dicho que pondrán una denuncia, ¿tú sabes lo que eso significa? Yo no le rompí el diente al niño, Raquel, fue algo fortuito, pero ese monstruito lo está usando contra mí, sabe que lleva las de ganar.

A la vez que a Pedro, escucho a mi hijo vociferar desde la cama:

—¿Quién es el *pringao* que llama un sábado a estas horas para despertar a todo Dios?

Hago caso omiso a su comentario, prefiero no contestar; he aprendido a no entrar al trapo cada vez que lo saca, si no, la guerra sería continua. Enciendo la cafetera y con el teléfono adosado a la oreja para no interrumpir la conversación, echo una ojeada al salón para ver cómo quedó anoche.

—Pedro, como sigas llamando monstruo al niño la vas a liar más.

—Esto queda entre tú y yo. ¡Pero no me digas que no es un monstruo! Sabe que tiene a los padres de su parte y a medio colegio también, a los compañeros, hasta al A.M.P.A.

Mientras escucho, deambulo y devuelvo a su sitio todo lo que está fuera de él. Como una autómatas. Hay libros de texto por la mesa, cojines en el suelo, vasos con restos de Coca-Cola que huele a alcohol, palomitas quemadas en un bol... Recojo esto último para abandonarlo en el fregadero mientras la cafetera deja de echar líquido en la taza.

—¿Te importa que lo hablemos el lunes con más tranquilidad? —le pregunto, con tacto, tratando de empatizar con él. Sé que dos días es mucho tiempo cuando te comen los nervios, pero estoy atada de pies y manos, no puedo hacer nada por el momento.

—¡Mamáááááá! ¿Me preparas el desayuno?

Es mi hijo mayor, el del bocinazo con el que se quejaba de haber sido despertado por el timbre del teléfono. Cierro los ojos mientras suspiro.

—Pero, ¿tú crees que la directora me defenderá o...?

Pedro sigue a lo suyo.

La directora. Tendría que ser ella quien se ocupara de este embolado, una posible denuncia, ante la policía, de los padres de un alumno contra Pedro, profesor del niño, al que acusan de haberle propinado un tortazo y de echarle un diente abajo (aunque él jura y perjura que solo fue un leve pescozón porque lo tenía hasta los mismísimos —según sus propias palabras—, con el infortunio de que una leve pérdida de equilibrio lo llevó a darse de bruces contra el canto de la puerta). Pero la buena señora decidió apuntarse a última hora a la excursión de fin de curso de sexto de primaria, y eso ha desembocado en que yo, como jefa de estudios, esté ahora comiéndome el marrón. Otro más.

—¿Por qué piensas que no te va a defender? —pregunto a Pedro—. ¡Ven a hacértelo tú, que ya eres mayorcito! —le grito a mi hijo, tapando el auricular del teléfono para evitar la rotura del tímpano de mi compañero.

—Porque este colegio practica la misma política que unos grandes almacenes, el cliente siempre tiene la razón y a los empleados que los jodan. Tú ya sabes, no quieren mala fama que pueda poner al centro en entredicho y espantarle la clientela —me contesta Pedro, con crispación en la voz.

—¡Pero si estás en la cocina, ¿qué trabajo te cuesta hacérmelo tú?! —Mi hijo, que sigue rezongando desde la cama. Vuelvo a suspirar.

—¡Ya no estoy en la cocina, estoy en el lavadero —grito—, metiendo *tu* ropa de deporte en la lavadora para que puedas jugar mañana *tu* partido de baloncesto, así es que haz el favor de levantar el culo de la cama y venir tú a ponerte *tu* desayuno. —Enfatizo al máximo los posesivos, cabreada.

—Raquel, ¿me estás escuchando? —me pregunta Pedro.

—Pues no desayuno, paso —replica mi hijo.

¡¡¿Y si doy un alarido de histérica hasta quedarme ronca?!!

Bajo el teléfono hasta la altura de mis piernas y miro al cielo con los ojos vueltos. «Tranquila, Raquel, respira y cuenta hasta diez: uno, dos, tres...»

Suavizo la voz.

—Pedro, entiendo que estés preocupado, de verdad, pero ahora no puedo hacer nada, llevo una mañana de perros. Te prometo que el lunes hago todo lo posible por hablar con los padres y aclarar lo que pasó, ¿de acuerdo? Seguro que la cosa se habrá enfriado y se avendrán a razones.

Lo escucho graznar de fondo, apelando a la quiebra del sistema educativo, al exceso de poder que se les concede a los niños convirtiéndolos en déspotas, a los efectos contraproducentes de la actitud de los padres, con los que ya no puede contarse para ejecutar planes conjuntos en la educación y

aprendizaje de nuestros hijos, a que estamos criando vándalos y delincuentes en potencia, materialistas y sin valores, etcétera, etcétera, etcétera. Dejo el teléfono sobre la encimera mientras se desahoga y miro a Juanma, mi marido, que acaba de entrar en la cocina descalzo y semidesnudo, peinándose sus oscuros rizos con los dedos. Trae los ojos achinados, como si le molestara la luz, y un bostezo en su boca perfecta que le impide saludarme.

—Dile a tu hijo que se levante y que venga a hacerse el desayuno, me está poniendo atacada —le digo, señalando en dirección a la habitación.

Mi marido me mira con un cuajo que me exaspera.

—¿Y por qué no se lo dices tú?

—Porque como vaya yo lo guanteo —contesto, saboreando bilis, con un cabreo de nivel quince. Pedro sigue hablando solo en la encimera—. Además, no quiero ni ver su cuarto, a saber cómo estará.

Agarro de nuevo el móvil, parece haberse silenciado y temo que mi compañero haya colgado sin poder despedirme. A mi estado matinal y personal solo le faltaba añadirle la mala educación. Capturo al vuelo sus últimas palabras.

—...ya veremos. Que pases un buen fin de semana, Raquel.

—Lo mismo te deseo, Pedro, intenta desconectar. —Esbozo una sonrisa compasiva, aunque él no me vea—. Un beso.

Cuelgo. Mi hijo pequeño pasa por detrás de mí y comienza a rebuscar por los muebles de la cocina, en silencio. Yo sigo en el intento de acabar con los preparativos de mi desayuno.

—Mamá, ¿te has acordado de que yo me voy hoy de excursión?

Me vuelvo y lo miro, aunando la información que guardo dispersa por mi cabeza.

—Sí..., me lo dijiste hace unos días. Pero te traía de vuelta el padre de uno de tus amigos, ¿no?

—Sí, sí, no es por eso. Son los bocadillos. No hay pan.

Ahora miro a Juanma, enfrascado en la tarea de exprimir naranjas para hacerse su zumo de rigor.

—¿No compraste ayer el pan que te encargué? —le digo, temiendo su respuesta.

—¡Oh, mierda! —exclama, llevándose una mano a la frente—. Ni me acordé. Salí del supermercado y me vine directo a casa, olvidé pasarme por la panadería.

Con las manos apoyadas en la cintura y la cabeza agachada, doy unos

cuantos paseos por el centro de la cocina, respirando. Todavía puedo aguantar un poco más sin pegar un alarido que termine por despertar a media urbanización.

—¿Puedes ir ahora y comprar unas *baguettes* para que tu hijo pueda hacerse sus bocadillos?

No podría definir el gesto que compongo. Es una mezcla extraña de resignación, paciencia, hastío, cansancio y rabia contenida, todo en uno, como un detergente de lavavajillas. La panadería está a un kilómetro de casa, mi hijo Fran no tendría tiempo de ir y volver andando.

—Imposible —contesta mi marido, calmado y sin mirarme—, he quedado con un cliente dentro de una hora y todavía ni me he duchado.

—¿Con un cliente? Pero si hoy es sábado. ¿Y no vas al gimnasio?

Una vez más, la óptima comunicación entre Juanma y yo brilla por su ausencia.

—¿Y qué? Los centros comerciales abren los sábados.

—Pero tu empresa no.

—Yo me debo a los clientes, tengo que adaptarme a sus horarios si quiero cerrar contratos. Yo no tengo los fines de semana libres como tú, ni tantas vac...

—No me toques las narices, ¿eh? —lo interrumpo—, no empieces otra vez con el temita de siempre.

—¡Joder! Qué susceptible estás. ¿Qué te pasa hoy?

Que llueve, eso es lo que me pasa, entre otra decena de cosas. Pero me lo callo. Mi hijo sale al quite.

—No te preocupes, mami, me hago unos cuantos sándwiches y me compro algún paquete de patatas, hay un quiosco de chuches cerca de donde vamos.

Mis dos hijos son polos opuestos, no parecen haber nacido de un mismo tándem biológico. El mayor, a sus veintiún años, se ha colocado el mundo por montera y cree estar por encima de todo y de todos, le sobra hombro por el que mirar. Su inteligencia compite con su arrogancia, de elevado nivel, lo cual me saca de quicio y provoca entre nosotros más roces de los tolerables. El pequeño tiene diecisiete años y goza de un exceso de introversión preocupante. Es afable, paciente, sensato, pero necesita una patada en el culo que lo sitúe de cara a la vida si no quiere terminar como el hombre de las cavernas, solitario y cobijado bajo el ala de la casa y de la familia hasta el día del Juicio Final.

Le alboroto el pelo y le doy un beso, agradecida por no aumentar la presión que siento. Con el café ya frío y la escuálida tostada que me permito tomar en la mano, me encamino al porche para respirar un poco al aire libre y oxigenarme. De pasada veo un par de zapatillas junto a la puerta de la terraza, dos toallas enrolladas en una silla que apuesto a que están mojadas y, en un rincón, una pila de ropa por planchar y un tocho de exámenes por corregir para el lunes.

Me dejo caer en un sillón de teca del exterior, disfrutando del paisaje, mientras la taza roza mis labios. Cuánto daría en este momento por cerrar la puerta que tengo a la espalda y no volver a entrar en casa, en este mundo que me he construido sin saber bien cómo. Me aliso el pelo en un gesto que pretende calmar la desazón que siento. Una brisa suave empuja las nubes, parece que el cielo está abriendo, cosa que agradezco.

Mezclado con el ruido interior que mis tres hombres siguen haciendo, escucho el sonido de un wasap. Es un mensaje de Lourdes. «Recuerda, a la una en tu puerta». Resoplo. Tengo mil cosas por hacer y seguiré acumulando retraso si acudo a esa cita que terminará casi por la noche con seguridad, porque mi amiga no me dejará venirme antes. Y no tengo ninguna gana. Pero entonces me veré aquí sola, organizando el universo de cuatro. Con mi apatía. Con mi tristeza. Con la resignación bañándome la piel. Y no estoy dispuesta.

Apuro el café y me levanto con decisión secundando un impulso que acaba de sacudirme como un latigazo. Me largo.

Mi bata queda abandonada sobre la cama, me espera una buena ducha. Cuando entro en el baño, me cruzo con Juanma; acaba de salir de ella y lleva una toalla enroscada en la cintura. No duda en palmearme el trasero al verme desnuda.

—¿Al final vas a ir? —me pregunta, sobándome como un pulpo. Su toalla se abulta y me tenso.

—Sí —respondo, concisa, escueta, tajante. Agresiva, incluso. Ya tuve suficiente con el revolcón de anoche, no quiero más.

—Que lo pases bien.

Me sonrío y pone un beso en mi cuello, sin ninguna acritud. Después sale del baño y yo bloqueo la puerta con el pestillo que llevo tiempo sin utilizar. No quiero que me molesten mientras sigo un ritual olvidado con los años que hoy pienso recuperar: un baño de aceite y sales que me suavice mi piel, una depilación completa, una buena crema que nutra mi rostro, una ampolla con efecto lifting —que guardo desde hace tiempo para una ocasión especial— y

un maquillaje algo más intenso de lo habitual pero sin estridencias, que difumine las arrugas y las marcas de la piel, sin olvidarme de perfilar los ojos para intensificar esa mirada atractiva que aún conservo. Lo único atractivo, tal vez.

Cuando termino con todo, abro el vestidor. Saco unos buenos tacones, unas medias de verano para estilizar las piernas y echo una visual a la ropa, con intención de escoger algo acorde a la cita y a mi cuerpo, alejado el mítico noventa-sesenta-noventa por culpa de un trasero contundente y unos pechos pequeños que vengo luciendo desde la juventud. Nada que ver con las envidiables proporciones corporales de Juanma.

Al ver que no me decido, no puedo evitar cuestionarme lo que busco. ¿Impresionar? Tanto tiempo, tantos recursos empleados en defender que la valía personal no va en correlación con el físico, que esta debe buscarse ignorando fachadas, y resulta que ahora me descubro a mí misma dejando en manos de esa impronta mi seguridad como persona y como mujer. Me pregunto entonces cómo lucirán ellas. Si seré capaz de reconocerlas, si el tiempo habrá sido benévolo o las habrá castigado, si estarán en la miseria o gozarán del éxito personal y profesional que les auguramos meses antes de abandonar el instituto.

Me decanto finalmente por un conjunto de falda y blusa. Y con muchas incógnitas por resolver, cojo el bolso y me planto delante del espejo de cuerpo entero que está a la entrada. Al verme, no puedo evitar sonreír. Fuera, unos tenues rayos de sol piden permiso para salir. Yo no. Yo me lanzo al vacío sin esperar concesiones, haciendo sonar mis tacones.

Aunque solo sea por esta vez.

Capítulo 2

Avanzo a través del jardín comunitario en dirección a la salida, donde me espera Lourdes. Por un momento, esa puerta que veo a lo lejos me parece como una abertura al tiempo, la entrada a una especie de túnel que me trasladará a un mundo de recuerdos vivificados por sus protagonistas. Un solo estímulo es capaz de recuperar de nuestra memoria rastros imborrables de lo que fuimos, experimentamos y sentimos tiempo atrás. Y también de aquellos con quienes vivimos intensamente y a los que, sin embargo, terminamos desplazando en favor de otros que llegaron ocupando su lugar. Qué ilusas éramos a esa edad al pensar que los amigos nos durarían toda la vida, sin ser conscientes de que lo que se les pide con diecisiete puede estar a años luz de las exigencias en la madurez. Ahora, antes de confiar, rascamos para llegar a lo más profundo de quien nos brinda amistad; sin embargo en la juventud no se nos partía una sola uña en el intento, nos quedábamos en la superficie, bastándonos para crear lazos cualquier excusa tonta que pudiéramos encontrar, como tener las mesas unidas durante el curso lectivo, ser aficionadas al mismo grupo musical o hacer una fiesta de pijamas un sábado por la noche con secretos incluidos, no necesitábamos más. Pero como empezaba todo, acababa. Era suficiente cambiar de clase en el siguiente curso para renovar gran parte del repertorio amistoso, o que nos invitaran a una fiesta de disfraces descubriendo así que nuestras risas eran mejores en compañía de otros. Amistades efímeras, pero que cumplen con el papel que les asigna la vida, el de aportar experiencias acordes a esa etapa que toca vivir. Y que merecemos disfrutar.

Ahora tengo la ocasión de caminar hacia atrás. De analizarlo todo de forma retrospectiva y ser testigo del antes y del después. De los caprichos del destino o de la santa voluntad de cada cual.

Atrás quedan las voces de mis hijos, en el interior de casa; ahora los cantos de los pájaros me acompañan, no se escucha nada más. Vivimos a las afueras de Córdoba, en la falda de la sierra, en una urbanización de casas pareadas de una sola planta, con porche y jardín propios, pero con piscina

comunitaria, alejados del ruido y del bullicio de la urbe, aunque no del todo aislados. Jamás pensé que acabaría viviendo aquí. Tomar esa decisión nos costó una bronca enorme. Juanma soñaba con un chalet en pleno campo con parcela propia, al estilo de un cortijo; yo prefería algo mucho más pequeño y, sobre todo, céntrico, con todos los servicios cerca, librerías a la puerta y, a ser posible, un Corte Inglés a tiro de piedra. Habría claudicado por completo si mi marido fuera un amante nato de la naturaleza, pero intuía que solo buscaba fardar y eso me sacaba la mala baba. Después de un intenso y acalorado combate, disputado a varios *rounds*, terminé accediendo a medias y a regañadientes. Aunque al final acabé admitiendo que no estaba exento de razón; respirar aire puro, cambiar el techo por un cielo azul la mayor parte del año y no escuchar las voces de los vecinos en los cuatro puntos cardinales de la casa es impagable.

Ahora todo está calmado, no hay ruidos, a pesar de la presencia de Jesús, el chico que cuida y mantiene la comunidad. Lo miro mientras camino bordeando la piscina, intrigada por su mutismo. Con mis gafas nuevas puedo percibir su mandíbula. Descolgada. Jesús ha dejado inerte la barredora, aferrando el tubo con la mano mientras me observa sin decoro. Me pregunto si un ataque repentino de miopía le impide reconocermé, porque ni siquiera me saluda. Levanto la mano y le digo buenos días, pero no reacciona, sigue con los ojos apostados en mí. Inmediatamente pienso en tres alternativas: primera, he olvidado la falda y he salido al jardín en ropa interior —la descarto—; segunda, soy tan sumamente atractiva que levanto pasiones y corto el aliento allá donde voy —sonrío con ironía—; y tercera, estoy un pelín dejada habitualmente y cuando me arreglo soy capaz de sorprender. Me quedo con esta última, no sin cierta preocupación. Quizás porque esa dejadez no implica una falta de coquetería, sino un funesto estado anímico del que debería despojarme.

—¡Qué guapa está, señora Villegas! ¡Parece otra!

Él ha roto la mudez; yo levanto una ceja y le regalo una sonrisa forzada y un suspiro. Odio que me llame por el apellido de mi marido. Hay una costumbre española que me enorgullece y es la de no perder la identidad con las nupcias; eso de arrebatar nos parte de nuestro nombre para adoptar el del cónyuge, como si pasáramos a ser un bien de su propiedad, me subleva. Lo de «parece otra» después de decirme «guapa» no sé si considerarlo una ofensa a la Raquel más cotidiana o un halago al cisne que esta esconde en su interior. Pero no lo pienso, me resisto a calentarme la cabeza con banalidades.

Al alcanzar la salida, veo a Lourdes de pie junto al taxi, llevándose la mano a la frente y simulando que se limpia el sudor tras verme. Es una bromista de mucho cuidado, al igual que yo, por eso nos entendemos bien. La ironía, la hilaridad y el sentido del humor con el que limar las asperezas de nuestras vidas están omnipresentes, sobre todo cuando estamos juntas.

Me da dos besos en las mejillas después de observarme con aprobación. Se la nota excitada. Al subir al taxi, me acomodo a su lado en el asiento trasero y vuelvo a mirarla. El brillo que irradian sus ojos podría iluminar el interior del vehículo, está pletórica.

—Vas preciosa —le digo, apretándole el muslo con mi mano.

—Tú sí que vas guapa —me contesta, emocionada—. Deberías arreglarte más a menudo, Raquel, mírate. Este pelo liso, con flequillo y raya en medio es muy *chic*, me gusta. Y ese maquillaje. Eso sí, las patas de gallo no te las quita ni Dios, pero hoy son hasta bonitas.

Suelto una carcajada, reparando en que no soporta las cursilerías, en que siempre mantiene a raya las emociones antes de verse bloqueada por ellas. Tras la apreciación de Lourdes, rozo el contorno de mis ojos con la yema de los dedos.

—¿He cambiado mucho, tú crees que me reconocerán?

—Tu cara es la misma. Menos inocente, más arrugada y algo más delgada, pero igual. Mira.

Me muestra dos fotos impresas: una, con diecisiete años de edad; y otra, actual, justo la que tengo en mi perfil de Facebook.

—¿De dónde has sacado esta? —le pregunto, señalando la antigua.

—De mis álbumes privados. Una tiene sus fuentes de documentación, ¿sabes?

—¿Conservas fotos de aquella época?!

—Tengo un montón de fotos del viaje a Mallorca.

—¡No me digas! —exclamo, con un brote de nostalgia en los ojos.

—¿Cómo me iba a acordar, si no, de todos los que estábamos en el instituto? ¡Eran cuatro cursos, guapa!

¡El viaje a Mallorca, qué añoranza! ¡Cuánto supuso para todos nosotros!

Fuimos en barco. En autocar hasta Valencia y luego, surcando el Mediterráneo. Tan entusiasmados estábamos con la experiencia que no le dimos importancia ni a las vomiteras, y eso que nos dejaron el estómago vacío y la cabeza atolondrada como si hubiésemos bebido. Todavía recuerdo el momento en que aquella profesora *hippie*, recién llegada al instituto, escribió

en la pizarra el destino del viaje con el que aquel año despediríamos el C.O.U. Recibió una ovación mayor que la del concierto de Año Nuevo. Se nos desbocó el pulso, se nos aceleró el corazón sin poder contenerlo. Todos los viajes anteriores habían tenido como destino Barcelona o Madrid, nadie de nuestros predecesores había traspasado las fronteras peninsulares como lo haríamos nosotros y eso nos emocionaba, no solo por lo novedoso del viaje, sino porque nos sentíamos pioneros y privilegiados, y de todos es sabido que a los diecisiete, presumir y alardear engorda más que un bocata de chorizo untado en manteca. No pocas veces les he hablado a mis hijos de aquella emoción que sentimos, con el ánimo de hacerles valorar lo que ellos consideran *peccata minuta* por estar acostumbrados a viajes mayores; los intercambios de idiomas, las escapadas de puente o las becas de Erasmus se lo han puesto fácil. Lo que fue un sueño para nosotros, se disipa y desvaloriza para quienes han tenido la suerte de verse beneficiados por el avance de lo tecnológico, de los medios de comunicación, de la vida en sí.

Lo segundo que aquella profe escribió en la pizarra fue el destino concreto donde habían reservado el hotel. Magaluf. ¡Santo Dios! Magaluf y El Arenal eran las zonas de marcha por excelencia, donde había un mayor número de guiris y estudiantes a la búsqueda de juerga por metro cuadrado. Para ser sincera, a mí me asustaba un poco, reconozco que Lourdes no erraba mucho en la catalogación de palurda que hacía de mí. Pero en ningún momento renuncié a ir. Los coros exaltados que podía escuchar en clase, a mi alrededor, hablaban de grandes discotecas, *pubs*, playas con extranjeras ligeras de ropa entre las que confundirse. Alcohol, tabaco... A mis compañeros se les salían los ojos de las órbitas al imaginarse allí, porque todo eso no estaba tan al alcance de la mano como lo está ahora.

—Tú no consentiste probar nada, eras más mojigata... —apunta Lourdes, al escucharme recordar todo aquello.

—¿Qué dices?! Pero si me bebí un par de cubatas de Vodka con naranja...

—¿Un par de cubatas! ¡Ya ves! ¡En siete días! ¡Como para pillar un coma etílico! Y de tabaco, nada, ni una sola calada para ver cómo estaba.

—Te equivocas, un cigarro sí que me fumé.

Ella me mira, con los ojos muy abiertos.

—Mentira —exclama, de manera espontánea—. ¿Cuándo?! Yo no te vi.

—Cuando te fuiste a morrearte con Samuel a una esquina oscura de la discoteca.

—¿Samuel? ¿Qué Samuel?

—¡Joder, Lourdes, ¿es que no te acuerdas?! Pero si te metió la lengua hasta la garganta y la mano hasta no sé dónde.

—Samuel... Samuel...

—El del piercing en la oreja y el tatuaje en el brazo, el más macarra de C.O.U. C. —Lourdes sigue sin recuperar la imagen de aquel chico, a saber la cogorza que tendría encima. Y supongo, además, que no lo habrá localizado para la comida, si no, sabría de quién le hablo—. Déjalo, no te esfuerces. La cuestión es que sí lo probé y no me gustó nada.

—¡Qué mema eras!

Sonríó y continuó vagando por aquel tiempo, empapándome de aromas, sabores y de multitud de sensaciones que me dejaron la marca peculiar de la «primera vez». Como a tantos otros. Con qué poco nos conformábamos, cualquier cosa nos parecía un mundo. Por eso estábamos desbocados como caballos, viviendo la experiencia sin cordura, sin medir unas consecuencias que éramos incapaces de apreciar. Las ganas de diversión lo disculpaban todo. Hasta yo, con mi extrema timidez como un estigma, me permití hacer pinitos a los que no acostumbraba.

Los profesores que nos acompañaban se hicieron el firme propósito de atarnos en corto, pero no hay nada más peligroso que conducir a un colectivo de adolescentes, unidos con un mismo fin, hasta dejarlos a un palmo de lo prohibido. Su titánico esfuerzo por mantenernos en el redil resultó inútil; habíamos aterrizado en la isla con la decisión unánime de tomar por banda una libertad de la que nunca gozamos, de degustar lo que nos estaba vetado por edad, educación, convencionalismos o por la inmadurez que nos achacaban.

—¡Lo pasamos genial, fue algo inolvidable! —rememora mi amiga.

—¡Y tanto! ¡Qué emoción sentí cuando me vi en aquel paraíso, Lourdes, tan distinto a todo esto, el paisaje, la mentalidad, las costumbres, mi primera escapada sola, sin familia, con amigos...! Me dije que si algo tenía que hacer en la vida era viajar, conocer mundo. —Bajo la vista, extraviándola en cualquier lugar—. Y mírame. Veinticinco años después, el único país extranjero que he pisado ha sido el vecino Portugal y para comprar la cubertería y las sábanas del ajuar.

Arrancamos a reír, con un brillo apagado en mis ojos que no casa con la carcajada.

—¿Te acuerdas de cómo le dábamos esquinazo a los profes al llegar la noche?

Lourdes cambia de tema. Muy hábil. Y yo me dejo llevar. Vuelvo al hotel con la rapidez de un avión, rememorando nuestros asaltos a las habitaciones ajenas para meternos entre las sábanas y contar historias, hacer confesiones, pasarnos las botellas compradas a escondidas o fumar en el baño, intentando desintegrar el olor con colonia pulverizada a mansalva. Disfrutamos esos siete días como un paréntesis en nuestras vidas, como un alto al fuego en el que estaban permitidos los excesos que sabíamos que no podríamos tener tras la vuelta. Sin sopesar los riesgos, tomándonos a chufra las recomendaciones por considerarlas de un extremismo desmedido. Es curiosa la percepción errónea que del peligro se tiene a esa edad: todo es factible que le ocurra a otros, pero a nosotros no.

Pensando en todo esto, reparo en que, tanto Juanma como yo, no entendemos que nuestros hijos razonen y actúen ahora con la «falta de madurez» con que lo hacen. ¿Pero qué nivel de madurez les exigimos? ¿La propia de su edad o de la nuestra?

—¿Sabes que Felipe me besó en la playa el último día que fuimos?

—¿Qué me cuentas?! —exclama Lourdes, girándose en el asiento para observarme bien. La miro de reajo, con cara de circunstancia—. ¿Solo te besó, no hubo ningún rozoncillo por alguna parte?

—No, no hubo nada más. Me utilizó. El muy cerdo quería darle celos a Flori. Sabía que ella le había echado el ojo a un par de estudiantes negros alojados en nuestro hotel y quiso darle un tironcito de orejas.

—¡Eso no lo sabía yo! Ahora lo entiendo todo, por eso se fue directa hacia ellos cuando los vio en el *pub*.

—Así fue. En lugar de arreglarlo, con el beso que me dio lo estropeó todavía más. Flori se vengó de él dándose un muerdo con el negrito americano y cuando volvieron al hotel... Bueno, ya sabes lo que pasó.

—Sí, lo sé. Quiso comprobar de primera mano si la tienen tan grande como se dice o es una leyenda urbana —concluye, con un gesto obsceno que nos hace reír de nuevo—. ¡La que se lio con aquello, tía! Pero es que el chico estaba para mojar pan, yo también me hubiera metido en su cama.

—¿Y venirte a casa con el *souvenir* en la barriga, igual que ella?! ¡Déjate, déjate!

—¡Ja, ja, ja! El *souvenir*, vaya forma de llamarlo. ¡Ja, ja, ja!

—Un recuerdo con mantenimiento de por vida, aún peor que un Tamagotchi —añado, sumándome a su carcajada.

—Ella siempre negó que hubiera pasado la noche fuera de su habitación.

A los profes solo les faltó torturarla para obligarla a soltar prenda, pero nada.

Nos concedemos una tregua para limpiarnos las lágrimas, recobrando en parte la seriedad. El taxi avanza, no falta mucho para llegar.

—Además del *baby*, se trajo el apelativo de puta —comento, pensativa—, como otras muchas de las que picaron de varias flores estando allí.

—Es verdad. Y sin embargo a ellos los tacharon de «machotes» por hacer lo mismo, ¡vaya discriminación!

—Estoy pensando en el pollo que los padres le montaron a Flori al enterarse de la noticia.

—Es que no era para menos, Raquel, ¿tú no habrías hecho lo mismo? Joderte la vida así, con diecisiete años, es un palo.

Sin saber por qué, mi compañero Pedro se me viene a la cabeza.

—Contéstame a una pregunta, Lourdes, pero piénsala bien. Si hubiera ocurrido hoy en día lo que sucedió entonces, ¿a quién le habrían montado el pollo más gordo los padres?

—¿Te refieres a la preñadura de Flori?

—Sí.

Mi amiga guarda silencio, con la mirada esquinada y la mente ausente. No tarda demasiado en responder.

—A la profe *hippie*. Por haberlos llevado a Mallorca y no haberlos controlado como debía.

Sonríó abiertamente sin decir nada, porque nada tengo que alegar, ratifico la respuesta de Lourdes.

—¿Por qué lo preguntas? —insiste ella.

—Porque estoy pensando en cómo ha cambiado todo a lo largo de estos años. A nosotros nos tenían muy controladas las salidas, nuestros padres sabían con quiénes íbamos, a dónde, cómo volvíamos, y nos limitaban la hora de llegar a casa. No nos dejaban viajar sin adultos, nos ponían pegas si estábamos a solas con chicos, daba la sensación de que no se fiaban para nada de nosotros. Sin embargo, éramos autónomos en todo lo demás. Nos buscábamos la vida en el instituto, con los estudios, profesores, matrículas, becas, con los demás alumnos... Y también para comprar nuestras cosas, realizar trámites, solucionar problemas educativos o burocráticos.

—Sí, ¿y qué?

—Que ahora lo hacemos justo al revés. Tenemos a nuestros hijos entre algodones, les solucionamos cualquier papeleta como si fueran un hatajo de inútiles, les resolvemos cada cosa que surge pensando que no tienen madurez

o destreza suficiente para valerse solos. Y sin embargo, los descuidamos en lo más peligroso; les damos rienda suelta en las salidas, apenas controlamos sus relaciones sociales, los sitios donde se meten, ni lo que hacen en la calle. No les damos responsabilidades ni los obligamos a que las asuman cuando algo ocurre, al contrario, echamos balones fuera y les endosamos el muerto a otros. —Lourdes me escucha con atención, a pesar de no verse afectada al no ser madre—. Me pregunto de quién será realmente la culpa cuando fracasen o se den un batacazo de los gordos. ¿De ellos o de nosotros?

—Batacazos ha habido siempre y los seguirá habiendo, ninguna educación es perfecta —responde ella, con decisión—. Pero vamos a dejar el tema, que nos estamos poniendo serias y yo quiero cachondeo. Ya habrá tiempo para debates, ahora toca descocarse, olvidarse de la rutina y disfrutar. ¿OK?

Acepto, pero solo por complacerla, porque empiezo a tener la cabeza como un hervidero y me encantaría despejarla. Me veo como un barco a la deriva surcando un mar de dudas. ¡Ay, si al menos me llevara a Cancún!

El taxista da un viraje y yo me asusto. Se ve que él está acostumbrado a los infortunios del tráfico, porque no se inmuta. A mí me ha dado un vuelco el estómago. Miro a Lourdes y la veo recolocando el álbum sobre sus piernas.

—¿También tienes fotos actuales de todos los que vienen? —le pregunto.

—De todos, no; pero sí de bastantes.

—¿De dónde las has sacado?

—Algunas me las han mandado por correo después de hablar con ellos. Otras las he cogido de sus perfiles de *Face*.

—A ver, enseñámelas. Me da apuro de que me saluden y no tener ni puñetera idea de quiénes son.

Lourdes agarra el álbum, cerrado, y lo apresa contra sus piernas.

—¡Ah, no, no, no! Cita a ciegas, así es más divertido.

Vuelve a reír mientras forcejeo con ella.

—¡Déjate de coñas, Lourdes, que tengo curiosidad!

—¿Solo curiosidad?

Mi amiga me conoce más de lo que quisiera, aunque eso no es ninguna novedad. No le confieso que estoy nerviosa, pero un pellizco en el estómago hace que me revuelva y eso me delata. Pienso en cómo algunas de nuestras cualidades, incluso de nuestros defectos, parecen estar asociadas a situaciones concretas, a personas concretas. He conseguido batir la timidez en gran medida; a mis cuarenta y dos años soy capaz de ponerme ante desconocidos y

charlar con elocuencia sin que el miedo o la vergüenza me hagan farfullar o enmudecer como solía ocurrirme en la infancia y en gran parte de mi juventud. Pero eso solo ocurre ante desconocidos; ante amigos de la infancia, además de los recuerdos, recobro asociado a ellos el carácter de antaño y vuelvo a manifestarme igual. Me cuesta desligarlos.

Hago un barrido mental de unas personas y otras, al tiempo que clasifico, en función de la memoria, los rostros de los amigos, de los simples conocidos, de los estimados y de los odiados. Hasta que me detengo en un rostro especial, muy especial, que no sé bien dónde ubicar.

Las mariposas se agitan. Mi corazón se acelera.

—¿Y la lista de los que vienen? —pregunto.

Lourdes cabecea con pesar.

—Se me ha olvidado en casa.

—No te creo.

—Es la verdad. Se me ha olvidado y me jode un montón, porque quería controlar cuántos somos y quiénes.

No puedo reprimir una expresión de fastidio, de decepción. Buscarlo entre un centenar de personas, a saber por cuánto tiempo, hará que no pueda pegar el culo a la silla con tranquilidad.

Lourdes me da un codazo leve y me invita a mirar al frente. Entre una frondosa arboleda, se alza el hotel al que vamos. Sus perfiles lucen remarcados por un sol tímido que va empujando poco a poco a las nubes. Las palmeras nos reciben al traspasar la cancela. Altas, majestuosas, inmunes al tiempo. A medida que nos deslizamos por aquel carril, delimitado por pequeños faroles a ras de suelo, me sudan las manos. Empiezo a ser realmente consciente de aquello a lo que me enfrento, de lo que me puedo encontrar. Y no sé si estoy preparada. Las dudas me asaltan de nuevo y me asusto. Por un instante, no soy capaz de dilucidar si ha sido el empeño de Lourdes el que me ha arrastrado hasta aquí o, tal vez, mi inconsciencia, que nunca ha dejado de repetirme que las segundas oportunidades existen.

—¿Y esa cara de acojone que me llevas ahora? —inquire Lourdes.

—No tenía que haber venido.

La seguridad con la que lo digo la alarma.

—Mira, Raquel, no sé lo que te pasa, ni lo que temes, pero me da igual.

—Me coge ambas manos—. Estamos aquí y no voy a dejarte marchar, ¿está claro? Llevas años sin salir sola a ninguna parte, con la cara más amargada que un pez de pecera, metida bajo el ala de Juanma y pendiente, a todas horas,

de esos dos hijos que acabarán contigo a poco que te descuides. ¡Ah! Y con un cargo estresante que no abandonas por capulla; lo siento por el piropo, pero no encuentro otra explicación —apostilla. Yo trago saliva, con la boca tan seca que no puedo ni hablar—. Hoy es un día especial y estás que rompes. Lo vamos a pasar genial. Así es que cambia la cara, sonrías y disfrutas. Y si necesitas algo en cualquier momento, me chiflas y acudo, ¿de acuerdo?

La abrazo con todas mis fuerzas, parpadeando como las actrices de cine para evitar que una lágrima me deje el ojo hecho un borrón. Estiro mi falda, me acomodo las medias, me retoco el pelo y repinto mis labios. El taxi bordea el pequeño jardín en forma de media luna que preside la entrada al hotel. Un grupo de unas cincuenta personas se arremolina en las inmediaciones, dedicándose besos, abrazos, saludos..., sonriendo y riendo.

Abro la puerta del taxi.

La campanilla vuelve a sonar.

Capítulo 3

Lourdes camina delante y yo me escudo detrás de ella como una colegiala, como una niña tras su madre, como un pollito tras la gallina. ¿Pero qué estoy haciendo?

Tomo conciencia de la realidad y vuelvo al presente. Soy Raquel. Cuarenta y dos años. Profesora de primaria. Madre de dos hijos. Autosuficiente, inteligente y capaz. Frustrada y con los sueños truncados, sí, también. Pero no infantil. En algún lugar del alma sigo guardando ese mundo idílico que copaba mi mente en la juventud, al que aspiraba como alternativa a una realidad no comprendida y contra la que me rebelaba, recurriendo a una filosofía de vida construida a mi medida que inmortalizaba cada noche en las hojas de un diario. ¡Dónde estará ese diario! Querría poder leerlo para cerciorarme de cuántos ideales dejé tirados en la cuneta.

Me sacudo esa piel muerta que no me gusta, levanto la cabeza y sonrío. Lourdes avanza hacia el tumulto apostado a la puerta del hotel, con los brazos levantados como una diva para dedicarles un saludo colectivo de lo más teatrero. ¡Cuánto disfruta siendo el centro de atención, ni Sara Montiel en sus mejores tiempos! Me hace gracia. Tiene madera de líder desde el mismo día en que nació. Cada vez que lo rememora, presume de haber pasado llorando un puñado de horas para hacerse notar, para que el hospital en pleno tuviera constancia de su llegada a este mundo, como Jesús en Belén. La dejo hacer y me aparto, tomando mi propio rumbo.

Unas manos me toman por la cintura y una voz aflautada pronuncia mi nombre. Me vuelvo en el acto y reconozco a Beatriz Poveda, la que fuera mi pareja sufridora en clase de matemáticas con Bolzano y sus colegas, de cuyos teoremas no se enteraba ni Dios. Le doy un abrazo efusivo con gritito incluido, no ha cambiado nada, está estupenda. Ahí siguen su eterna sonrisa y los hoyuelos de sus mejillas, su pelo largo y rubio, veteado como siempre. Y una

chispa contagiosa en los ojos que te alegra con solo mirarla.

—¿Cómo estás, que es de tu vida?! —le pregunto. Me apremia saberlo todo en un instante, con tanta prisa como deseos tengo de alegrarme.

—¡Muy bien! Con marido, tres niños, un trabajo y mucho estrés, igual que todas —me contesta, sin dejar de sonreír.

Otra cortada por el mismo patrón, el que siempre se acepta, el que nadie cuestiona.

Sabía por amistades comunes que Beatriz había estado dando tumbos por toda Andalucía con contratos cortos de auxiliar de enfermería, sumando puntos y hasta décimas de punto para poder obtener plaza fija, como quien va a echando monedas en la hucha con toda la paciencia del mundo hasta tener suficiente saldo para alcanzar su objetivo.

—¿Dónde estás ahora? —le pregunto, sin soltar su brazo.

—En el hospital de Cabra. ¡Ya llevo diez años!

—¿Te dieron la plaza allí?

—Sí, pero de celadora, no de auxiliar. —Su sonrisa se atenúa—. Ya estaba cansada de tanto viaje y de pasar tanto tiempo fuera de casa. Lo aguanté mientras no teníamos niños, pero después... Mucho trabajo para Eduardo y mucha penita para mí, no podía estar sin ver a mis peques. —Vuelve a sonreír abiertamente—. ¡Pero estoy muy contenta! Gano menos, el trabajo es más monótono, pero tengo mejor calidad de vida, Raquel, y eso es lo que importa. ¿Y tú?

La historia se repite. Renuncias. Siempre renuncias en favor de la familia, de los hijos. Por un momento me siento identificada, pero luego encuentro una diferencia clara entre ella y yo: Beatriz hizo el intento de compaginarlo todo antes de tomar esa última decisión de abandonar, y ahora se la ve feliz; yo, sin embargo, ni siquiera lo intenté. Quería haber estudiado Medicina y haberme especializado en Pediatría, estaba muy sensibilizada con el sufrimiento infantil, aunque no supiera bien por qué; puede que fuera otra consecuencia de mi sentir idealista. Pero no obtuve nota suficiente entre el C.O.U. y la Selectividad, lo cual me obligaba a cursarla en una universidad distinta. Y largarme fuera de casa la friolera de seis años se me hacía un mundo y medio, se me descomponía el vientre con solo pensarlo. Ya que me gustaban los niños, mi padre me aconsejó estudiar Magisterio y, en todo caso, hacer Medicina después. Lo vi una buena opción, «la vida es muy larga, hay tiempo para todo», me repetí más de una vez. No era consciente entonces de que el tiempo tiene también otros dueños, patrones que lo manejan ignorando a

marineros como yo. El embarazo y mi casamiento con Juanma se apropiaron del mío, como en un préstamo sin derecho a devolución. A partir de ahí, dos nuevas piezas tomaron posiciones sobre el tablero de ajedrez: la estabilidad familiar y la necesidad económica. Y lo hicieron con tal contundencia que en una estrategia conjunta terminaron por comerse a la reina. Deseché la idea de seguir estudiando, tanto Medicina como las oposiciones oficiales a profesora de Infantil. «Asegura la plaza en el colegio concertado, acéptala —decía mi madre—, y mientras trabajas allí, te preparas para opositar». Qué ingenuas. Ella y yo, las dos. Con mi marido viajando a cada momento y yo asumiendo obligaciones por doquier, pocas horas libres podía regalarle a los libros.

Ahora sonrío con ironía al escuchar ese refrán de «más vale tarde que nunca», o aquel otro que dice que «nunca es tarde si la dicha es buena». Porque lo que importa no son los hechos, son sus consecuencias. Y estas no son las mismas cuando aquellos se realizan a destiempo.

Le hago a Beatriz un resumen apresurado de mi trayectoria vital, obviando frustraciones y otras penurias tontas que nos puedan estropear el momento; no soy de las que van contando sus tristezas al primero que se las pregunta, sobre todo cuando sé que es muy probable que no nos volvamos a ver. Ella me regala algunos piropos y me advierte de lo bien que me ha tratado la vida. Y pienso que no puedo desmentirla. Porque una cosa es el trato que te da la vida y otra, muy distinta, es la forma en que tú lo sientes y lo interpretas. Y la felicidad o la frustración atienden a esto último, no a lo primero.

Siguiendo a los demás, emprendemos el camino por un lateral del hotel para llegar hasta el jardín trasero, que cuenta con una preciosa pérgola, amplia y techada, bajo la que han dispuesto mesas sin sillas en las que servir los entrantes del menú. Me agrada la idea de Lourdes de tomarlos de pie. Me dijo que no quería vernos plantados en el mismo sitio durante todo el tiempo como si fuéramos champiñones, que quería que nos moviéramos y charlásemos con quien nos diera la gana, con total libertad. Y ha resultado un acierto. Entre el tumulto, intento localizarla y la veo a lo lejos. Con una mano retiene a una chica como si la hubiera pescado y no quisiera dejarla escapar, mientras dedica una sonrisa y unas breves palabras a otra que acaba de reclamar su atención. El murmullo es continuo e ininteligible, apenas hay diálogos prolongados, las interrupciones son frecuentes; nadie está dispuesto a respetar los turnos de palabra ni a hacer alarde de educación esperando a que cese una conversación para iniciar la suya, quieren contar y quieren saber, sin demora. Yo aprovecho para sacar mi móvil con idea de inmortalizar el ambiente en una

instantánea, se palpa el buen rollo y quiero dejar constancia de ello. «Cita anual de la Asociación de Risueños Anónimos», la voy a titular, porque no encuentro una sola boca dibujada en línea recta a lo largo y ancho de todo el jardín.

A la búsqueda de un encuadre perfecto, desplazo el móvil a la derecha haciendo un barrido visual que freno en seco al verlo allí, en un margen de la pantalla, de perfil a mí. ¡Es él! Ha venido. Casi se me cae el teléfono de las manos. Ya puedo confirmar que está aquí. Automáticamente, en un acto reflejo, le doy la espalda con un pellizco en el estómago que me deja sin aire. Ahora no sé si quiero que me vea, no sé si quiero enfrentarme a él, al fantasma que me ha estado atormentando sin descanso, que ha alterado mi sueño más de una vez.

Arrebato una copa de cerveza de una bandeja móvil que pasa a mi lado y me la llevo a los labios para esconderme tras ella. O disimular. Mientras bebo, puedo ver, por encima del borde del cristal, un rostro espectacular. La bajo con premura, con la boca abierta, sorprendida ante una imagen que por un momento me rescata del trance en el que estaba.

—¿Pero qué te has hecho, chiquilla?!

La pregunta con exclamación incluida me sale del alma, sin saludos ni preámbulos. Parece como si le hablara a quien vi ayer. Es mi amiga Laura. De no haber sido por el inconfundible gesto de su boca y por la expresión de sus ojos no habría podido reconocerla. Luce unas facciones perfectas y las arrugas debe de haberlas dejado en el coche, porque no la acompaña ni una.

—¿Estoy guapa o qué? —contesta, adoptando una pose de alfombra roja.

Nos abrazamos con fuerza y nos balanceamos sin soltarnos. Durante el abrazo, Laura me clava sus pechos turgentes y poderosos, avasallando a los míos, que están en clarísima desventaja. Me retiro un poco y los miro.

—¿Te has puesto más?! —le pregunto, riendo.

Conocí a Laura en primero de bachiller, cuando teníamos catorce años, y fue de las pocas que coincidió conmigo en todos los cursos hasta acabar. Todo lo que tenía de inteligente lo tenía de vaga, aprobaba por la mínima, porque no se dignaba a coger un libro; la atención prestada en clase y una habilidad fuera de lo común para idear chuletas la salvaban siempre. Eso, en relación a lo intelectual; en cuanto a lo físico, los genes —o alguna entidad divina a la que le cayó en gracia— la dotaron de una delantera que imantaba las miradas masculinas. Hasta el menos libidinoso se dejaba la vista enganchada a su escote, inmutable hasta en invierno. «Cualquier día de estos se te congela el

canalillo», solía decirle yo más de una vez, cuando la veía llegar.

—Lo más de lo más en implantes —me dice—. Toca, toca.

Sujeta mi mano y la lleva hasta uno de sus pechos. Me falta palma para abarcarlo entero, pero noto el tacto y su densidad a la perfección.

—¿A que es de lo más natural? —me pregunta, entusiasmada.

Asiento, sin parar de reír.

—No acostumbro a tocar muchas, pero sí, es natural, ¡ja, ja, ja!

—Regalo de mi marido. Novedad en la clínica.

—¿Tu marido? ¿Te casaste con un cirujano plástico o qué?

—No, no, que va. Me refiero a que la operación ha sido un regalito de mi marido, por nuestro aniversario. ¿Te acuerdas del taller de joyería en el que trabajaba mi padre?

—Sí, uno grande que estaba en un polígono industrial, ¿no?

Lo confirma con una oscilación de cabeza y luego, se acerca a mí para soltar la confianza.

—Le eché el ojo al hijo del jefe. Guapito, algo pijo, como me gustaban a mí, y con todas las papeletas para hacerse cargo del negocio cuando se jubilara su padre. Me lo metí en el bolsillo poquito a poco y ya no lo dejé salir de ahí. Hasta hoy —afirma, resolutiva—. Como una reina, nena. Tan feliz.

Y exultante, añadiría yo. Puedo notar cómo rezuma orgullo y satisfacción por todos los poros de la piel, como quien consigue su meta más preciada, acorde a sus mejores propósitos.

Se disculpa y se aleja con la misma efusividad con la que me había abordado, dispuesta a saludar a otra de sus mejores amigas. Yo aprovecho el instante breve en que me quedo sola para apropiarme de un dátil con beicon de una de las bandejas, mientras mi mente sigue dando vueltas, deduciendo al final que es imposible determinar una vía común para lograr la felicidad si cada cual la encuentra de una manera tan radicalmente distinta. Mujeres pugnando por hacerse reconocer en el mundo laboral, lamentando no poder desempeñar una labor profesional de utilidad que las haga sentirse orgullosas de su propia valía, mientras otras son felices exhibiendo una tarjeta de crédito como mejor cualidad. De todo ello, y a pesar de la aparente disparidad, comienzo a extraer la probable conclusión de que la satisfacción sentida a nivel personal no depende de los logros conseguidos ni del cariz de los mismos, sino del hecho de que estos se adecúen a lo que siempre quisimos, a lo que siempre aspiramos, fuera lo que fuese. Tan sencillo como eso y tan

complicado de conseguir a la vez.

Ahora lo empiezo a entender.

Un camarero me ofrece un pincho de tortilla con salmorejo y cambia mi copa vacía por otra llena. No tengo demasiada hambre, pero me sirve tener algo entre las manos con lo que matar los nervios. Mientras lo mordisqueo sigo haciendo mi vuelta de reconocimiento, revisando bien cada corrillo al que me acerco. Desde que lo he visto, estoy intentando mantenerlo localizado con el mayor disimulo de que soy capaz, aunque a veces se me pierde, y temo que me aborde por la espalda y a traición. Quiero medir bien mis palabras si un encuentro entre nosotros tiene lugar al final. Es mucho lo que me juego, después de tantos años.

Alguien me saluda en la distancia, con una sonrisa abierta y una mano levantada. Me extraño de no resultar desconocida y, a la vez, me congratulo por una actitud extrovertida que no pensé que pudiera mostrar. En la vida, y en contra de lo que creemos, nunca terminamos de conocernos a nosotros mismos, siempre conservamos la capacidad de autosorprendernos. Como hoy, con esta faceta escondida que me gustaría no volver a ocultar.

Tras saludar a José Antonio Almagro, al que bautizamos en tercero como «el químico loco» por hacer en el laboratorio experimentos a escondidas, me acerco a una chica a la que no consigo identificar, pero que no cesa de mirarme fijamente, dando por sentado que debería conocerla.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —me pregunta, muy cauta.

Por primera vez desde que estoy aquí siento el estupor que vaticiné en el taxi cuando una cara extraña se pusiera ante mí. Compongo un gesto de ignorancia con la mayor simpatía de que soy capaz. Violenta.

—Rosa Román —anuncia—, estuvimos juntas en primero y en segundo. He cambiado un poquito, pero...

¡La Ro-Ro! ¡Dios bendito! Tiene encima, al menos, veinte kilos más. Siempre había sido menudita, casi enclenque, lo cual la hacía parecer más niña. Su rostro se ha ensanchado y se ha transfigurado por completo, me cuesta un mundo enlazar su antigua imagen con la que está ahora mismo delante de mí. Su voz, sin embargo, sigue tan fina como un hilo de seda. Y tan sutil. Si yo era tímida, la Ro-Ro era la releche. Cuando estaba con ella se esfumaban mis complejos, me crecía a lo largo y a lo ancho, como las pompas de jabón, y eso me hacía sentir bien. En el mundo de los ciegos, el tuerto es el rey, ya se sabe. «¿Y la que está a su lado con un refresco de naranja en la mano?», me pregunto. Teresa Diosdado, ahora la recuerdo. Apenas tuve contacto con ella

en el instituto, aunque la conocía por ser la comidilla de los chicos, que la tachaban de estrecha, beata, rara y más puritana que la santa de Calcuta. Dicen que la cara es el espejo del alma y la de Teresa corrobora el dicho. No me extraño cuando me dice que es monja, lo lleva escrito en la frente.

Le devuelvo la atención a la transmutada Rosa. Después de intercambiar algunas chorradas sin trascendencia, termina contándome que no tiene hijos. No me corto un pelo, la felicito al recordar los sofocones que me dan los míos y alabo además su libre decisión de no traerlos al mundo, aunque la tachan de ir contra natura. Pero resulta que no ha sido una decisión propia, sino una imposibilidad física, una infertilidad en toda regla lo que se lo ha impedido, razón por la que está aquejada de una depresión de caballo que no logra superar.

No sé dónde esconderme, ¿alguien tiene una capa de invisibilidad?

Bebo un sorbo de cerveza para aliviar el rubor, pensando que nunca llueve a gusto de todos. Aunque también pienso lo fácil que es decir aquello que no se siente cuando están los ánimos exaltados.

—¡Acabo de meter la gamba hasta el fondo, tía! —me dice Lourdes al oído, provocándome un sobresalto. No la esperaba.

—¡Ja! ¡Seguro que no tanto como yo!

—He visto a Flori —continúa, sin escucharme—. Estaba en un corrillo, enseñando las fotos que lleva en el móvil. ¡Tiene un nieto de seis años, precioso!

Hago cálculos mentales con una agilidad pasmosa, a pesar de la cerveza. Fue abuela a los treinta y seis, qué precocidad, la suya y la de su hija. No puedo evitar cuestionarme si impera la imitación más que la educación, porque me choca que en estos tiempos su niña no haya tenido la información suficiente como para evitar un embarazo que en el caso de Flori fue circunstancial, o más bien producto de la ignorancia, por qué no decirlo. En el colegio se limitaban a hablarnos del «cuerpo» junto a unas cuantas nociones de sexualidad tan genéricas que era imposible afinar en detalles, en esos mismos detalles que nos provocaban luego más de un susto o un problema. Y en el instituto se nos creía ya con todo aprendido, cuando la realidad era que teníamos, en cuanto a conocimiento sexual, más mitos y leyendas que un pueblo de la España profunda en el siglo pasado.

—Bueno ¿y qué? —contesto a Lourdes—. Una abuela joven, el niño está de suerte.

—Pues eso mismo he dicho yo, que tenemos una edad ideal para ser

abuelas, porque lo de ser madres ya nos viene largo, se nos ha pasado el arroz. Se queda callada, observando como el *maître* hace indicaciones para que pasemos al salón.

—¡Acaba ya, que me tienes en ascuas! ¿Qué gamba has metido?

—María José Gutiérrez, la que tripitió segundo, 44 años, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Estaba en el mismo corrillo que Flori, con una barriga hasta la boca. Palabrita del Niño Jesús que no la había visto. —Hace una cruz con los dedos y la besa. Yo me río el verla, no termino de encajar esos dichos tan antiguos y beatos que me suelta algunas veces—. Cuando me ha escuchado, ha puesto un gesto raro y se ha ido corriendo al servicio. Josefina Molina me ha dado un codazo, me ha dicho que el niño viene además con síndrome de Down.

—¡No jodas! —suelto espontáneamente, sin controlarme.

—Me voy a cortar la lengua, te prometo que ya no vuelvo a decir nada más.

—Tranquila, yo también debería cortármela, esto de tenerla larga debe de ser contagioso.

—Joder, si es que no sé cómo podemos tener vidas tan distintas, Raquel —me dice, mirándome a los ojos por primera vez desde que ha llegado—. ¡Pero si salimos todos del mismo sitio!

Le quito importancia al asunto para calmarla. Aún queda mucho día por delante y me temo que seguiremos sorprendiéndonos al comprobar cómo el destino, la voluntad propia o el entorno de cada cual nos ha manejado hasta convertir en dispares montones de vidas que prometían ser iguales, o al menos parecidas. Persisten elementos comunes, pero conducidos por diferentes caminos y con consecuencias distintas. El instituto nos abrió la puerta al mundo. Fue una línea de salida de la que partir para llegar a una meta de la que ni siquiera teníamos conciencia clara. Como tampoco la teníamos de la forma de alcanzarla. Ahora tengo la oportunidad de reencontrarme con ellos, con quienes participaron en la misma carrera vital que yo, y compararme para sacar en conclusión que esta vida no atiende a razones, ni se digna a doblegarse ante las leyes de la lógica.

Entramos en el salón. Lourdes ya viene a mi lado, pero aun así la sujeto; quiero estar sentada a la mesa con ella, silla con silla, para poder compartir observaciones y confidencias. Cuando ya casi todos se han acomodado, yo todavía permanezco de pie, paseando la vista de un lado a otro con insistencia.

Lourdes me tira del brazo con brusquedad para que me siente.

—¿Se puede saber a quién buscas?! —exclama, intrigada.

Capítulo 4

La pregunta de Lourdes me devuelve a la mesa y me hace ser consciente de lo que he callado, del grado en que he guardado para mí unos sentimientos que, tal vez, haya estado arrinconando sin darme cuenta por temor a que acabaran reclamando un reconocimiento que yo no podía darles. O que me daba miedo darles. A lo largo de los años en los que Lourdes me ha venido acompañando, he pasado por esos sentimientos de puntillas, se los he confesado de manera genérica, sin adjudicarles nombre, porque cuando algo se personaliza se desvanece lo ambiguo y se configura una imagen que ya es difícil de ignorar, que nos tira de la falda para que la miremos frente a frente con un valor que quizá hayamos perdido o que jamás tuvimos.

Puede que haya llegado el momento de pronunciar su nombre, de hacer las presentaciones oportunas. Mis mariposas se revolucionan. «Esta es Lourdes, mi mejor amiga. Y este es él. Gonzalo».

Me estremezco al pensarlo.

Las palabras de Manuel Ortega, dirigidas a Lourdes como anfitriona del evento, dejan las mías bailando en los labios. Acapara su atención y la de toda la mesa.

—Te felicito, chica, no sé cómo has podido conseguirlo, reunirnos a todos, con los que somos. ¡Qué trabajazo!

El camarero comienza a servir el vino y dispone unas cuantas botellas de agua sobre la mesa. Y mientras en ella se inicia una conversación que escucho de fondo, sigo oteando el salón como una vigía de barco, temerosa de gritar «tierra» ante un posible descubrimiento. Pero lo tengo difícil, muchos de los compañeros me dan la espalda al estar sentados en mesas circulares de gran diámetro. No puedo reconocerlos con facilidad. Si encajar algunos rostros ya me está costando, adivinarlos por detrás va a ser una tarea imposible.

—No lo he conseguido con todos, nos han faltado unos veinte a los que

no hemos tenido forma de localizar, pero aun así son bastantes —contesta Lourdes, orgullosa—. Tú eres uno de los que nos ha costado encontrar, Manu, no aparecías en ninguna red social, ni quienes yo creía que eran amigos tuyos sabían de ti.

—Ya, mi círculo social ha cambiado un poquito. Y no tengo Facebook, Twitter, ni nada que se le parezca, prefiero el contacto real.

—Un artista de los de antes, bohemio, de la calle... —apunta Lucía Benítez, sentada frente a él.

Al escucharlo hablar de Facebook caigo en la cuenta de que podría haber buscado a Gonzalo en la red. ¡Qué tonta he sido! De haberlo encontrado quizá podría haberme hecho una idea de cómo es su vida por los detalles de su biografía, observando alguna foto publicada abiertamente o por los *posts* que hubiera podido leer. Siempre he tenido curiosidad. Siempre me han faltado respuestas a los cientos de preguntas que me he hecho en torno a él.

Vuelvo a levantar la vista, sorteando obstáculos y columnas; he perdido su rastro al entrar en el salón y ahora no sé dónde está. Hay varios sitios vacíos. ¿Se habrá ido ya?

Lourdes me saca de mi abstracción cuando me pasa un móvil para enseñarme imágenes de las pinturas de Manuel. De Manu Ortega como solíamos llamarlo. Era todo un personaje. Coincidió con él en primero de bachillerato y es de las personas a las que nunca olvidas. Pasó el curso entero sentado en una de las bancas que había delante de mí, permitiéndome que matara el aburrimiento al curiosear, desde mi posición privilegiada, todo lo que hacía mientras el profesor explicaba. Manu abría el libro por la página correspondiente al tema que tocaba dar y, a partir de ahí, dejaba de escuchar. Ignoraba lo que ocurría a su alrededor y se enfrascaba en dibujar la primera imagen que apareciera en el tema de marras. Era asombrosa la velocidad a la que trazaba las primeras líneas sobre el papel que, en nada de tiempo, se convertían en un boceto fiel al modelo, para luego cobrar relieve al aplicarle sombras que difuminaba con los dedos. Tenía alucinada a la profesora de dibujo, aunque también la sacaba de quicio más de una vez. Cuando ella nos pedía dibujar algún volumen en perspectiva, Manuel no se limitaba a la parte técnica, siempre terminaba aderezando el dibujo con elementos realistas que acababan por convertirlo en un auténtico cuadro. Sobre él indicaba la perspectiva caballera, el punto de fuga, la línea del horizonte y todo cuanto la profe pedía que señaláramos, pero sobraban los arbolitos, el perro con la pata en alza y algún que otro coche haciendo el trompo en una esquina de la calle.

—¿Seguiste con el dibujo? —le pregunto.

—Sí, seguí. —Apenas me mira, siempre le costó hablar cara a cara, nunca supe si por timidez o porque estaba demasiado ocupado observando el entorno para dibujarlo después. Tenía obsesión—. Vivo de la pintura, tengo ahora una exposición itinerante con muy buena acogida.

Se ruboriza.

—¿Entonces te dedicas a la pintura profesionalmente? —insiste Lourdes, sorprendida—. ¿Y las mates? ¿Y la física? ¿Qué hiciste con ellas?

Manuel sonríe con ironía, recordando tal vez los viejos tiempos en que se rebelaba a muerte contra el sistema. Me contaba que no podía comprender por qué debía saber operar con las valencias de los elementos en formulación química, averiguar el tiempo que tarda un móvil en recorrer una rampa con rozamiento o resolver sistemas de ecuaciones con tres incógnitas si él solo aspiraba a pintar, a plasmar un paisaje sobre el papel o recrear la expresión y las emociones de un rostro en un lienzo a gran escala.

—¡No me hables! —exclama, levantando la mano y cerrando los ojos, con expresión jocosa—. Me tuve que tragar lo que hizo falta con tal de tener la titulación, sin ella no iba a ninguna parte. Pero me costó un mundo. Estuve a punto de abandonar y aprender a pintar en la calle, como un autodidacta. ¡Mira que todos los profes sabían de sobra a lo que me quería dedicar, creo que nadie en todo el instituto lo tenía más claro que yo! ¡Pues ni por esas me pasaron la mano!

—Es que hay vocaciones que en España no se respetan —apunta Lucía, otra de las compañeras de mesa—. Y antes todavía menos. A mí me pasó lo mismo, mi pasión eran los idiomas, pero en aquel entonces, el sistema de enseñanza de las lenguas extranjeras era una mierda.

—Y ahora también —añado.

—Normal, con este gobierno... —apunta por lo bajo Ana Giménez, sin que prestemos atención a su comentario.

—Sí, pero ahora ya hay institutos bilingües y un montón de academias de idiomas con profesores nativos que imparten cursos anuales o intensivos para aprenderlos en no mucho tiempo —continúa Lucía—. Yo estudié Filología inglesa y dábamos muchísimas materias relacionadas con la lengua que no era el idioma en sí. Cuando acabé solo entendía el inglés con acento español.

—¿Y qué hiciste para acabar dónde estás? —le pregunta Lourdes.

—¿Dónde está? —me susurra Ana, encogiéndose de hombros, intrigada.

—En el Parlamento Europeo, soy traductora e intérprete —aclara—.

Pues nada, coger la maleta y largarme a Inglaterra para trabajar de *au-pair* unos cuantos años y aprender lo que aquí no pude. Seguí estudiando allí hasta obtener diplomas oficiales que me abrieran las puertas a todo ese mundo.

—Pasando penurias hasta llegar adonde querías —afirmo pensativa, mirándola con una mezcla de compasión y admiración.

—Pasando penurias, tú lo has dicho. Pero lo conseguí, a pesar de todo. Dejándome parte de la juventud sin disfrutar, eso sí. Pero bueno, quien algo quiere, algo le cuesta, ¿no?

Me quedo con esa última frase haciéndose eco en mi mente mientras escucho a Ana Giménez lanzar improperios contra el sistema político actual. Un desfile de términos manidos, por su uso reiterado en los discursos de la clase política, rulan por la mesa. Me suena a demagogia barata y estoy tan cansada de escucharla en las reuniones burocráticas del colegio que desconecto. Miro a Lourdes y ella, que adivina mi gesto de perplejidad, me apunta que Ana se echó un novio sindicalista, activista en un partido emergente, que descubrió en ella su vocación escondida. Desde entonces participa en mítines, asambleas, debates y en todo cuanto se tercie por defender unos ideales con los que asegura comulgar al cien por cien. A mí esto de defender los ideales con los que una comulga no me sorprende, lo que me deja de piedra es su cambio de actitud, o más bien, el cambio radical en su personalidad. No había chica con más falta de carisma en el instituto que ella, no levantaba la voz ni rebatía las afirmaciones de los demás por una inseguridad personal que la bamboleaba de un lado a otro como una cometa. Si había que elegir entre dos opciones, Ana levantaba ambas manos para no definirse. Jamás podría haber imaginado en qué grado una influencia externa puede hacer mutar hasta el espíritu.

—Te pregunté antes que a quién buscabas y te has hecho la sueca —me dice Lourdes, acercándose a mi oído e ignorando, al igual que yo, una conversación que ha derivado en debate al otro lado de la mesa.

Mi estómago da otro salto y decenas de pinchazos diminutos me acribillan las sienes. Trago saliva.

—A Murillo —le contesto, con un hilo de voz—. Buscaba a Gonzalo Murillo, ¿te acuerdas de él?

—Gonzalo Murillo —repite, intentando recordar.

—No sé si se ha apuntado a la comida, como no he visto la lista...

—Sí, sí que se ha apuntado. Lo vi antes, en la terraza.

—¿Ese estaba en nuestra clase?

—Estaba en C.O.U. D. Él era de la rama A, de la científica-tecnológica. Entró en el instituto en tercero, pero no coincidimos ninguno de los dos años.

—¿Y entonces? ¿Cómo es que lo conoces tan bien?

Su tono de voz y la forma en que lo pregunta me ruboriza.

—¿Tan bien? Como a otros muchos, ¿no?

—¡Déjate de milongas, Raquel, que lo llevas buscando desde que entramos, a ver qué has tenido con él! —Me delato al mordirme los labios—. ¡Eh! ¡No me has contado nada de eso, mala pécora! —Respiro profundamente—. ¿Cómo es? Me suena el nombre, pero no le pongo cara. —Froto las manos contra mis piernas mientras Lourdes se esfuerza en encajar los datos—. Espera... Creo que con ese chico no llegué a contactar, lo hice con Cristina Ruiz. ¿Te suena que sea su amiga?

—Sí, sí lo es. Estaba en clase con él.

—Claro, ahora recuerdo. Le encargué a ella que se lo dijera, pero no estaba segura de que pudiera venir. Es uno de los que no me terminaron de confirmar la asistencia.

Vuelvo a mirar al salón y en un golpe de vista fortuito lo localizo, sentado tres mesas más allá. Junto a Cristina. La mirada se me queda enganchada a él, colgada como en una percha. De pronto se gira buscando a un camarero y me ve. Se queda quieto, con la mano suspendida en el aire. Y yo petrificada, con un amago de sonrisa que no prospera congelada en la cara. El pulso se me dispara. Pero antes de que reaccione, él baja la mano con la misma lentitud que la cabeza y devuelve la atención a su mesa y a Cristina sin decir nada, sin un saludo, sin un gesto, sin una mísera mueca que me dé a entender lo que ha pensado. Lo que ha sentido. Yo sí sé cómo me siento. Como una imbécil. Como una mujer infantil y tonta que ha jugado a ser princesa de las que encierran en la torre del castillo para que su amor las salve.

La voz de Rafi Alcaraz, sentada en nuestra misma mesa, me sobresalta.

—¿Que te casas?! ¡No me digas, Luis, me alegro mucho, ya era hora!

—A ver, cuando nos han dejado —aduce él.

—¿Cómo que cuando os han dejado? ¿Quién? ¿El gobierno?

Me pierdo en la conversación, no sé si porque estoy dispersa o porque me faltan datos, pero no sé de lo que hablan. ¿Qué tiene que ver el gobierno en la boda de Luis?

—En parte, sí —contesta él.

—¡Venga ya —exclama Rafi, con desparpajo—, pero si hace diez años que se aprobó el matrimonio gay en España! Eso son excusas.

Lourdes me arrea una patada por debajo de la mesa para que cierre la boca, porque se me ha quedado tan abierta al escuchar las últimas palabras que soy capaz de tragarme el canario que había en la puerta.

—¿No lo sabías? —masculla entre dientes, mirándome, sin mover los labios, como una ventrílocua—. Desde luego... Vivir allí arriba, rodeada de verde follaje, te ha tenido más aislada que un pingüino en Alaska.

No me lo puedo creer. Giro el cuerpo hacia ella y le hablo en voz baja mientras me pongo la mano en la boca con disimulo.

—¡Pero si tú misma lo bautizaste como «el machito español»!

—Eso pasó a la historia, el armario se abrió hace ya unos cuantos años, chica.

Se me desborda el grado de confusión entre unas cosas y otras. Demasiada información por asimilar, demasiadas emociones amenazando con derramarse sobre el mantel, demasiados sentimientos contradictorios hurgando en mi pecho.

Mis compañeros de mesa continúan charlando y a mí las palabras se me evaporan antes de que las escuche. No puedo quitarle ojo al motivo de mi asistencia, que parece entretenido, hasta risueño, no como yo. Alguien ha debido de contar un chiste, porque todos ríen, también él. Entonces hace un comentario mirando a Cristina y ella le pasa el brazo sobre los hombros. Y le da un efusivo beso en la mejilla. Algo se me remueve por dentro sin que sepa describirlo. Está con ella y es feliz. ¿Qué demonios pinto aquí? ¿Qué pretendo hablar con él? He estado angustiada y con cargo de conciencia durante un montón de años por aquello que no hice y ¿para qué? Tal vez eso a él no le haya importado nunca. Al menos, no tanto como a mí.

Retiro la silla y dejo la servilleta sobre la mesa.

—Me voy, Lourdes.

—Que ¿qué?

Pone su mano en mi muslo para retenerme.

—Que me voy a casa, ya he visto todo lo que tenía que ver.

Hablo en voz baja y con cierta congoja, buscando mi bolso.

—Espera, tranquilízate, ¿quieres? ¿Qué es lo que has visto? Dime.

—Lourdes, yo he venido aquí por él. Me alegro de haberme encontrado con ellos —le digo, mirando a los compañeros—, pero no han sido ellos los que me han empujado, tenía que arreglar cuentas con mi pasado y preveía que ese pasado estaría aquí. Por eso me decidí.

—¿Y ya lo tienes todo arreglado? No te has movido de esta silla y si el

pasado al que te refieres es el que está sentado tres mesas más allá, todavía no has hablado con él. Así es que deja el bolso y date tiempo, queda tarde por delante.

—¿Cómo sabes que está ahí?

—Te he visto mirarlo.

—Me siento ridícula, no sé lo que pretendo, no sé lo que esperaba.

—Ridícula es tu actitud ahora, Raquel, perdona que te lo diga. —El tono de su voz es firme, serio—. Somos adultas. Huir no arreglará nada, al contrario, te dejará todavía más confusa de lo que creo que estás. —La miro con atención, sopesando lo que dice—. Sigue con esto hasta el final, que para eso has venido.

Un silencio tenso se cruza entre las dos, como en una especie de desafío. La conversación sigue de fondo, ajena a nosotras. Suelto de nuevo el bolso en el respaldo de la silla y me acomodo otra vez. «Eres una mujer adulta, Raquel», me repito.

Respiro hondo y me impongo seguir disfrutando el momento, continuar empapándome de las vidas de otros no por simple curiosidad, sino por las lecciones que, sin pensarlo, estoy llevándome por delante. Luis, que sigue contando sus batallas personales, reclama mi atención y me devuelve al punto del que había salido.

—Raquel, ¿te acuerdas de los bizcochos que nos comíamos en mi casa?

—Y los que te llevabas para el recreo —añado—; después no había quien corriera en Educación Física, nos salían hasta por las orejas.

A pesar de mi estado de inquietud, seguimos intercambiando comentarios simpáticos hasta que se ausenta; sus pastillas para la tensión se han quedado en el coche y dice de ir a por ellas. Mientras, yo, dando rienda a un descaro que no me importa, me dirijo a Rafi para ahuyentar mi estupor.

—No entiendo nada —le digo, refiriéndome a Luis—. Estuvo acosándome un año entero para que saliera con él, era incansable. Menos mal que su sentido del humor me hacía reír y terminaba pasándomelo bien cuando se sentaba a mi lado, si no... Charlábamos, nos contábamos cosas, estudiábamos juntos en la biblioteca y al final del curso hasta me presentó a su madre en un intento desesperado de conquistarme con sus bizcochos de chocolate, porque se le habían agotado los demás recursos, decía. Nunca pensé que pudiera ser gay, no lo habría imaginado en la vida. ¡Pero si hasta lo vi dándose un morreo con Julia en la fiesta de Navidad!

—Estuvo saliendo con ella —confirma Rafi— durante un año, por lo menos.

—¿Y quién lo dejó?

—Él. Creo que no debería estar hablándote de esto, estoy violando su intimidad. Solo te diré que lo pasó fatal. Le costó una depresión aceptar que lo que sentía por otros chicos no era precisamente admiración, ni un deseo de parecerse a ellos, sino atracción física y sexual.

—¿Y salió con ella para probar o por qué?

Mi pregunta ha sonado indiscreta y hasta grosera, estoy convencida, pero es que me he sentido identificada con Julia sin poderlo evitar. Debo reconocer que Luis fue calándome poco a poco, su carácter y su manera de comportarse conmigo acabaron por gustarme. No creía sentir nada por él, pero a punto estuve de terminar claudicando por esa confusión que existe a veces entre lo que puede ser mejor, si el amor a primera vista o ese otro amor que nace de la simpatía mutua y que se va edificando poco a poco, ladrillo a ladrillo, resultando a la larga, probablemente, más sólido y estable que el que nace de las flechas de Cupido. Porque ese «amor a primera vista», como algunos lo llaman, no existe; es un mero embelesamiento, un enamoramiento que puede terminar cuajando o diluyéndose con el tiempo. Aunque bien es verdad que si al final se solidifica, las mariposas que nacieron dentro de nosotros en ese primer instante siempre quedarán ahí, batiendo sus alas con fuerza en los momentos de crisis para recordar un comienzo memorable que despertará las emociones más sublimes, haciéndonos recular cuanto haga falta.

Pienso en Julia y en la posibilidad de haber sido yo quien ocupara su lugar. Haberme entregado a un amor de prueba, abocado al fracaso sin saberlo; dándole todo para sufrir la amargura de una relación rota en la que hubiera sido sustituida por un hombre. Y sin poder reprocharle nada a Luis por haber sido él tan víctima de sus instintos como lo hubiera sido yo.

Cojo mi copa de vino y le doy un sorbo, absorta de nuevo en el motín de pensamientos que hoy están desatándose de golpe dentro de mi cabeza. Cuántos caminos pone la vida ante nosotros, cuántas elecciones tomamos sin saberlo, sin adivinar *a priori* lo que nos depararán y hasta qué punto marcarán nuestro futuro sin poder volver atrás. Se me viene a la mente el título de la sección de una revista de chismes que solía leer en mi juventud, «Qué hubiera sido de mi vida si...». Me gustaba porque cada semana la protagonizaba una persona anónima que reparaba en el cambio que podría haber sufrido su vida de haber optado por tal o cual decisión. Entonces pensaba, ingenua de mí, que

aquellos sucesos contados eran tan ajenos a mí como excepcionales. Hoy me doy cuenta de que yo habría necesitado una revista entera para poder recoger en ella todos los cambios de rumbo alternativos que me ha ido presentando la vida. Sin contar los que me aguardarán aún.

No sé si Rafi ha contestado a mi pregunta o la ha obviado, pero ya no me interesa. La escucho contar los avatares del anecdótico parto múltiple que atendió en el hospital la semana pasada y deduzco, por sus explicaciones técnicas, que es ginecóloga de profesión. Ginecóloga. Siempre tuvo una inteligencia aparentemente mediocre, pero compensada con creces por un tesón y una voluntad de hierro como cualidades capaces de llevarla a cualquier parte, de poner a su alcance cualquier meta que se pudiera haber propuesto.

Agradezco no haber hecho apuestas con Lourdes sobre el devenir de mis compañeros a lo largo de estos años. Apenas habría dado una. Había orugas convertidas en bonitas mariposas, cisnes con las alas rotas y encantos transferidos de unas personas a otras con la llegada de la madurez.

«¿Y él? ¿Qué habrá sido de él?», me pregunto. Aunque podría anticiparlo, a juzgar por lo que he visto.

Abandono en la mitad el primer plato, siento la necesidad de tomar un poco el aire. Arrastro la silla con suavidad mientras agarro de nuevo la servilleta para dejarla sobre la mesa, y al ponerme en pie me quedo varada, sin poder continuar la marcha. Noto que me agujonea la mirada de Lourdes — que no se fía un pelo de mí—, pero no puedo devolvérsela, la mía se ha quedado otra vez anclada a Gonzalo, que se ha levantado y se ha girado en dirección a nosotras. Se me aflojan las piernas y vuelvo a sentarme, apretando el muslo de mi amiga con la mano.

—Viene hacia aquí, viene hacia aquí —le advierto, entre dientes.

Mi corazón inicia un galope que no puedo contener, evaporando con ello la indiferencia que hace un rato quería sentir. Desvío el rostro hacia Lourdes sin saber lo que es mejor, si hacerme ver de nuevo o esconderme, si mirarlo o ignorarlo. Pero un escalofrío recorre mi espalda como señal inequívoca de que un sueño deseado se transforma en realidad. Y eso me lo dice todo.

—¡Dios mío! ¡Tendrías que verte ahora mismo, tu cara es un poema! — exclama Lourdes en voz baja—. ¿Pero qué tienes con él?

—Ahora, nada —contesto, ensimismada—. Pero llevo veinticinco años preguntándome lo que podríamos haber tenido.

Mi voz suena tan melancólica y emocionada que Lourdes no duda en

cogerme de la barbilla para obligarme a mirarla, tal y como hago yo con mis alumnos de primaria cuando deciden pasar de mí.

—Ya puedes empezar a largar por esa linda boquita, soy toda oídos.

—¿Aquí?

—Aquí o donde te dé la gana, me da igual, pero habla.

Bebo otro sorbo de vino para hidratar la garganta y me dispongo a emplear un tono de voz más bajo del que puede escucharse en la conversación de la mesa. Deseo mantenerme oculta bajo la línea de flotación.

Al menos, de momento.

Capítulo 5

Conocía a Gonzalo solo de vista. Éramos muchos en el instituto y no era fácil coincidir en un mismo curso, sobre todo en C.O.U., donde podíamos elegir entre cuatro modalidades distintas. Él llegó en tercero y tuvo la suerte de caer en la misma clase que Cristina Ruiz, la única amiga que tenía allí dentro por aquel entonces. Cristina era extrovertida y cantaba como los ángeles. Siempre que tenía oportunidad, participaba en las fiestas de Navidad organizadas en el gimnasio. Allí fue donde me fijé en Gonzalo por primera vez, al año siguiente de entrar en el instituto. Ella fue la última de un elenco de «artistas» que subieron al escenario para demostrar sus dotes, sus cualidades o sus habilidades varias, serias o en clave de humor, que muchos mantenían ocultas. A mí me encantaba la música, y la modulada voz de Cristina, con su tesitura dulce y acogedora, se me grabó en la mente. Me quedé con ganas de más.

Cuando mi grupo decidió marcharse para continuar la fiesta en otro lugar, la escuché tararear las primeras notas de una canción y vi a Gonzalo sacar su guitarra. Me detuve en seco y caminé hacia atrás, a la expectativa de lo que pudieran hacer. Estaban sentados en un rincón del gimnasio, formando un círculo con unos cuantos compañeros más, con las botellas y los vasos a sus pies. No tenían intención de irse. Yo ya tampoco. Clara se quedó conmigo, pedimos una Coca-Cola en la barra y nos sentamos en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, a escasos metros de ellos. Gonzalo marcó unos acordes para afinar la guitarra e hizo un gesto con la cabeza para alentar a Cristina, que dejó escapar las primeras notas del *Yesterday* de los Beatles. Los dedos de su amigo comenzaron a acariciar las cuerdas. Y mis oídos. El rostro de Gonzalo, ensimismado, sentido, fundido con la música me pareció una bendición. Yo eché la cabeza hacia atrás, dejándome llevar por la voz de Cristina, que se enredaba en las notas de aquella guitarra como si fueran amantes. No podía dejar de escuchar. Ni de mirarlo. A él.

Al terminar la canción, quienes los acompañaban comenzaron a aplaudir, incluida Clara. Pero yo no. Me quedé pasmada como una tonta, como si me hubiera dado un aire. Con los ojos vidriados y una congoja en la garganta de adolescente emocionada. «¿O enamorada?», me pregunto ahora.

Gonzalo me miró y me regaló una sonrisa tras unos segundos de embobamiento serio. Una mariposa me pareció que revoloteaba, pero enseguida escapó; Clara no me permitió apresarla. Aquel grupo se disgregó y nosotras nos marchamos. Pero aquella escena, aquella imagen de Gonzalo en primer plano haciendo el amor con su guitarra nunca la he olvidado.

A partir de aquel día empecé a merodear por las puertas del instituto en las horas de entrada y salida, me alegraba la mañana verlo pasar. Tenía el cabello corto y liso, castaño claro, con los mechones marcados como si los peinara a manojos. Los labios carnosos, la barbilla angulosa. Y unos ojos de color miel en los que resaltaban vetas verdes cuando le daba el sol. Gonzalo era la antítesis de Juanma, siempre iba vestido de manera informal, con vaqueros gastados, camiseta y zapatillas de deporte. Y una cazadora con parches, de tipo aviador, que a mí me encantaba. Lo vivía como una ensoñación, como un algo inalcanzable, imbécil de mí. Esperando que fuera él quien se me acercara y traspasara la frontera de esa mirada amable que siempre me dedicaba y en la que a veces me parecía intuir un deseo que me derretía, pero que inmediatamente achacaba a los pajaritos que se me habían instalado dentro de la cabeza.

No me atreví a decirle nada en todo el curso. Ni él a mí. A pesar de las ocasiones en las que nos sentamos de frente en los escalones de la entrada, a unos cuantos metros uno de otro, mientras esperaba a que Cristina llegara. Él me miraba y me sonreía. Y yo también le sonreía a él. Si Lourdes lo hubiera sabido... Me habría puesto de vuelta y media por no hablarle, estoy segura.

Gonzalo no vino al viaje a Mallorca. Ni a la fiesta de fin de curso que se celebró en el gimnasio, donde yo esperaba volver a verlo tocar. Cuando abandoné el instituto por última vez, dejé atrás vivencias, experiencias, emociones, alegrías y penas. Y un romance platónico que no llegó a materializarse, un sueño ilusorio que no se pudo hacer real.

Hasta el día de las hogueras de San Juan.

El fin de semana del 24 de junio había verbena en el pueblo de mi prima Esther y no era la primera vez que me invitaban a ir. Mis tíos solían pasar el verano allí, en una casa familiar que llevaba años puesta en venta y que no dudaban en habitar hasta que llegara alguien interesado en comprarla. La

ingenua de mi tía no se explicaba por qué nadie se decidía a hacerse con ella, si el precio era un chollo. Que la casa era fría en invierno y un horno en verano, que hacía suyos los ruidos de la calle por un mal aislamiento acústico y que tenía más años que Matusalén eran para ella minucias sin importancia. ¡Ah! Y que tenías que cruzar un patio descubierta para ir al baño, lloviera, tronase o hiciese sol; tampoco eso mermaba la calidad de la construcción. A Esther y a mí nos daba igual, hacíamos vida en la calle y cuando llegaba la hora de dormir, sacábamos los colchones al patio para que nos diera el fresco y contábamos estrellas hasta quedarnos dormidas.

Le dije a mi prima que sí. Accedí a pasar una semana en el pueblo, quería divertirme, apartar de mi mente los folios de apuntes en los que había estado enterrada hasta examinarme de la Selectividad y sacudirme el estrés que el último mes me había dejado incrustado en el cuerpo. Y allí lo vi.

La noche del 23, pasadas las diez, Esther y yo salimos de casa emperifolladas. Ella iba más pintada que un lienzo; yo, un poco más recatada, y vestida con una falda corta, una blusa de tirantes y unos tacones de media altura que me quedaban divinos. La idea era acudir primero a la plaza del pueblo donde había instalada una carpa con bar y orquesta incluida, para marcharnos después, al filo de la medianoche, hasta las afueras del pueblo donde cada grupo de amigos prendía su propia hoguera en la que seguir el tradicional ritual, que consistía en sentarnos en círculo alrededor del fuego y cuando este alcanzase su punto álgido, quemar en él tres papeles en los que previamente habíamos escrito nuestros más fervientes deseos para que estos se nos cumplieran. «Acuérdate —me dijo Esther—, el más importante para ti debes quemarlo el último».

Así lo hice. Cuando me llegó el turno por tercera vez, arrugué el papel hasta formar una bola que apreté contra mi pecho, cerré los ojos y acompañándola de un suspiro la lancé. Ver arder mi deseo me produjo una congoja indescriptible; inconscientemente, el poder destructor del fuego me pareció más potente que esa facultad purificadora y de concesión que le adjudicaba la tradición. Pero supe que me equivocaba cuando aparté la mirada y vi el rostro de Gonzalo a unos cuantos metros de mí, iluminado por los reflejos ocres y anaranjados de la hoguera vecina. Se me cortó la respiración. Que el fuego me concediera el deseo era lo último que podía esperar en esa noche de San Juan.

Cuando pude recuperar el habla, le di un codazo a mi prima Esther y le pregunté si lo conocía. Ella no tenía idea de quién era, no lo había visto antes.

Le sonaba la cara del chico que estaba a su lado, de verlo en una urbanización de chalets adosados que habían hecho nuevos a las afueras del pueblo, pero no la de Gonzalo. Cuando me giré de nuevo hacia él, me estaba mirando. Creo que se me dibujó en la cara la sonrisa más tonta del mundo, tan tonta como yo, que no pude levantarme de los nervios que me entraron. A los pocos minutos escuché su voz, susurrándome agachado a mi espalda, y mi sonrisa pasó a ser la de una idiota integral. «¿Tú por aquí? ¡Qué sorpresa!», me dijo.

Me di la vuelta, nos levantamos y nos regalamos dos besos en las mejillas que me hicieron tocar las nubes. Tenerlo tan cerca...

Gonzalo gesticuló, señalando el fuego con la cabeza.

—¿Ya has quemado tus deseos? —me preguntó.

Noté que chispeaban mis ojos.

—Sí. Ahora solo falta que se me cumplan.

—Yo los he pedido facilitos —dijo él, en un tono guasón—, no creo mucho en estas historias.

—Pues créetelas. A veces se cumplen.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—¿Aquí, ahora?

—En el pueblo.

—¡Ah! Esta semana. ¿Y tú? —pregunté, con timidez.

—Un poco más, hasta finales de agosto. Mis padres han alquilado una casa para pasar el verano.

Se me agarró un pellizco en el estómago, mi punto débil, mi escarapate emocional. ¡Él iba a estar allí toda esa semana en la que también estaría yo!

—Nos veremos entonces —advertí, con cautela, cuidándome de ponerlo en un compromiso que no quisiera contraer. Sus amigos y los míos seguían charlando animados, a su aire.

Gonzalo se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros, dejando los pulgares fuera, con los hombros ligeramente elevados. Ya lo había visto adoptar antes esa postura desenfadada. Y me gustaba.

Cuando ya iba a despedirme, miró a mi grupo y me preguntó:

—Estás con ellos, ¿no?

—Sí..., no..., bueno... —Se echó a reír, mi temblona y dubitativa respuesta debió de hacerle gracia—. Quiero decir que sí, que he venido con ellos. Bueno, en realidad he venido con mi prima, a ellos no los conozco mucho.

—¿Y el pueblo? ¿Lo conoces? —me interrumpió.

—Pues..., algo más que a ellos..., sí.

Reí. Reímos.

—¿Damos una vuelta y me lo enseñas? —Un par de calambres me sacudieron las piernas, como cuando corría en velocidad en clase de Educación Física; hasta se me fue el aliento—. Si te apetece, claro...

—Sí, sí —me apresuré a decir—. Voy a avisar a mi prima, espera un momento.

Me agaché y le susurré a Esther al oído que me largaba, que no me esperara.

—¿Cómo que no te espere? Pero ¿adónde vas?

—A dar una vuelta.

—¿Una vuelta a dónde?

—Yo qué sé, por ahí.

—¿Pero con quién? ¿Con el chico ese por el que me has preguntado antes?

—Sí.

—¿Y de que lo conoces?

—Del instituto.

—¿Ya era amigo tuyo o es que has ligado?

—¡¡Joder, Esther, que te pareces a mi madre!! ¡Ya te contaré a la vuelta, en casa nos vemos!

—Vale, vale, perdona —se disculpó, mostrando en alto las palmas de las manos—. ¿Pero qué le digo a la mía?

—¡Que me he caído a la hoguera!

Gonzalo escuchó mi última respuesta. La dije en voz alta, irritada por el interrogatorio a que me había sometido Esther en medio minuto. Él estaba riendo con ganas cuando llegué a su lado.

—Ten cuidado con el fuego —me advirtió, mirándome directamente a los ojos—. Si te quemas esta noche, podrías convertirte en el deseo de alguien.

Capítulo 6

—¡Oh, Raquel, qué ojitos se te han puesto! —me dice Lourdes.

El segundo plato está frío, apenas hemos tocado la carne, la hemos ignorado como al resto de nuestros compañeros de mesa, que, por lo que ahora veo, siguen contándose retazos de vida y debatiendo a partir de ellos si cualquier tiempo pasado fue mejor. Se repiten los mismos dichos. Las mismas creencias que tanto criticamos a nuestros padres cuando éramos jóvenes las repetimos ahora nosotros, como un ciclo eterno que, sin parar, termina y vuelve a empezar.

—Me caló, Lourdes —le contesto, con una sonrisa melancólica, plagada de nostalgia—. Hasta el fondo.

—Ahora entiendo que hayas venido buscándolo, te quedaste coladita hasta los huesos.

—Me quedé atontada. Pero esos sentimientos son difíciles de interpretar cuando no sabes nada de amor y te debates entre lo que sientes y lo que te dicen, entre lo que crees con tus diecisiete años y lo que le escuchas a quienes ya tienen relaciones más serias y mucho más estables. Que si estás en la inopia... Que si ya te caerás de las nubes... Que no pienses que todo el monte es orégano... Que en vacaciones todo se ve muy bonito... ¡Que ya terminará el lunar precioso convirtiéndose en verruga...!

Lourdes sonrío.

—¿Y todo eso te influyó?

—Mientras estuve en el pueblo con él, no. Cuando nos separamos..., no lo sé. Supongo que empecé a verlo todo de un modo más racional, que me dejé influenciar por los demás y por lo que yo misma pensaba para autoconvencerme. —Sacudo la cabeza, agobiada por el recuerdo, por mi forma de actuar de aquel entonces—. ¡Yo qué sé, Lourdes! ¿Sabes lo que pienso? Que hay amores que nos llegan a destiempo. Unos llegan tarde, cuando

tu vida está hecha. Y otros llegan demasiado pronto, cuando todavía no tienes madurez suficiente como para saber a lo que te enfrentas, lo que tienes entre manos. No sabemos valorar si merecerá la pena o no luchar por él, no somos capaces de reconocer sus cualidades. El corazón nos confunde, o está en lo cierto y no lo escuchamos. Y la mente no sabe valorar si ese amor aguantará nuestras exigencias cuando la venda de los ojos se vaya al traste. Cuando caigamos en la rutina.

—Yo creo que a esa edad somos demasiado vulnerables —apunta ella—, demasiado... impresionables. Lo mismo lo vemos todo gris que de color rosa, cuando a lo mejor es verde. Cambiamos por días, hasta por horas.

—Y lo peor es que tomamos decisiones que afectan a nuestro futuro sin tener ni puta idea de lo que estamos haciendo. —Bebo un sorbo de vino para aliviar el amargor de boca. La impotencia rabiosa que siento me hace apretar los dientes—. Decides luchar por él, rechazar alternativas mejores, y al final, cuando menos lo esperas, se te cae del pedestal y se te rompe en mil pedazos. O piensas que es solo un atontamiento adolescente, un amor irreal y platónico, y luego resulta que se te queda incrustado en la mente de por vida, endiosado e idolatrado por no haberte concedido tiempo para desmentir que es el mejor.

Lourdes suspira y me mira con compasión y ternura a la vez.

—¿Eso es lo que te ha pasado a ti? ¿Que lo has endiosado y no te lo has podido sacar de la cabeza?

Desvío la vista hasta un punto perdido, con la imagen de él en la primera fila de mi pensamiento.

—Ojalá lo supiera, Lourdes. Ojalá supiera si fui yo la que lo puso en los altares tontamente, o está ahí por méritos propios y no tendría que haber salido nunca de mi vida.

La semana que pasé en el pueblo, en compañía de Gonzalo, se me hizo tremendamente corta. A falta de dos días para marcharme, mi ánimo empezó a caer en picado sin poderlo detener, como lanzado por el tobogán de un parque acuático. Tenía la sensación de haber vivido un sueño del que empezaba a despertar y de que esa nueva oportunidad de construir algo bonito se me volvía a escurrir de entre las manos. En cada silencio, pensaba en la forma de mantenerme a su lado; pero no dependía de mí, todo estaba en manos de mis tíos y, por supuesto, del consentimiento de mis padres que yo pudiera volver de vez en cuando, aunque solo fuera algún fin de semana más en el que

disfrutar juntos. Iba a echar de menos las noches que habíamos pasado charlando a solas en medio de nuestro grupo de amigos, aislados como un oasis en el desierto; las veces en que nos habíamos rezagado para perdernos por unas horas y poder sentarnos entre matorrales, charlando de cuestiones intrascendentes porque aún no había confianza suficiente como para abrir el alma y revelarnos. Iba a echar de menos la manera en que me miraba sin decir nada y después sonreía, con esos labios bonitos que yo aún no había probado. Y ese nerviosismo con que lo buscaba nada más pisar la calle, esperando leer lo que decían sus ojos al encontrarnos.

—¿Damos un paseo?

Cuando levantaba una ceja y cabeceaba, invitándome a pasear a solas, me derretía. A veces pensaba que estaba totalmente idiotizada, pero no lo podía evitar.

—No quiero irme —le confesé aquel viernes por la noche.

Él mantuvo silencio unos segundos y a mí se me encogió el corazón, porque esa afirmación me salió sin pensar y me delataba todavía más que mis propios gestos, que mi propia actitud hacia él.

—Y yo no quiero que te vayas.

Tragué saliva al escucharlo. Me sentí como la prota de *Dirty Dancing*, enamorada y correspondida por el chico guapo en su estancia de vacaciones; aunque lo nuestro había sido de una memez absoluta por haber desperdiciado tanto tiempo de instituto sin acercarnos más allá del pensamiento.

Caminamos un rato y luego nos sentamos en el suelo, en un rellano sin apenas vegetación, rozándonos los brazos.

—¿Qué quieres estudiar? —me preguntó, lanzando pequeñas piedrecillas a una lata que había tirada frente a él.

—Me habría gustado hacer Medicina, pero no voy a alcanzar la nota. Y todavía no sé qué opción coger. ¿Y tú?

—Arquitectura. Si apruebo el dibujo, claro...

—¿Te ha quedado para septiembre? —pregunté, sorprendida.

—Sí, esa asignatura ha sido el hueso de este año. Me tocó el Bigotes y con ese no aprueba ni Dios.

—¿No explica bien?

—Exige mucho, bastante más que la Boticelli. Con ella han pasado casi todos, y no es justo. Yo sé tanto o más que otros muchos compañeros y me voy a tener que esperar hasta septiembre para hacer la Selectividad. Se me van a poner todos por delante, no sé si habrá plazas cuando yo llegue. Creo que voy

a estar igual que tú, pero ahora no quiero pensarlo.

—Aquí no hay Arquitectura, te tienes que ir fuera...

Otra nueva despedida. Definitiva, tal vez.

—Sí. Y no sé adónde, la verdad. Estoy harto de cambios. Creía que nos quedaríamos aquí definitivamente, pero hace una semana mi padre llegó a casa con un nuevo rumor de ascenso. Y cada ascenso es un traslado.

—¿Cada ascenso de qué?

—De su carrera militar. Entre los destinos provisionales y los ascensos, he perdido la cuenta de las mudanzas que llevamos. He cambiado de colegio un montón de veces, ya no sé de dónde vengo, ni adónde voy. Ni siquiera de dónde soy.

Se le ensombreció la mirada. No fui muy consciente entonces de lo que ahora sé, que nuestras vidas no siempre nos pertenecen, que lo de «vivir tu propia vida» puede llegar a ser una inmensa utopía.

—Me encantó escucharte tocar en la fiesta de Navidad, cuando acompañaste a Cristina para que ella cantara —le confesé, apartando el tema de conversación que nos había entristecido—. La música me apasiona y la guitarra es mi debilidad.

—Te vi. Creo que te emocionaste.

Me ruboricé, no pensé que se hubiera fijado en tanto.

—Sí. Ella canta muy bien, pero tú tocas genial.

Recordé sus manos acariciando las cuerdas y los trastes de la guitarra. Y las miré disimuladamente, sintiendo un deseo extraño dentro de mí.

—Me encanta que te guste.

—¿Me dejarás que te vuelva a escuchar algún día?

Si en los meses de instituto alguien me hubiera dicho que sería capaz de pedirle eso a Gonzalo a solo cinco días de «conocerlo», habría pensado que estaba loco. Pero había magia en él. ¡Lo que era capaz de conseguir de mí cuando estaba a su lado!

—Mañana. Podemos subir por aquella vereda hasta un rellano grande que hay allí arriba —me dijo, señalándolo con el dedo—. Nos podemos llevar una manta, unas cervezas y la guitarra.

No le contesté, no fue necesario. Mis ojos lo hicieron por mí.

Aquel encuentro me dejó marcada; sus palabras susurradas, sus piernas rozando las mías y el embrujo de esa noche, en la que solo podía escucharse el eco de su guitarra espirando notas al aire. Hasta los grillos callaron. Con la luna menguante respetando la intimidad, dejándonos imaginar rasgos que se

hacían invisibles y adivinando otros por un roce leve, sutil, dulce, como el de nuestros labios. Maldita distancia. Y maldita juventud que me cortó las alas.

De vuelta el sábado por la noche a la casa de mis tíos, no pude dormir. Tumbada sobre la cama lloré como una Magdalena, como la niña huérfana de un cuento infantil.

—¿Qué te pasa Raquel?

Miré a mi prima con la cara inundada de lágrimas.

—Dímelo tú, Esther. Dime tú qué es porque yo no lo sé, a mí esto no me había pasado nunca.

A las dos semanas volví. Con una maleta grande llena de ropa y de ilusión, a partes iguales. Mi prima convenció a su madre y esta a la mía para que me dejara pasar el verano con ellos. A mí me faltó arrodillarme delante de ella y rezarle como a la virgen de la Macarena para que me permitiera volver. Le prometí todo lo que hizo falta, hasta le ofrecí que me redujeran la paga semanal comprometiéndome, además, a mantener mi cuarto pulcro y ordenado como no lo había tenido nunca.

—Un auténtico flechazo —me dice Lourdes, ante el relato.

—Ahora diría que un cañonazo. Nos gustaban las mismas películas, la misma música, nos atraían los mismos temas de conversación. Teníamos la misma filosofía de vida, tan idealista... Queríamos cambiar el mundo porque había partes de él que no entendíamos. Y se nos iban las horas muertas charlando, riendo, bebiendo, divirtiéndonos, jugando a chorradas como «verdad o acción» o al juego de la botella para tener así la excusa de confesarnos o arrancarnos besos «obligados» que a mí me sabían a gloria.

—Como los adolescentes de ahora —ironiza Lourdes.

—Sí, ¡ja, ja, ja!, igual que ellos. ¡Qué palurdos éramos, Dios!

—Tenía su encanto, Raquel. La espera, el deseo reprimido, las confesiones que no hacíamos por vergüenza y que el otro tenía que adivinar por los gestos, por la mirada...

Asiento, con una sonrisa nostálgica y la mirada perdida en el bordado del mantel.

—Me volví gilipuertas, Lourdes. Me quedaba por las noches mirando al techo como quien busca fantasmas, sin poder dormir, recordando sus palabras a medias, sus roces casuales o buscados, no lo sé bien, su manera de apartarme el pelo de los ojos, su voz tarareando cualquier canción.

—Te estás emocionando, amiga.

Suelto un suspiro con la cabeza gacha.

—Llevo todos estos años repitiéndome que fue un amor idílico, de esos de película que no llevan a ninguna parte.

—Cuando tenemos que repetirnos algo muchas veces es porque en el fondo no lo creemos, Raquel, pero sentimos la necesidad de convencernos.

La miro fijamente. Ha vuelto a poner su lindo dedito en la llaga.

—Interrumpir una relación en esa fase de embelesamiento o de enamoramiento loco es lo peor que te puede pasar, Lourdes. Porque no tienes la oportunidad de saber lo que habría sido de él, lo que habría pasado de haber seguido adelante. Te quedas con un sabor de boca maravilloso y lo ensalzas hasta el infinito, sin posibilidad de desmitificarlo cuando a lo peor no hubiera durado un asalto.

—Pero mientras dura es muy bonito vivirlo, a mí me habría encantado —me dice, con los ojitos brillantes. Yo sonrío con tristeza.

—Sí, es una sensación preciosa. Pero ¿sabes cuánto daño puede hacerle a los amores que vienen después? ¿Sabes lo que supone pasarte la vida comparando tu relación actual, y real, con una idílica que solo existe en tu imaginación? ¿Acordarte de lo que te hacía sentir tu amor platónico y compararlo hasta la saciedad con lo que despierta tu marido en ti?

Lourdes mantiene silencio y deja caer los ojos con lentitud, como si acabara de adivinar dónde está el talón de Aquiles de lo que me está pasando.

—¿Ese es el problema? ¿Juanma? ¿Te acuerdas de Gonzalo porque no sientes por Juanma lo que quisieras?

Tardo en contestar a una pregunta que yo misma me he formulado miles de veces.

—Una relación de convivencia no puede competir con un atontamiento adolescente, lleva todas las de perder. Y el problema es que el mío se me ha quedado aquí —me toco la sien—, intacto, como si me lo hubieran disecado. Me duele la boca de tanto decirme que no son comparables, pero no he conseguido convencerme, Lourdes. Por más que lo he intentado, conforme ha ido pasando el tiempo, en lugar de olvidarlo cada vez se ha ido engrandeciendo más.

Se me saltan las lágrimas y me tiembla el mentón.

—Chssss, tranquila. —Pone su mano en mi nuca para calmarme—. No me vayas a llorar ahora que la podemos liar parda entre las dos.

—Siento a Gonzalo como el amor de mi vida, no he podido sacármelo de la jodida cabeza —confieso, con rabia en la voz y un nudo obstruyéndome la garganta.

Ella me abraza ignorando la presencia de nuestros compañeros de mesa, que ya no sé si nos miran o pasan de nosotras por habernos convertido en un par de maleducadas de tres al cuarto.

—¿Qué ocurrió? —me pregunta, emocionada—. Después de aquel verano en el pueblo, ¿no os seguisteis viendo?

Capítulo 7

La estridencia de un cubierto golpeando con fuerza una botella de cristal me sobresalta. Busco la procedencia del ruido. Un chico al que apenas conozco se ha levantado y reclama así la atención de todos. Me ha dado un susto de muerte el muy idiota, me ha cortado la congoja de raíz, como si fuese una mala hierba.

Gonzalo sigue en su sitio, de pie ahora. Antes pasó de largo sin reparar en mí. Pero mi pulso no ha dejado de latir con fuerza desde entonces, me resulta imposible pararlo.

—A ver... ¡Atención! ¡Atencióóóóóón! —grita.

Lourdes atiende al reclamo y centra la suya en los propósitos del chico, sin pestañear. Adivino una sonrisa en sus labios mientras lo mira. ¿Ya se ha olvidado de mi historia y de mí? El brillo emocionado de sus ojos cambia a otro más alegre. Por un momento me siento celosa, pero es la anfitriona, lo puedo entender. Puedo entender que mi torrente de sentimientos desbordados se diluya entre copas, risas y alboroto antes de llegar a ella; al fin y al cabo, mis emociones son un hatajo de intrusas participando en la fiesta sin invitación. Se han colado sin pagar, igual que hacíamos nosotras cuando, antes de entrar en la discoteca, emborronábamos el sello de tinta falso que nos habíamos estampado en el dorso de la mano y tratábamos de convencer al gorila de la puerta de que se nos había mojado. Unas veces, colaba; otras, no se lo creía, pero llegaba Laura y el interés de la mole de turno saltaba automáticamente desde nuestras manos hasta su escote, sobrevolándolo desde lo alto, como si viajara en parapente y sopesara acabar aterrizando allí. Se olvidaba de nosotras en el acto.

Sonrío al recordarlo y el susto «cristalino» parece que se me pasa. Antonio Pérez —que según me apunta Lourdes es como se llama el chico ruidoso— reclama unos cuantos brindis y nos hace poner a todos de pie. «Por

nuestra promoción, la mejor, la más auténtica»; «por el instituto que nos unió»; «por nuestra época de estudiantes y sus buenos recuerdos»; «por nuestro reencuentro y por que esta cita vuelva a repetirse», «¡por los profes que nos putearon y por la madre que los parió, que bonita ocurrencia tuvieron!».

La carcajada es unánime, incluyendo la mía, que me temo que comenzará a fluir sin medida, en alternancia con las lágrimas, si no empiezo a controlar la ingesta de alcohol; a estos cinco sorbos de vino que han dejado mi copa vacía debo unir la cerveza previa y la carencia de alimento; apenas he probado bocado entre tanta confesión. De seguir así, el resultado que preveo es el de una empanada mental que no me ayudaría nada en este momento. Y es que me pongo tonta cuando bebo. Bipolar —como dicen mis hijos— y más llorona de lo habitual, blandita, hasta cursi de pensamiento, con un guirigay de voces en la cabeza —debatándose entre lo filosófico y lo vulgar— que me hace sospechar de una personalidad múltiple encubierta. Pero ahí está Lourdes, al quite, poniendo su mano sobre mi copa para evitar que el camarero vuelva a rellenarla y yo me ahogue en ella como si no supiera nadar. Su vista pasea por el salón, pero gran parte de su atención la acaparo yo, bendita sea.

Llegamos al postre sin apenas darme cuenta de cómo se escapa el tiempo. Una bandeja de profiteroles y chocolate blanco pasa por mi lado, son mi perdición. Mis ojos se van detrás, pegaditos como un imán, mientras me aferro a la silla para evitar el asalto. Pero un día es un día, me digo, y los tragos amargos... con galguerías de este estilo se digieren mejor. Pruebo ambas delicias mientras se forma una especie de revuelo en el salón. Hay quienes salen para fumar, quienes acuden al baño en una excursión programada y de grupo para no perder el hilo de cuanto se están contando, quienes se cambian de mesa para saludar a otros o quien manipula su teléfono móvil para dar cuenta del acontecimiento en Facebook con *selfie* incluido, sin sopesar el grado en que a su montante de amigos le importa lo excepcional que pueda o no ser.

Cuando me quiero dar cuenta, veo que me he quedado sola en la mesa, incluso en el salón; han desaparecido todos a mi alrededor, también Juana, la compañera sentada frente a mí con la que no he tenido ocasión de hablar en ningún momento. Puedo escuchar música procedente de la discoteca. Al girar el cuerpo como una peonza, diviso a Lourdes repartiendo tiques en un par de grupos congregados a mi espalda. Busco de nuevo. Pero a él no lo encuentro. La seguridad que me han proporcionado la mesa y la silla a las que hasta ahora me he venido aferrando se evapora. Otra vez me siento libre para

permanecer o marchar. Un escalofrío me recorre el cuerpo y no puedo evitar volver a sentirme ridícula comportándome así, con más años que la tana. Él no me ha buscado. Hace ya unas horas que se me quedó mirando sin decirme nada. ¿Y si no se acuerda de mí? Quizá el sosiego y la calma lo hayan acompañado en este cuarto de siglo, ignorando nuestro flirteo estival, mientras yo me he estado devanando los sesos como una adolescente loca. Construyendo vidas imposibles dentro de mi cabeza. Soñando despierta más de una vez.

Lourdes me acompaña hasta la entrada del bar que antecede a la discoteca, tirando de mí mientras pregunta a quién le falta el tique de consumición. Se guarda los sobrantes y nos apostamos en la barra. La luz penetra en la estancia por detrás de nosotras pero apenas alcanza unos metros, se diluye enseguida en favor de unos focos difusos de colores varios e intensidad tenue, que proporcionan un mejor ambiente para bailar e intimar. Ella pide un par de copas; yo, mientras, doy rienda suelta a mis ojos para que salten de un lado a otro como posesos, con instrucciones precisas en relación al perfil que deben buscar. La oscuridad no me ayuda, pero hago un esfuerzo inhumano hasta que mis pupilas se quedan perdidas en el final de la barra. Allí, él y mis anhelos; aquí, mi cuerpo inerte y mi corazón, palpitando a ciento veinte por minuto.

—¿Qué? ¿Lo has visto ya? —me pregunta Lourdes.

Yo asiento, cabeceando con parsimonia e ininterrumpidamente, como si en vez de cuello tuviera un muelle.

—Pues no te irás de aquí sin hablar con él, así es que toma y sal corriendo, ya estás tardando.

Me tiende una copa grande y me empuja. Por el color y el olor que desprende parece un cubata de ron añejo, pero aun siendo alcohol etílico no me importa, me lo bebo igual. Me sudan las manos y me tiemblan las piernas. Lourdes vuelve a apremiarme y echo a andar con torpeza infinita, conteniendo el aire hasta llegar a Gonzalo. Me dejo caer sobre un taburete, a su lado, con el cuerpo ingrávigo. Por un momento, me mira en silencio como a una extraña y eso me obliga a tragar saliva. Una vez. Y otra más. Ahora que lo tengo cerca compruebo aún mejor que no ha cambiado. Sus facciones, aunque algo más adustas, siguen siendo las mismas: boca preciosa, mandíbula angulosa, ojos profundos, pelo castaño con muy pocas canas. Mirada de color miel.

Lo habría reconocido en cualquier parte del mundo.

La pena y la decepción me sacuden cuando veo que dirige la vista hacia

la bebida que le están sirviendo, perdiéndose en ella, ignorándome.

—Hola, Gonzalo. ¿Te acuerdas de mí?

Siento el rubor en la cara, como si me ardiera. Él niega sutilmente con la cabeza. Y yo me vengo abajo, me hago pequeñita en tan solo un segundo. Quiero morirme, así, en el acto.

—No se recuerda lo que nunca se ha olvidado —me dice en un susurro.

Recobro la vida ante sus palabras y me emociono como una idiota, con una oscilación temblorosa en los labios que no puedo controlar. Gonzalo pasea sus ojos por mi rostro antes de seguir hablando, estudiándolo con un gesto que no sé si es de añoranza, tristeza, dolor. Parpadea con lentitud.

—Aquella noche me quedé esperándote, Raquel.

Una punzada me atraviesa el pecho. Nada de «cómo estás», «cuánto tiempo», «qué te cuentas» o «qué alegría verte», nada de diplomacias ni de saludos educados y cordiales, me ha soltado en su segunda frase una recriminación que parece llevar veinticinco años atrapada entre sus labios, esperando poder liberarse a la primera oportunidad. Y duele. Duele tanto la manera en que me lo dice que me dan ganas de abrazarlo aquí mismo hasta romperme entera.

Capítulo 8

Aquella noche. No podría contar las veces que la he soñado, que la he reconstruido en mis pensamientos de mil maneras, como una película, fotograma a fotograma. Imaginados. Inventados. Gonzalo y yo consumando un deseo, una atracción sin nombre, o tal vez impronunciable por el rubor de una inocencia que no nos había abandonado a ninguno de los dos.

Yo me marchaba el domingo por la tarde de aquel fin de semana, terminando agosto. El viernes por la mañana amanecí con un nudo incipiente en la garganta, con una añoranza anticipada de los días maravillosos que había pasado con él. No le pregunté a Gonzalo lo que sentía, pero sus miradas silenciosas, sus sonrisas tontas, su mano apretando con fuerza la mía me lo decían todo. La angustia nos ahogaba las palabras, creo yo. Comencé a lamentar que se nos escapara el tiempo sin haber tenido un contacto más íntimo, sin un recuerdo que llevarnos impreso en la piel.

Pasamos todo el día juntos, sin perder el brillo en los ojos a pesar de las risas, contándonos deseos futuros entremezclados con historias fantasiosas, sin querer asumir que lo nuestro acababa allí, que esos dos meses habían sido como una especie de oasis en el desierto, como una tabla salvavidas en mitad del mar a la que nos habíamos subido aislándonos de la realidad, de la rutina que comenzaba de nuevo de una forma muy dispar. Ni siquiera nos planteamos seguir. Todo había surgido de manera tan espontánea, sin formalismos, sin declaraciones de amor, sin peticiones de compromiso que nada parecía atarnos lo suficiente como para pensar que fuera algo serio. Qué par de idiotas, Dios. ¡Qué más nexo de unión que un sentimiento mutuo! Pero no hablamos. Quizá ambos lo deseábamos y ninguno de los dos le echó el valor de hacerlo. O es que lo dejamos de manera inconsciente para la última noche. Para esa última noche que se perdió.

Ese viernes a mediodía, alguien propuso que nos reuniéramos todos al

llegar la noche en el recinto de la piscina para tomar algo y charlar. Hacía calor y apetecían los baños nocturnos con una Coca-Cola en la mano, una granizada o algún cubalibre de los que ya habíamos probado más de una vez. Éramos unos diez o doce, no lo recuerdo bien, casi todos emparejados o tonteando, jugando al amor. Construimos un cuadrado grande con las toallas y nos sentamos bajo los árboles, sobre el césped. Desplegamos las bebidas, paquetes de patatas y lo que cada uno requisó de su casa para picar. Y comenzó una velada de risas, confesiones variadas, bromas y juegos. Mi prima había empujado el codo más de la cuenta y no se le ocurrió otra cosa que hacer una mezcla asquerosa con varias bebidas, restos de patatas fritas, frutos secos y hasta unas hebras de césped en una botella de litro y medio de las que habían quedado vacías.

—Juguemos a algo —gritó, poniéndose en pie en mitad del círculo—. Cada uno de nosotros escribe una prueba en un papel, los mezclamos todos y elegimos uno al azar. Hay que cumplir la prueba y quien se raje tiene que beber un sorbo de esta guarrería que acabo de hacer.

—Qué cerda eres, ¿quién se va a beber eso?

—El que no tenga huevos de hacer lo que le proponen, ¡ja, ja, ja!

—¿Y si la prueba implica a otra persona y esa persona no quiere?

La que preguntó fue María José, que tenía más tiros pegados que cualquiera de nosotras y anticipaba lo que podía pasar.

—Pues tendrá que ser ella la que beba de la botella —resolvió mi prima.

Nos miramos todos y comenzamos a encogernos de hombros, sonaba divertido. ¿Por qué no? ¿Qué podíamos perder? Tampoco creía que escribieran ninguna atrocidad y si lo hacían, era cuestión de taparse la nariz y empujarse la botella un par de segundos nada más. Así es que aceptamos.

En poco más de diez minutos habíamos escrito nuestras maldades en los trozos de papel cortados de las etiquetas de un par de botellas. Los revolvimos y echamos a suerte quien empezaba. Le tocó a Hugo. Cogió un papel y lo desplegó con impaciencia ante la expectación de los demás.

—¡Pero léelo en voz alta, gili!

«Dale un beso a una chica, o a un chico, en la parte de su cuerpo que tú quieras».

—¡Venga ya —protestamos todas—, cómo que donde él quiera. Quien haya puesto esto se ha pasado de la raya!

—Bueno, está bien, vale, de cintura para arriba —matizó Esther.

Hugo la miró con malicia.

—Pues te va a tocar a ti, por mala y perversa.

—Esther le devolvió la sonrisa maliciosa, era indudable que había complicidad entre los dos.

Hugo fue caminando a cuatro patas sobre las toallas hasta llegar a su altura, como un gato encelado. Y después de mirarla a los ojos durante unos segundos, posó los labios en la parte interna de uno de sus pechos, ocultos por un biquini. La ovación, las risas acaloradas y los comentarios obscenos no se hicieron de rogar. Hugo sacudió la cabeza como un animal, provocando aún más las risas de todos nosotros, y Esther se tapó la cara con las manos, no sé si avergonzada o fingiendo estarlo en realidad.

Acordamos seguir el orden de las agujas del reloj. Después de Hugo le tocó el turno a Andrés, sentado a su izquierda. Y tras él fui yo. Me noté las manos húmedas al anticipar el cariz de las pruebas, daba por hecho que casi todas seguirían el mismo patrón, las hormonas nos salían por las orejas. Elegí un papel doblado con mucha pulcritud, intuyendo que sería el que había escrito María Dolores, la más modosita y aplicada del grupo; si alguien mantenía los pies dentro del plato sería ella. Leí en voz alta:

«Dale tres besos en el cuello al chico o a la chica que te guste».

A vueltas con los besos. Aunque aquí eso era casi lo de menos, lo de más era declararse abiertamente ante los demás. Dudé un instante, por vergüenza ante la confesión.

—¡No seas palurda, prima, si ya sabemos quién te mola!

Esther y su atrofiado sentido del tacto me dieron el empujón. Sonreí nerviosa y me puse en pie. Salí del círculo y empecé a caminar por detrás de todos, dándole carrete al asunto. Di una vuelta completa y en mitad de la segunda, me arrodillé a espaldas de Gonzalo y, con las mejillas como *la Heidi*, le di tres besos pequeñitos en el cuello, alineados en la vertical hasta casi rozar el lóbulo de su oreja con el último. Vi cómo se le erizaba la piel y adiviné su sonrisa por el hoyuelo que se le marcó en la cara. Mi corazón galopaba, más rápido que en pleno examen de Selectividad.

Ocupé de nuevo mi sitio y esperé con temor a que le llegara el turno a él. No sabía lo que quería que le tocara; por un lado, me daba vergüenza que me involucrara, pero por otro lo deseaba más que a nada en el mundo. Después de un par de pruebas superadas, con el pertinente jolgorio posterior, Gonzalo estiró el brazo para elegir un papel. Lo leyó en voz baja, resopló y me miró. Un calambrazo me encrespó la nuca, como si me hubieran ensamblado unas cuantas pilas de varios voltios.

—¿Qué pone?! —Una voz impaciente resonando en mitad del silencio.

«Tienes dos minutos para coger al chico o a la chica que tú quieras, llevártelo detrás del árbol y hacer con él, o con ella, lo que te dé la gana».

Mientras unos se tapaban la cara, otros exclamaban «hostiaaaaa» y otras decían que quien quiera que fuese el de la notita se había pasado tres pueblos, yo miré el árbol centenario —con obesidad mórbida— que había a unos veinte metros. Muda. Y sudando a chorros. «Lo que le diera la gana». Sabía que vendría a por mí. Sabía que me dejaría llevar. Pero no sabía lo que ocurriría allí detrás, lo que querría Gonzalo. Ni lo que quería yo. Dos minutos podían dar para mucho. Pero si Gonzalo actuaba como yo lo había soñado, no daban para nada. No quería romper la magia de un primer encuentro con algo sucio. Aunque en el fondo, no lo creía capaz de convertirse en un pulpo cualquiera por aprovechar la coyuntura. En última instancia, ahí estaba la botella. Preparada para que le arreara un sorbo con la nariz tapada.

Lo vi levantarse, cruzar el círculo y tenderme la mano al llegar a mí. Me invitó en silencio con la sonrisa insinuada y la expectación del grupo a su espalda; se lo estaban pasando en grande. Le tendí la mía y tiró de mí para levantarme. Y entre chiflidos y vítores me llevó detrás del árbol, sin soltarme. Esther coreó que el tiempo comenzaba a la voz de... ¡ya! Dos minutos.

Nos resguardamos detrás del tronco, con la semioscuridad como aliada, frente a frente. Gonzalo dio un par de pasos empujándome con suavidad hasta acabar con mi espalda apoyada en el árbol. Y con su cuerpo rozando el mío. Tenía sus ojos tan próximos a mí, su boca tan próxima a mí, su pecho tan cercano al mío que empecé a temblar como una tonta. Puso su mano en mi cuello y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Si te sientes mal, dejamos pasar el tiempo —me susurró, con sus labios a escasos centímetros de los míos—. No tienen por qué saber nada.

Su voz dulce y el calor que desprendía su cuerpo me deshicieron.

—¿Te sientes mal tú?

—¿Bromeas? Estoy encantado.

Me dieron ganas de llorar. Sí. Me dieron ganas de llorar, como a una capulla.

—Se nos acaba el tiempo —dije, y rebasé la distancia que nos separaba para unir mi boca a la suya.

Gonzalo me dio un beso en los labios. O unos cuantos, porque iba y volvía a ellos como si tuviera miedo de romperlos, como un querer y no querer estar ahí. Adentró sus dedos entre mi pelo y posó la otra mano en mi

costado, por encima de la cintura, rozando la base de mi pecho con el pulgar. Apretó un poco más sus caderas contra las mías, pero no se atrevió a ir más allá. Dejé de escuchar los comentarios jocosos de nuestros amigos, las exclamaciones burdas que, entre risas, nos alentaban a aprovechar el momento. Solo podía oír su respiración y la mía. Noté su excitación en mi pelvis y él debió de notar la mía en su pecho, porque la tela del sujetador de mi bikini era demasiado endeble para sofocarla. Le acaricié la nuca y la espalda, presa del momento. Y me dejé llevar. Sujeté su mano con suavidad y la deslicé un poco más arriba, invitándolo a sumergirla bajo la tela, alentándolo a que su piel entrara en contacto directo con la parte más rugosa de mi pecho. Aunque solo fuera una sutil caricia.

Esther gritó «tiempooooo» con una estridencia que me sonó de lo más desagradable. Nos quedamos unos segundos más mirándonos, viviendo ese momento mágico. Nadie me había tocado así antes, aquella fue mi primera vez. Hubiera sacrificado todos los profiteroles del mundo por continuar. Gonzalo se separó un poco, con el gesto contrariado, creo que el sonido de la campana tocando a fin le había jodido tanto como a mí. Y también creo que no tuvo el valor de insinuar nada en aquel momento, así es que lo hice yo.

—Mañana es nuestra última noche. —Cabeceó, afirmando—. Estaría bien despedirnos a solas en el rellano de las rocas, con la manta, las cervezas, la guitarra...

Lo dejé en suspenso, no quise insinuar nada más. Me daba una vergüenza horrorosa que se me viera el plumero, pero lo deseaba, deseaba continuar con lo que habíamos empezado detrás de aquel árbol. Quería abrazarlo, sentirlo. Sin barreras.

—Estaría bien —contestó, con la voz quebrada; quiero pensar que a causa de la emoción—. ¿Después de cenar?

—¡¡¡Eeeehhh, vosotros dos, que hace ya una hora que se acabó el tiempo, ¿qué leche hacéis?, ¿le habéis cogido gustillo o qué?, ja, ja, ja!!!

Era Hugo. Sonreímos.

—Después de cenar —le confirmé.

Y salimos del escondite para continuar la ronda de pruebas hasta el final, aguantando el chaparrón de comentarios de los monstruitos que nos esperaban.

Ese viernes tampoco dormí, imaginando lo que pasaría en nuestra última noche de sábado. Soñando las caricias de Gonzalo como una romántica empalagosa sin solución.

Pero no las hubo.

—Aquella noche me quedé esperándote —vuelve a repetirme ahora, con calma, sentado a pie de barra—. Y seguí haciéndolo durante meses. Durante años. Sin darme cuenta.

Se produce un silencio entre nosotros que me aplasta como una losa. Nos miramos fijamente y se me corta la respiración. No estoy preparada para soportar además ese cargo de conciencia. ¡Quiero llorar, golpear con los puños lo que encuentre a mano! La impotencia me está retorciendo el estómago, como si me lo estrujaran.

Gonzalo se levanta, coge su copa y se marcha en dirección a un rincón alejado, donde la música y la luz deben de llegar atenuadas. Se aleja de mí sin invitarme a seguirlo. Y yo me quedo aquí, con la puntilla de su recriminación insertada donde más duele y con mi nudo en la garganta, conteniendo las lágrimas a duras penas y con el pulso vuelto loco en las sienes. Mi fantasma ha estado haciendo sonar las cadenas más que nunca —como pensé esta mañana— para golpearme ahora con ellas. Quería enfrentarme a todo para desmitificarlo, para desmoronar un castillo de naipes en el que no podía vivir, ¿o para construirlo en ladrillo, tal vez? Pero no sabía lo que encontraría al venir. No sabía si él estaría aquí, si habría rehecho su vida, si aquellos dos meses se habrían convertido, sin razón de ser, en una mera obsesión por mi parte. Creía que toparme frente a frente con él me ayudaría a abrir los ojos de una puñetera vez a la realidad, a una distinta a la que he vivido. Y ahora descubro que él siempre ha estado ahí, en la retaguardia, esperando. ¿Pero a qué? ¿Dónde? ¿Ha estado haciendo igual que yo? ¿En qué demonios pensábamos los dos lamentándonos a distancia, soñando lo imposible, alimentando una utopía? ¡Menudo par de imbéciles! ¡Cuántos años perdidos, cuántos pensamientos vagando en tierra de nadie, sin percatarnos de ellos, sin verlos, sin escucharlos!

Me vuelvo hacia la barra, dando la espalda a la gente, refugiándome en la oscuridad del rincón y suelto dos lágrimas que no puedo reprimir. Meto la cabeza entre las manos, negando. Negando la rabia que me produce no poder recuperar el tiempo, no poder volver atrás para concedernos la oportunidad de equivocarnos. O de ser felices, quién sabe.

Gonzalo parecía dolido. ¿O me lo ha dicho con tono de indiferencia? Se quedó esperándome. «Se quedó», en pasado. ¿Pero aún sigue haciéndolo o ya no?

¡Dios!

Me pongo erguida y respiro hondo, todo lo que puedo. No he venido para regresar por el mismo camino y con los mismos sentimientos metidos en el pecho, necesito airearlos, cambiarlos por otros, los que sean. Me limpio las lágrimas antes de empujarme el vaso y dejar el líquido en la mitad. Tengo que ir adonde está él. Quiero estar con él y aclararlo todo. Si me lo permite.

La música sigue sonando, pero me resulta ajena. Algún codazo se escapa mientras atravieso la pista de baile, pero ni me quejo. Le parezco a las muñecas de los anuncios, ausentes pero con autonomía propia. Así llego hasta el rincón donde Gonzalo se ha sentado. Hay dos módulos para dos personas haciendo esquina y dos mesitas bajas delante de ellos. Pero está solo. Desde allí apenas puede verse la pista y los compañeros tienen ganas de divertirse, no de esconderse como nosotros. Dejo mi vaso al lado del suyo y me siento junto a él. Con lentitud y la vista al frente.

—¿No bailas? —me pregunta, con naturalidad.

—Prefiero recuperar asignaturas pendientes —contesto, con una sonrisa tibia y los ojos aún vidriosos—. Siempre fui una chica aplicada.

Suelta el aire, en un gesto que solía utilizar para alabarme el ingenio. Ahora lo reconozco y me alegra, me alienta a continuar. Aunque no soy yo quien sigue hablando. Lo hace él.

—¿Qué pasó? —me pregunta. Y se me seca la boca—. Te parecerá absurdo después de tanto tiempo, pero necesito saberlo.

—No me parece absurdo —replico—. Nada de todo esto me parece absurdo. Ahora ya no. —Se me quiebra la voz—. ¿Me creerías si te dijera que he pasado todos estos años lamentando no haber podido acudir?

—Sí, pero el tiempo todo lo cura, Raquel. ¿No es cierto? —Lo dice mientras mira mi anillo, encajado en mi dedo anular, y me descompongo—. El tiempo le va quitando importancia a las cosas, las desdibuja, va suavizando los sentimientos hasta que se evaporan y todo se queda en nada, en un sueño que ya pasó. Sobre todo cuando alguien llega ocupando el lugar que dejaron otros.

Hay resquemor en sus palabras. Otra puntilla. Otra astilla que me clava donde duele.

—¿Todo eso te ha pasado a ti? —le pregunto, afectada. Quiero asegurarme de que habla por mí, de que no habla por él y por sus sentimientos propios, porque todavía no sé lo que piensa, lo que siente. Lo que quiere.

—No —contesta, rotundo—, a mí no. Pero yo no debo de estar muy cuerdo, no me parece normal que una relación de dos meses te deje pillado

para toda la vida. Que te la ponga patas arriba y no haya un dios capaz de enderezarla. —Otro escalofrío me sacude el cuerpo, desde la raíz del pelo hasta los pies, y mis nervios se acentúan—. Y tampoco me parece muy normal que estemos hablando ahora como si no hubiéramos dejado de vernos.

Agacho la cabeza, girando mi anillo de forma compulsiva, con las manos sudorosas. Un camarero se acerca y retira los vasos vacíos que hay en la mesa. Guardo silencio, esperando que nos deje de nuevo a solas. Es ahora o nunca. Mi confesión, lo que siento, lo que me ha venido machacando desde que me fui del pueblo. Lo que no me ha dejado vivir. Me da vergüenza parecer una idiota, una niña, una adolescente descerebrada, una loca de atar... Cualquiera que no crea en el amor, cualquiera que no haya vivido nunca una emoción como la que yo he venido sintiendo a lo largo de estos veinticinco años pensará que desvarío, que todo esto es un cuento chino imposible de creer. Pero eso es como no creer en la existencia de ovnis por el simple hecho de no haberse topado con uno, de no haber vivido en propias carnes la experiencia de verlos o de sentirlos cerca.

Debo confesarme, no lo puedo dejar pasar. No puedo permitir que Gonzalo se marche sin desnudar antes mis emociones.

Necesito vivir. O terminar de morir.

Capítulo 9

El ambiente sigue bullicioso, aunque los ánimos se van calmando. La tarde avanza, deben de ser casi las siete y algunos se han marchado ya. Las obligaciones mandan. El paréntesis que nos ha permitido recordar el ayer termina y todo apunta de nuevo a la rutina, a la normalidad. No sé si conmigo sucederá igual, o acaso mi paréntesis solo tendrá un signo de apertura y no sabré cuándo ni cómo colocar el del final. Me detengo unos segundos a mirar a los compañeros que aún quedan en el salón. Bailan, charlan, ríen. Para ellos debe de tratarse de un evento especial, sí, pero como tantos otros huidos de lo cotidiano, como la boda de una prima o la comunión del niño.

Para mí está resultando ser mucho más.

Hay veces en que un sexto sentido nos advierte, nos pone en guardia ante lo que aún no ha llegado. Tal vez sea el instinto previendo el futuro. O nuestros propios deseos, que son tan fuertes que arrastran a los acontecimientos aunque estos no hubieran tenido intención de moverse un ápice de su sitio. Estoy segura de que todos mis compañeros decidieron acudir a esta cita con la conciencia puesta en un nostálgico encuentro entre todos nosotros. Yo venía a verlo a él, no a ellos, ya lo he dicho. Ha sido él quien me ha movido de casa. O la vida, que me zamarrea y me habla de segundas oportunidades, que aunque jamás sean iguales que la primera ni produzcan los mismos efectos, sí que nos brinda al menos la ocasión de marcar un antes y un después. Para bien o para mal.

Lourdes aparece y desaparece como una estrella fugaz, dejando a su paso, sobre la mesa, dos copas de un líquido oscuro que no sé qué es. Y al emprender su retirada, coge del brazo a una chica que parecía tener la intención de dirigirse a nosotros para interrumpir lo que yo no sabía cómo empezar. Mi amiga gira la cabeza mientras se aleja y me guiña. Yo le digo que la quiero con una caída de ojos. Le debo una. No. Más de una.

Gonzalo bebe un sorbo y me mira, en silencio. Esperando. Yo me froto las manos, una contra otra y luego contra la falda.

—Llevas metido en mi cabeza desde aquel verano —acierto a decir—. Es como si hubiera compartido contigo todos estos años. —No deja de mirarme directamente a los ojos, como solía hacerlo en la juventud. Trago saliva y continúo, pasándome los dedos por la frente—. Te he soñado, te he hablado... Me he preguntado cientos, miles de veces cómo habría sido mi vida si hubiera estado contigo.

Él inclina la cabeza ligeramente, en un gesto dulce, y lo oigo suspirar mientras calla.

—Me dejaste tu imagen grabada aquí dentro —digo, señalándome la cabeza—, la que me enamoró. Y ahí sigue, intacta, como si fuera una cicatriz. Te sigo teniendo en mis sueños. Y quienes habitan los sueños se vuelven dioses.

Cojo el vaso y bebo para aliviar el nudo que se me ha formado y el rubor que siento en la cara. Me arde. A mis cuarenta y dos años me arde la cara al hacer una confesión de amor, válgame Dios. Me tomo un tiempo para respirar y él hace lo mismo. Agarra su vaso y le clava la vista, girándolo, jugueteando con él, haciendo tintinear los cubitos de hielo. Cuando voy a arrancar de nuevo, se me adelanta.

—Yo me quedé enganchado a ti como un imbécil —me suelta, a bocajarro, pero con la voz afectada—. Tardé en descubrir que no podía mantener relaciones estables porque te buscaba en todas, Raquel. Es como si me hubiese quedado atrapado en esa fase de embelesamiento y no pudiera salir de ella.

—¿Y Cristina? ¿Entre tú y ella...?

—Es mi amiga. Mi gran amiga, pero nada más.

¡Bendito fuera! ¡Bendito fuera el ente divino que le había hecho sentir igual que a mí! Muchas veces pensé en la adolescencia y en la juventud como etapas de ideas turbias, de insensatez, y lamenté haberlo encontrado en ese tiempo. Ahora siento que de haberlo hecho unos años después tal vez no habría caído en las mismas redes que yo. Lourdes suele decir que la edad les reporta frialdad a los tíos, que los vuelve prácticos, viscerales, físicos..., que les arrebatara su parte romántica y ese matiz más sensible del que hizo alarde Gonzalo y que aún parece perdurar en él. Aunque, con más madurez tal vez hubiésemos sabido cómo actuar o qué decisión era la más acertada. No sé. Tengo un lío en la cabeza que no sé cómo aclarar.

Han reducido el volumen de la música y han puesto una melodía más lenta, más calmada. Se agradece.

—Bajé de las rocas con una cara de gilipollas que ni te cuento — continúa diciendo él—. Con la guitarra y la manta a rastras. Estuve esperándote hasta la madrugada. Era nuestra última noche, nuestra última oportunidad de estar juntos, y yo creía... —Se contiene un instante, como si se avergonzara de confesarse—. Yo creía que tú querías...

—Hacer el amor contigo —digo, en un esfuerzo por ponerlo todo en claro. Él asiente con un gesto—. Y lo quería, Gonzalo —admito—. Lo quería.

—¿Entonces? No pude dormir esa noche, no sabía lo que pensar, no me entraba en la cabeza que pudieras estar jugando conmigo, no..., no me pegaba de ti, Raquel, o eso quería pensar. Pero desapareciste sin decir nada. Cuando me levanté fui a buscarte. La casa estaba cerrada. Ni una despedida, ni un mensaje, ni una nota o algo que me hiciera saber lo que había pasado. Una vecina nos dijo que os vio marcharos el sábado sobre las siete o las ocho de la mañana. A todos. Y pensé que habíais adelantado la vuelta sin que me avisaras. A partir de ahí, me imaginé de todo. Que sentías vergüenza, que en la noche del viernes habías bebido y por eso habías sido capaz de insinuarte, que te daba miedo comprometerte, que habías estado jugando conmigo como podías haberlo hecho con cualquier otro, por pasar el rato, por tontear... Que habías estado provocándome hasta verme comiendo en la palma de tu mano y ya habías perdido el interés por mí —termina diciendo en voz baja, arrastrando las palabras.

Me llevo una mano a la boca y mascullo dolida entre dientes:

—Como una calientapollas.

Se me caen dos lágrimas enormes, me acaba de clavar la tercera astilla. Afilada y gruesa como ninguna otra.

—Explícame lo que habrías pensado tú, nadie desaparece de la noche a la mañana como si no le importara nada lo que habíamos vivido. Pensaba declararme esa noche, Raquel, pensaba pedirte que siguiéramos viéndonos, que hiciéramos lo posible por continuar con esa relación que habíamos empezado allí. No quería que te fueras sin más. No quería dejarte marchar sin atarte a mí de alguna manera. Y no tuve ocasión.

Me palpita el corazón, siento que se me desboca. Esto es peor de lo que pensaba. La oportunidad perdida no se limitaba a un contacto íntimo, a una relación física con la que sellar un sentimiento emocional que nos traía locos. Iba mucho más allá. Él quería mucho más de mí. Siento angustia en la garganta

y en la boca del estómago. No sé si quiero seguir escuchando, la sensación de impotencia es tanta que me entran ganas de golpearme la cabeza contra lo primero que pille.

—Me quedé con el corazón hecho polvo. —Sigue. Pero le cuesta hablar y hasta respirar—. Por eso no he dejado que entre nadie más en mi vida, siempre he tenido miedo de pasar otra vez por lo mismo. —Traga aire a más velocidad de lo normal—. Al comenzar cada relación todo iba bien, pero a medida que las tías empezaban a insinuarse, yo cada vez me sentía peor, y no me atrevía a seguir por miedo a que todo se estropeará en el mejor momento. Así es que terminaba rompiendo yo antes de llegar a un punto serio. Me he pasado los años con un flirteo detrás otro, sin dejar que nadie me llenara. Nadie.

Se incorpora ligeramente. Está sudando y no tiene buena cara. Me asusto.

—¿Estás bien? —le pregunto, acercándome aún más a él—. ¿Quieres algo? ¿Agua...?

—No, no, estoy bien, no te preocupes. Son las emociones.

—¿Quieres que salgamos a tomar el aire?

—Sí, si no te importa.

Me levanto con mi vaso en la mano, sin perderlo a él de vista. La disco está casi vacía y los compañeros que todavía quedan están acomodados en sillas y butacas adosadas a las paredes. Apenas nos lleva tiempo alcanzar la salida al jardín. Yo voy delante y Gonzalo me sigue. El frescor de la noche comienza a notarse y se agradece sentirlo en la piel. Nos envuelve un aroma a hierba recién cortada y lo aspiro con ganas, con la necesidad de desintoxicarme, de deshacer la maraña gris que se me ha quedado dentro a raíz de nuestra conversación.

Hay un banco bajo unos árboles, alejado de la puerta por la que acabamos de salir. No es mal sitio para continuar hablando. Para seguir confesándonos, si a Gonzalo le parece bien.

Nos sentamos y le doy tiempo para terminar de recomponerse; no me atrevo a reiniciar la conversación sin su beneplácito. Aunque no desearía irme de aquí sin explicarme. Necesito darle la explicación para borrar de su mente la mala imagen que pudo quedarle de mí.

—¿Qué pasó, Raquel? —me pregunta. Una vez más.

—Ingresaron a mi madre en el hospital, en la madrugada del sábado. Se cayó por las escaleras y perdió el conocimiento. En las pruebas que le hicieron en urgencias vieron que tenía una hemorragia cerebral y la metieron

en la U.C.I., con un coma inducido. Bastante grave. —Gonzalo abre los ojos y me mira con un gesto de sorpresa, seguro que no pensaba que pudiera haber sucedido algo así—. Mi padre llamó a mi tía y salimos corriendo en cuanto que preparamos lo más urgente, algo de ropa y las cosas de aseo; dijeron que ya volveríamos más adelante a por todo lo demás. Se me cayó el mundo encima, Gonzalo, en aquel momento solo pensaba en mi madre, no había sitio para nadie más. —Lo miro, esperando un gesto de comprensión por su parte—. Creía que se moría, nos dijeron que las primeras setenta y dos horas eran cruciales. Mi padre y yo nos pasamos esos tres días primeros en el hospital, podían meterla en quirófano en cualquier momento o suceder algo peor. —Vuelvo a emocionarme al recordarlo—. Me duele decirlo pero mientras estuve allí apenas pensé en ti. Solo podía pensar en lo que sería de mi vida sin mi madre.

Roza mi mano. Por primera vez desde que hemos comenzado a hablar, está rozando mi mano con sus dedos. Intencionadamente.

—Y ¿se puso bien? —pregunta, temeroso.

—Sí. Estuvo esos días en estado crítico. El viernes nos dijeron que podíamos empezar a respirar, que se encontraba estable dentro de la gravedad y que todo iría bien si no surgía ninguna otra complicación. Mi tía dijo de ir el domingo al pueblo para recogerlo todo y le pregunté a mi padre si le parecía bien que también fuera yo. Quería verte y contarte lo que había pasado, pero cuando llegué...

—No me encontraste —apunta él, afectado por lo que le estoy diciendo. Le brillan los ojos.

—Te habías marchado. El día de antes. Maldije a Dios y a todos los santos por cruzarnos de esa forma, era como si alguien allá arriba se hubiera empeñado en jodernos la vida —digo con rabia, mirando al cielo, recordando con claridad la sensación de aquel momento—. Eché cuentas, descolocada, recordaba que aún faltaba algo más de una semana para que te fueras, pero tampoco tuve a quien preguntar, casi todos tus amigos se había ido ya también.

—Mi padre llegó con la carta del traslado. A Torrejón de Ardoz. Era un destino provisional, pero con vistas a quedarse cuando consiguiera el ascenso. En dos días lo pensaron todo. Bueno, lo pensamos. Yo todavía no había hecho matrícula para la carrera, tenía que examinarme de la que me quedaba, así es que igual podía hacerla en Sevilla que en Madrid. Pero hacerla en Sevilla era obligarnos a estar separados. Así es que decidieron que nos fuéramos todos.

—¿Y por eso os fuisteis del pueblo antes de tiempo?

—Mi madre empezó a agobiarse, no quería hacer una mudanza a la carrera. Dijo que bastante tiempo habíamos pasado allí ya, que una semana más no nos sacaría de nada.

—A ella no, claro —apunto, con un deje de resignación y de impotencia. Porque de haber agotado sus vacaciones en el pueblo, yo habría llegado con tiempo de verlo a él.

—¿Por qué no me buscaste después, Raquel?

—¿Y tú? ¿Por qué no me buscaste tú a mí?

—Yo no fui el que huyó sin decir nada.

—Yo no hui, Gonzalo —replico, dolida.

—Vale, no huiste, ahora lo sé. Pero entonces así lo creí. ¿Y para qué iba a buscarte si habías sido tú la que me habías dejado sin darme explicación? Después de darle muchas vueltas pensé que así lo habías querido y que debía respetarlo.

—Orgullo. No me buscaste por orgullo.

Mira al frente, a los aspersores que acaban de ponerse en marcha para regar el césped, dando tiempo a una contestación que parece no querer darme.

—En aquel momento, puede que sí, que el orgullo no me dejara buscarte. Pero terminé tragándomelo, Raquel. Después de unos años de no levantar cabeza, vinimos de vacaciones y no pude resistirme, estuve desfilando por la puerta de tu casa, como un vigilante, esperando a que aparecieras en algún momento. No sabía si sería capaz de hablarte o de saludarte, pero al menos quería verte.

Me sorprende muchísimo su declaración.

—¿Y me viste?

—Con él. Te vi salir con él, parecías contenta, feliz. Te echó el brazo por los hombros y tú le sonreíste. Entonces me marché, ya todo estaba claro, lo que siempre sospeché estaba allí, delante de mis narices.

No puedo creerlo, jamás hubiera pensado que volvería a buscarme. Y yo con Juanma. ¡Joder, y yo con Juanma!

—Pero por qué no...

—Ya ves que te busqué. —No me deja terminar—. Volví a por ti, a pesar de todo. No sabía lo que esperaba encontrar, pero volví. Lo que no termino de entender es por qué no lo hiciste tú si sentías por mí lo que estás diciendo. Si no podías apartarme de tu cabeza, no consigo comprender por qué no lo intentaste.

Me está haciendo polvo toda esta sarta de despropósitos, de malos

entendidos, de desencuentros. Sospecho que me iré de aquí con una desazón aún mayor de la que traía, con una impotencia que me va a costar la misma vida digerir. No sé cómo asimilar esto, de verdad que no lo sé.

—Lo intenté —le advierto, con desesperación—. Intenté dar contigo cuando todo volvió a la normalidad, pero no fue fácil. Ya no volvimos al instituto, a muchos compañeros les perdí la pista y a los más cercanos a ti no sabía cómo localizarlos, no había móviles en aquel entonces para facilitarnos las cosas. Después de unos cuantos meses, me encontré a Cristina. El corazón se me iba a salir del pecho, no te imaginas lo que me entró en el cuerpo al verla, porque sabía que ella sí que podría hablarme de ti, darme alguna noticia. Le pregunté y me dijo lo de Madrid. Que os habíais mudado y harías la carrera allí. Se me vino todo abajo, Gonzalo, la distancia me pareció un mundo. Te imaginé metido en tus estudios, con una vida nueva, amigas nuevas, intereses distintos... Fue como una vuelta a la realidad más cruel. Hasta entonces no había querido darme cuenta, pero allí estaba esa puta realidad, delante de mí, diciéndome que tú estabas a cuatrocientos kilómetros de distancia y sin intención de volver. Lo di todo por terminado.

Se me quiebra la voz, no puedo continuar. Veo a Lourdes salir del hotel y me señala el móvil, dándome a entender que hablamos más tarde. Me saluda con la mano y me lanza un beso. Las farolas se encienden, está empezando a anochecer. Pero yo no quiero irme, quiero purgar por todo lo que haga falta para salir viva de aquí.

—¿De verdad creíste que lo que teníamos se podía acabar tan fácil, Raquel? —Se ha incorporado en el banco y ha dejado caer su mano sobre la mía mientras me habla—. ¿De verdad pensabas que podría haber sido una aventura de verano y ya está?

—No lo sé, Gonzalo, teníamos diecisiete años, ojalá hubiera tenido las cosas claras —contesto afectada—. No supe ponerle nombre a lo que sentía, no sabía si era amor auténtico o era una ilusión, jamás lo había sentido antes. Y no sabía lo que podía durar. Me fui dando cuenta de que era algo muy grande conforme pasaba el tiempo, cuando vi que no te podía sacar de mi cabeza a pesar de estar con Juanma.

—Yo estaba en tu cabeza, pero te casaste con él.

Suspiro de nuevo. ¡Cómo pueden cometerse tantísimos errores sin saberlo, sin ser consciente de ellos! Tardo en contestar. Se me agolpan los recuerdos de la forma en que Juanma y yo nos conocimos. En un cumpleaños. Mi amiga Olga pasaba a ser veinteañera y le trajimos a la tuna de la Facultad

de Medicina por sorpresa, porque el chico que le gustaba cantaba en ella. Juanma los acompañaba porque era amigo de unos cuantos y habían quedado en irse de marcha al acabar. Pero cambiaron de opinión. Después de la serenata se quedaron con nosotras y Juanma terminó acercándose porque fui la única chica que no le hizo ni puñetero caso. Era un guaperas y se lo tenía creído, no estaba acostumbrado a que lo ignoraran y aquello lo motivó. Es lo que les pasa a algunos tíos; no soportan golpes bajos en su ego y tienen que resarcirse, demostrar que conservan sus facultades intactas, aunque en el fondo luego no quieran nada. Juanma tenía una labia de narices y aunque en un principio me cayó gordo, poco a poco comenzó a entrarme, a conquistarme a base de atacar mis puntos flacos. No nos hicimos declaración alguna, simplemente comenzamos a salir, cada vez con más frecuencia. Hasta que pasó lo que jamás tendría que haber pasado, aunque lleváramos dos años de relación.

—Me quedé embarazada al cumplir los veintidós —le confieso—. Y a partir de ahí me salté a la torera todos los ideales de los que tanto habíamos hablado tú y yo en aquel verano. Me tragué mis convicciones por instinto maternal, el niño no tenía culpa de lo que había ocurrido en mi cuerpo ni de lo que venía pasando por mi cabeza desde que estuve contigo. Quise hacer alarde de madurez y convencerme de que lo que sentía por ti era un amor platónico, idolatrado, imposible, muy diferente al que sentía por Juanma, mucho más real y no de cuento. Me repetía a diario que si hubiera empezado una vida contigo, todo eso tan grande que sentía dentro de mí se habría esfumado en los primeros días de convivencia. Necesita encontrar la paz.

Me mira con ternura, como si me comprendiera. Su gesto ha ido cambiando a lo largo de la conversación y ahora es como si viera más allá de lo que muestro, de esta fachada de cuarentona que no se parece en nada a la chica que lo acompañaba entre las jaras mientras él tocaba canciones con su guitarra. Distinta aunque mantenga intactas las sensaciones de la primera vez. Aunque aquella locura que sentí entonces haya cobrado vida con más fuerza que nunca en cuanto me he sentado hoy junto a él.

Guardamos silencio. Sigue oliendo a tierra mojada, a campo. Los faroles derraman sus reflejos ocres por el jardín, haciendo que destellen las gotas de agua que han quedado sobre las hojas del césped. Apenas se escuchan ruidos. Ya han desaparecido todos y caigo en la cuenta de que no me he despedido de ellos. Pero no me importa, si el destino quiere, volveremos a encontrarnos.

Me giro para mirar a Gonzalo, que ha vuelto a dejarse caer sobre el

respaldo del banco. Me regala una sonrisa apenas insinuada, llena de calma, de tranquilidad.

—¿Y al final la encontraste? —me pregunta, jugueteando absorto con las puntas de mi pelo.

—¿El qué?

—La paz que tanto buscabas.

Cabeceé.

—No.

Hace una mueca con los labios, como en un lamento.

—Qué injusta la vida —dice—, juega con nosotros como le da la gana. Creemos que podemos manejar los hilos, circular por donde queramos y resulta que es ella la que nos dirige a su antojo, como si fuéramos auténticas marionetas.

Se me coge un pellizco en el estómago y le dedico una mirada larga y profunda. Y me digo que estoy loca. Que estoy loca por pensar lo que estoy pensando.

—Tal vez la podamos burlar —le advierto.

Gonzalo me mira perplejo, intentando adivinar a lo que me refiero.

—No creo que nos deje hacerlo —dice al fin.

Ahora soy yo la que pone mi mano sobre la suya, posada en su pierna.

—Si no lo intentamos no podremos saberlo. Aunque solo sea por poco tiempo, no quiero jugar con sus cartas, Gonzalo. Quiero jugar con la mías. Con las que se me quedaron guardadas.

Mi voz ha temblado al pronunciar la última frase. Su mirada me abrasa. No sé lo que va a decir, cómo va a reaccionar, si será capaz de entenderme o me rechazará por mi actitud de loca adolescente. Aunque tampoco sé con seguridad si ha captado lo que estoy pensando.

Escucho un revoloteo de mariposas a mi alrededor, demasiado escandaloso para ser mío solo. Gonzalo se incorpora de nuevo, pone su mano en mi nuca y acerca su boca a la mía. Me besa en los labios. Dulce como la miel. Y me hago aguas al reconocer el sabor de antaño, su tacto cálido y suave. Entrañable.

—Voy un momento al baño, no te vayas, por favor —le ruego, con la intención real de dirigirme a recepción.

Vuelvo a los pocos minutos, acomodándome el pelo, apenas conteniendo la excitación. Y me detengo delante de él, de pie, regalándole una sonrisa plácida y con los nervios a flor de piel.

Gonzalo me piropea.

—Sigues igual de guapa. Todavía no te lo había dicho.

Con una sonrisa aún más amplia, le tiendo ambas manos en un signo claro de invitación, dejando entrever la tarjeta magnética que guardo en una de ellas.

—¿Me acompañas?

Capítulo 10

Gonzalo me mira; primero, a la mano y después, a los ojos. Me está preguntando en silencio si estoy segura. Me quito el anillo que llevo puesto y lo guardo en el bolso. Y con eso se lo digo todo. Él se levanta y me deja que lo conduzca a través del jardín, con nuestros dedos entrelazados de manera informal. Voy un paso por delante y él me sigue. Se ha levantado algo de aire y las hojas de los árboles susurran como en las noches de aquel verano. Aún no se puede ver la luna, pero saldrá. Daría lo que fuera por recostarme sobre la hierba, al pie de un árbol, cerrar los ojos y escuchar de nuevo las notas de la guitarra en las manos de Gonzalo. Es curioso, la música parece enredar los recuerdos como si fueran notas en una partitura y ya no los deja escapar. Ninguno de los dos dice nada, quizá por temor a romper un momento mágico, casi irreal. Por temor a fracturar un sueño que se nos ha devuelto. O que nosotros le hemos arrebatado al destino en una dulce venganza.

Empujo la puerta con suavidad y entramos en la habitación. Y al cerrarla a mi espalda me parece estar en un mundo aislado que no entiende de compromisos, de vidas trazadas, de deberes marcados ni de moralidad. Tan solo de instinto, de sentimiento puro, de emociones dormidas despertando al fin. Pienso en nosotros. En que ha llegado nuestro momento y siento los nervios de la primera vez. De mi primera vez soñada con él tantas veces. Me tiemblan las manos. Me tiembla el cuerpo y me levita el estómago, no me lo siento, solo un vacío cuando respiro.

He soltado el bolso en una silla próxima a la entrada y todavía sigo aquí, adosada a la puerta, como una joven inocente e ignorante respecto al sexo, azorada y acobardada, temerosa de no dar la talla; pero ante mí. De no cumplir mis propias expectativas, construidas al detalle a lo largo de veinticinco años. Gonzalo pasea por la habitación mientras lo miro, embelesada y atontada. Ha desplazado una alfombra hasta llevarla al pie del balcón y sobre ella ha

extendido la colcha que cubría la cama. Y ahora lo abre, dejando que la brisa penetre, permitiéndonos ver la arboleda del jardín trasero tan cerca que casi podríamos tocarla.

Adivino lo que pretende y se me nublan los ojos. Una vuelta atrás, eso es lo que quiere, hacer retroceder el tiempo y continuar por donde nos quedamos.

Yo también lo quiero. Con toda mi alma.

Me descalzo para ir hasta donde está él, yo no usaba tacones para caminar por las rocas. Y sin dejar que se gire, lo abrazo a su espalda, con mi mejilla posada en ella.

Percibo su olor. Aún puedo recordarlo.

—Me gustas cuando tocas. Y me gusta ver cómo deslizas tus manos por la guitarra.

Reproduzco ahora lo que ya le dije en nuestra primera cita nocturna en la que estuvimos solos. Él, en respuesta, acaricia mis manos, que abrazan su cuerpo.

—Y a mí me gusta tocar para ti, me encantan los ojitos que se te ponen cuando nos miras —me dice, casi en un susurro.

—Es que eres un chico muy guapo, muy atractivo. Y muy sexy.

—Eso no me lo habías dicho antes.

—Me daba vergüenza. Pero ahora ya no, después de lo de ayer...

Gonzalo se gira. Ahora me mira de frente y son sus brazos los que rodean mi cintura. Le brillan los ojos.

—¿Qué es lo de ayer?

—¿Ya no te acuerdas? El juego de la botella, el árbol... No dejo que cualquiera me toque como lo hiciste tú, ¿sabes?

Compone un gesto de perplejidad.

—Y... ¿cómo lo hice? La memoria me juega malas pasadas.

Lo dice con tal seriedad que todo me parece real, no el juego que estamos siguiendo. Y me agito. Como una tonta.

Tiro hacia arriba del borde de mi blusa para llevar la mano de Gonzalo a ras de piel hasta la proximidad de mi pecho. Y allí la dejo, esperando que continúe por sí solo hasta donde llegó la primera vez. O hasta donde él quiera.

—Ya, ya recuerdo. Un momento memorable —me dice al oído—. Yo tampoco suelo tocar a cualquier chica de esta forma, solo a las que me gustan.

—¿A *las* que te gustan? —Enfatizo el plural.

—Perdón, a la que me gusta. —Chasquea la lengua—. Lástima que se acabara el tiempo. Dos minutos eran nada.

Clavo la vista en sus pupilas.

—¿Te habría gustado seguir?

—Me habría encantado. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

Ha cambiado su tono de voz. Se ha vuelto más grave, más solemne, más sentida.

—¿Y ahora? ¿Deseas seguir? —le pregunto, con el sentimiento y la excitación cabalgando juntos.

Me da su respuesta poniendo un beso en mi boca que comienza suave, hasta hacerse apresurado y profundo. Ansioso. Sus manos sujetan mi cuello. Yo le correspondo entregada, quiero estar con él.

—Sentí celos de Cristina cuando la vi en el gimnasio cantando contigo. Era casi la primera vez que te veía y sentí celos. Fue una sensación extraña que no ha desaparecido. Primero, el deseo de estar contigo y el temor de que todo acabara, de que fuera un sueño; y después, el deseo de estar contigo y la frustración de no tenerte.

Gonzalo acaricia mis mejillas con sus pulgares, mirando mi boca, mis ojos, mi rostro entero. El aire que circula entre nosotros es caliente y denso. Emanan de su cuerpo y también del mío, tan próximos.

—Me alegró encontrarte en el pueblo, Raquel, soñé contigo mientras estuve allí. La forma en que me miraste cuando Cristina cantaba y yo tocaba se me quedó grabada, no sé por qué. Cuando te vi aquella noche de San Juan bendije al destino por volver a juntarnos. No sabía que llegarías a ser tanto para mí, pero intuía que surgiría algo importante entre nosotros. No sabría decir por qué, pero lo sentí.

—He esperado este momento veinticinco años, Gonzalo. Sin quererlo admitir, pero lo he hecho.

Mi voz se ha llenado de sentimiento y deseo. Y él lo percibe, porque me besa de nuevo, con una mano agarrando mi pelo mientras ocupa la otra en desabrochar mi blusa. Se retira ligeramente y me mira al echarla hacia atrás. Siento miedo de no ser la misma, de que no encuentre lo que busca. Pero él desliza las palmas de sus manos por mis pechos con un brillo en los ojos que delata lo que siente. Y eso me basta.

—Yo también, Raquel. No sabes cuánto.

Le quito la camiseta y dejo caer mi falda, al tiempo que él se despoja de sus vaqueros. Me abraza y siento su piel unida a la mía. Y suspiro. Con una congoja maravillosa que me oprime la garganta y me dice, una vez tras otra, que soy feliz. Aunque solo sea por un momento.

Acabamos en el suelo, recostados sobre la alfombra. Con la brisa acariciándonos y el olor de los árboles evocando recuerdos. Un pequeño reflejo de luna le cruza la cara; entonces me incorporo para observarlo bien, sentándome a horcajadas sobre sus caderas. Me traslado en mi pensamiento hasta aquella noche y soy capaz de verlo, empapada en nostalgia, con sus rasgos de ayer. Mis emociones siguen intactas, como si hubieran sido congeladas hasta esta noche; mis sentimientos también.

El reloj se detiene. Tengo la sensación de estar viviendo a cámara lenta, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para nosotros. Tal vez porque hay tanto que recuperar que no saben nuestras mentes ni nuestros cuerpos adónde acudir. Gonzalo vuelve a jugar con las puntas de mi melena, acaricia mis pezones con ellas, absorto en mi cuerpo, abstraído. Y luego desliza uno de sus dedos hasta la altura de mi ombligo.

—Sigue estando aquí. Este lunar que tanto me gustaba mirar. No sabes cuántas veces he soñado que lo besaba.

—Pues ya ha llegado el momento —susurro.

Me voltea y tiemblo cuando lo siento por completo sobre mí. Su pecho en el mío, mis caderas bajo las suyas, percibiendo su excitación, tantas veces aventurada, imaginada y jamás sentida piel con piel. Me besa el cuello, despacio, con los labios entreabiertos, y yo sujeto su cabeza tensando el cuerpo. Dios, es él. Es Gonzalo quien me está haciendo el amor esta noche. No puedo controlar el palpito que siento en mis venas y, por qué no decirlo, entre mis piernas cuando lo pienso. Quiero hacerlo lento, porque un sentimiento de amor me sobrepasa; pero también me sobrepasa el deseo, el ansia de acapararlo al máximo por temor a volver a perderlo, a no poder disfrutarlo más. No sé lo que es mejor, no sé lo que quiero. Sí, todo. Lo quiero todo, sin importarme lo que pueda ocurrir. Deseo ser suya en cuerpo y alma, entregarle hasta el último centímetro de mi piel. Hasta el último latido de este corazón que se me va a romper en pedazos como siga así.

Empujo su cabeza hacia abajo y me arqueo para regalarle el lunar y todo lo que desee. Él levanta la cara con calma después de besarlo para mirarme a los ojos. «Sigues siendo preciosa» —me dice—. Y con ello desata la furia que guardo dentro; con ello manda lo que me queda de inhibición al traste. La calma da paso a la tempestad. Mis manos acompañan a las suyas mientras me tocan, y atravieso el aire con mis gemidos, provocados por su boca. Rodamos por la alfombra, alterando el orden. Ahora soy yo quien lo besa, quien lo recorre de arriba abajo. Soy yo la que descansa sobre su vientre, abrazándolo

con pasión antes de beberlo entero. Paramos, tomamos aliento, nos abrazamos, nos dedicamos halagos sentidos, dejamos escapar lamentos por todo lo que nos hemos perdido y retomamos los arrebatos y las caricias recién estrenadas hasta no poder más. Hasta que nos ahoga la excitación y el deseo de fundirnos.

La mirada de Gonzalo me abrasa mientras me deshago de nuevo al sentir cómo entra en mí; recostados de lado, con mi cabeza refugiada en su pecho, su abrazo cálido, sus manos en mi espalda, nuestras piernas entrelazadas. Y mis entrañas apresando con fuerza lo que siento que está en casa, lo que siempre querré para mí.

Lloro. Cuando escapa mi último suspiro, todavía entre convulsiones, me asalta un llanto emocionado que no puedo contener, de alegría, de placer, de pasión y ternura desmedidas. Y entonces pienso que nunca he llorado con Juanma. Nunca he llorado tras hacer el amor con Juanma, porque nunca he sentido lo que estoy sintiendo ahora en cuerpo y alma.

Permanecemos largo rato abrazados mientras acaricio su piel con las yemas de mis dedos. Hasta que Gonzalo comienza a removerse. Inquieto. Noto cómo empieza a sudar repentinamente. Se incorpora hasta sentarse y estira el brazo para abrir aún más la puerta del balcón, buscando el aire que ahora entra a ráfagas en la habitación, con aromas de jardín. Él me da la espalda y se queda mirando al vacío. La luz de las farolas exteriores resalta sus perfiles.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras bien?

Me preocupa su reacción, el sudor que brilla en su frente. Se pasa la mano por la cabeza alisándose el pelo, masajea su nuca y deja escapar un suspiro profundo que suena a lamento. Me inquieto mientras lo observo, no sé lo que está pasando, no sé qué pensar. Después de un tiempo que me resulta eterno rompe el silencio y escucho su voz, extraña, distante, propia de un miedo y de una inseguridad que no había mostrado antes.

—¿Por qué has hecho esto ahora, Raquel?

Su pregunta me descoloca. Tardo en reaccionar.

—¿A qué te refieres? No te entiendo.

—Acostarte conmigo.

No comprendo a qué viene esto, creía que mi declaración había sido suficiente y más que convincente, que le había dado a entender lo que sentía por él. Y no sé cómo interpretar el tono en que ha dicho estas últimas palabras. No veo recriminación en él, sino tristeza. Lamento. Como si se arrepintiera de lo que hemos hecho.

—Quería materializar el sueño que se nos quedó por vivir —contesto, de

forma espiritual, profunda, seria. Acongojada.

—Ya nada podrá ser igual. —Se lleva ambas manos a la cara y se frota los ojos, mostrando fatiga—. Ya es demasiado tarde, Raquel.

Sus palabras se me clavan de nuevo donde más duele. «Ya es demasiado tarde». No quiero escucharlo, aunque pueda llevar razón. No quiero que mi sueño se haga añicos tan pronto, necesito prolongarlo, aunque solo sea un poco más.

Se me quiebra la voz.

—Gonzalo, no me hagas esto, por favor —suplico.

Se vuelve y me aparta el pelo de la cara con un gesto dulce.

—Estas horas contigo no las podré olvidar jamás. Pero esto acaba aquí. Ojalá resultara todo más fácil, Raquel.

Me tiembla el mentón. Tengo que apretar los labios para no echarme a llorar.

Él se levanta y comienza a vestirse. Yo me cubro con la blusa, ahora me resulta violento continuar desnuda delante de él, y me siento despacio sobre la cama, con un peso sobre los hombros que no puedo soportar.

—Tengo que irme, Raquel.

—¿No volveremos a vernos? —pregunto, cautelosa.

—No creo que sea buena idea.

—¿Te da miedo tener una relación conmigo? Gonzalo, yo...

—Tú ya tienes tu vida —me interrumpe—, y yo no quiero inmiscuirme en ella. Me has dado mucho esta noche, más de lo que ya podía esperar. Pero ahora tienes que volver con él.

—Eso tendría que decirlo yo —objeto, con la voz templada y los ojos llorosos—. Tengo derecho a decidir quién quiero que esté en mi vida, quién entra y quién sale de ella.

—No voy a jodértela, Raquel —contesta con firmeza. Y cuando voy a replicar de nuevo, remata—: Y tampoco quiero estropear la imagen que siempre he guardado de ti. Ahora mucho menos. Quiero seguir teniéndote en mis sueños.

Me deja sin palabras. Pone un beso en mis labios, me sonrío con tibieza deseándome que sea feliz y se marcha. Cierra la puerta y me quedo mirándola como una imbécil, sentada en la cama, semidesnuda. Debatíendome a tortas de nuevo con la tristeza, la pena, la impotencia, la rabia... La desesperanza.

Ruedan lágrimas por mis mejillas. Hasta que arranco a llorar con fuerza, dejándome caer sobre la cama, hecha un ovillo. «No quiero estropear la

imagen que siempre he guardado de ti». ¿Acaso esperaba que mi realidad fuera otra? ¿Cree que podría defraudarlo si me diera la oportunidad de intimar más veces con él, que no merecería seguir en el mismo pedestal en el que me había colocado? No me ha dado tiempo para preguntarle, ni he encontrado recursos a los que acudir para retenerlo. No sé cuál es la razón que le ha hecho huir de mí. No lo entiendo. Se ha pasado un cuarto de siglo esperándome, buscándome en cada mujer con la que se topaba y cuando me encuentra se aleja, sin intención de volver. Tal vez sea verdad que los sueños dejan de serlo cuando se hacen posibles, aunque nunca lleguen a completarse en la realidad. Tal vez sea verdad que hay sueños hechos para ser eternos, porque se desintegran o se desvanecen en el mismo instante en que se materializan, como si estuvieran malditos.

Cierro los ojos, no tengo fuerzas para pensar lo que voy a hacer, lo que sucederá cuando sea yo la que atraviese esa puerta para regresar a mi vida. Yo he entrado y salido de la realidad de Gonzalo en tan solo unas cuantas horas. Él siempre estuvo dentro de la mía. Y después de esta noche ya no sé si alguna vez podré sacarlo de ella. Siento que se me ha quedado agarrado a las entrañas de por vida. Y que estas horas de felicidad plena que acabo de vivir me terminarán matando.

Del todo.

Capítulo 11

Me escuecen los ojos, me pinchan de tanto llorar, como si tuviera en ellos motas de cristal. La luz de la luna es ahora más intensa. Baña la habitación y me muestra con crudeza la soledad que me rodea. La misma que siento dentro de mí.

Llevo horas aquí tumbada, en esta cama prestada que no quiero abandonar. Porque no sé bien adónde ir. Tengo la sensación extraña de haber perdido el norte, de que ha desaparecido la tierra bajo mis pies. Ahora ya no sé a lo que aferrarme. Los pilares de mi vida están heridos de muerte. Y mis mayores anhelos, esos que me han venido empujando durante tantos años, se han escapado esta misma noche por la ventana como si fueran humo.

No me queda nada.

Evoco las palabras de Gonzalo antes de irse: «Espero que seas feliz». Y sonrío con una tristeza infinita. Al decirlo no sospechaba que esa felicidad se la llevaba pegada a la espalda al salir por la puerta. No sospechaba que la arrastraba consigo, siendo el único capaz de dármela. Tendría que haber corrido tras él. Hacerme escuchar y hacerle entender que me dejo llevar por inercia desde hace tanto tiempo que ya ni puedo cuantificarlo; que no puede joderme una vida que ya está jodida desde hace años; que estoy subida en un carrusel de feria, luchando a diario por mantenerme a flote cada vez que caigo... Que me siento el culo del mundo cada vez que llueve porque todo se desmorona dentro de mí, porque no dejo de recordar aquella llamada de hace tres años que puso mi mundo patas arriba. Que terminó de romper lo poco que aún me quedaba en pie.

Era la Guardia Civil quien llamaba. El teléfono sonó a las seis de la mañana y me dio un susto de muerte, no lo esperaba. Era sábado y no había que madrugar, mis hijos dormían y Juanma no estaba. Pensé en la equivocación de alguien o en algún gracioso gastando bromas a horas intempestivas y

contesté con desgana, adormilada a pesar del sobresalto, hasta que escuché una voz grave y solemne al otro lado del hilo que me desveló del todo. Era un agente de tráfico comunicándome, con toda la calma del mundo, que mi marido había tenido un accidente a la entrada de Málaga, el coche había derrapado por la lluvia y se había salido de la carretera. Una UVI móvil lo había trasladado al Carlos Haya de Málaga, estaba ingresado allí. Lo escuché descolocada, como si aquello no fuera conmigo, muda total. Cuando terminó de hablar, le di las gracias con el mismo empeño con el que lo había saludado. Y colgué.

Me quedé en *off*, sentada en la cama, atontada, escuchando la lluvia golpear con fuerza la persiana de mi habitación, como si pidiera permiso para poder entrar. Tardé un buen rato en reaccionar, y cuando lo hice me di cuenta de que no le había preguntado detalles, ni siquiera su estado de gravedad. Tal vez fuese mi negación inconsciente a que el desenlace hubiera sido fatal; o ese escudo protector tan férreo que yo había formado alrededor de mí misma desechando la idea de que algo así pudiera ocurrir cuando Juanma viajaba, porque eran tantas las veces en que lo hacía que preocuparme por ello habría sido un no vivir.

Me vestí y, con la cabeza ausente, preparé una bolsa de viaje con algo de ropa y dinero por lo que pudiera necesitar; no sabía el tiempo que tendría que estar allí. Desperté a mis hijos, llamé a mi madre, la puse en antecedentes y en poco menos de una hora me senté al volante en dirección a Málaga, con el corazón en un puño y el estómago encogido, sin saber lo que me podría encontrar. El agua siguió cayendo casi todo el trayecto. Y yo iba tan concentrada en encontrar huecos en el parabrisas por los que ver el camino con claridad, que no fue hasta la altura de las Pedrizas, al parar de llover, cuando empecé a preguntarme qué leche hacía mi marido en Málaga si la expansión del negocio la había centrado en Extremadura y en la zona norte de nuestra comunidad.

Juanma terminó Empresariales con un excelente expediente académico y al poco de acabar la carrera quiso fundar una empresa de instalaciones eléctricas junto a su mejor amigo, perito industrial y con una experiencia familiar sólida en el sector. Durante años limitaron su trabajo al ámbito geográfico provincial, pero su buen hacer y su profesionalidad les brindó la oportunidad de meter la cabeza en diversas entidades bancarias, ocupándose de las instalaciones eléctricas y electrónicas de nuevas sucursales y del mantenimiento de algunas de las que ya estaban en funcionamiento. Los

últimos contratos firmados afectaban a sucursales de la zona de Huelva, Badajoz y algunos pueblos de la sierra norte de Córdoba. Pero Málaga no entraba en el lote, si no me había informado mal. Cuando aquel guardia civil me dijo que se había accidentado allí, di por hecho que mis propias preocupaciones habrían obstruido mi capacidad de atención y que muy probablemente tendría la mente en Burgos cuando Juanma me dio nota de dónde le tocaba viajar en esa ocasión. No era la primera vez que me ocurría algo así.

A las nueve de la mañana llegué a la zona del hospital, dejé el coche en las inmediaciones y me dirigí a admisión para preguntar por él, con los dedos cruzados por lo que me pudieran decir. Cuando aquella señorita me dio un número de habitación respiré, no estaba en observación ni en quirófano ni en la U.C.I., así es que no podía ser nada especialmente grave. Todo saldría bien, así lo pensé.

Pregunté por el médico en el mostrador de planta, antes de entrar en la habitación; quería información de primera mano del estado en que se encontraba. La enfermera me anticipó que no tenía por qué preocuparme. Juanma se había roto el brazo izquierdo, tenía múltiples contusiones y se había golpeado la cabeza contra el cristal de su ventanilla, provocándole una herida abierta a la que le habían tenido que dar bastantes puntos de sutura; por esa razón estaba ingresado, querían mantenerlo un tiempo en observación por la magnitud del impacto. El médico dijo que le habían suministrado calmantes y un Orfidal para que pudiera dormir relajado, porque había sufrido un ataque de ansiedad a raíz del accidente. Respiré hondo y me tranquilicé. Pero por poco tiempo, apenas dos minutos, los que tardó en hablar una auxiliar de aspecto afable que trajinaba junto al mostrador.

—La verdad es que ha tenido mala suerte, el pobre, se ha llevado la peor parte. La mujer que iba con él ha salido indemne, no tiene ni un rasguño.

Se me abrieron los ojos como platos y se me agolparon las preguntas. «¿La mujer?» «¿Qué mujer?» «¿En el coche con él?» «¿A la entrada de Málaga, o a la salida?» «A ver, ¿dónde ha sido el accidente exactamente?» «Tranquila, Raquel, debe de ser alguien del banco con el que han contratado». «Pero ¿a qué hora ha ocurrido el suceso, de noche?» «¿Y los asuntos de trabajo no suelen tratarse de día?»

No tardé en encontrar respuesta. El negocio malagueño de Juanma tenía nombre de mujer, se llamaba Claudia. Cuando yo avanzaba por el pasillo sin que la camisa me llegara al cuerpo la vi salir de su habitación. Era una morena

exuberante. Vestía con elegancia, dejando entrever por su escote una delantera de vértigo y, por su falda, unas piernas largas y torneadas, rematadas por unos tacones con los que debía de haber nacido, a juzgar por sus pasos firmes y tan seguros. Me miró de reojo al pasar junto a ella, sin mediar palabra, claro está, pero haciéndome sentir mal. Por mis propios complejos, tal vez.

Tragando bilis entré y me acerqué a la cama, todavía con un rescoldo de esperanza haciéndose notar, diciéndome en voz bajita que podría ser un malentendido, algo explicable. Pero no tardó en volatilizarse. La somnolencia de Juanma provocada por el Orfidal no lo dejaba abrir los ojos, debían de pesarle como si tuvieran plomo. Cogí su mano sin decir nada, envuelta en un maremoto de emociones contradictorias. Y él me correspondió. Apretó la mía con fuerza y me acarició el dorso con el pulgar, susurrando con esfuerzo:

—Claudia... Claudia, cariño, ¿estás bien?

Se me inundaron los ojos de lágrimas. «Cariño». La llamaba «cariño», un término muy propio de Juanma cuando flirteaba. A mí no me lo decía nunca porque yo ya estaba conquistada, no necesitaba lisonjas conmigo, pero sí cuando quería adular a las mujeres ante las que se pavoneaba.

Con ella debía de estar en plena fase de conquista.

Solté su mano y salí de la habitación, con la moral y la autoestima hechas una auténtica piltrafa. Curvas, buenos pechos, buen trasero, buenas piernas, lo que parecía atraerle siempre. No tenía constancia de que Juanma me hubiera puesto antes los cuernos, pero no ponía la mano en el fuego por él. Se le iban los ojos detrás de las esculturas y coqueteaba con ellas como si yo fuese idiota y no alcanzara a observar lo evidente, que le gustaban las mujeres en exceso, que disfrutaba con los juegos de seducción como si se hubiera quedado atascado en la etapa adolescente, que su ego de cuarentón guaperas necesitaba más que nunca reafirmarse, a costa de lo que fuera.

Se me nubló la vista y sentí náuseas. No sabía si era ansiedad, desmayo, decepción o rabia por haberme desplazado hasta allí rezando por que todo se quedara en un simple susto, sin saber que llevaba en el coche un porte de ingenuidad tres veces mayor que mi maletín de ropa.

Callé durante los tres días que estuve en el centro sanitario, haciendo de tripas corazón para no enfrascarme en una conversación que pretendía controlar; no quería que mi marido se saliera por la tangente, como era tan habitual en él. La tele del hospital y los programas basura suplieron las charlas que deberíamos haber tenido, tan solo dejamos espacio a las milongas que me contó para justificar su estancia en Málaga y a los avatares del

accidente. Ni siquiera me quedé a dormir allí, reservé una habitación de hotel para dos noches y al tercer día, con el alta bajo el brazo, subimos al coche y nos fuimos a casa.

Cuando llegamos y todo, aparentemente, volvió a la normalidad, lo esperé sentada en la cama a la hora de dormir, con el objetivo claro de acorralarlo entre aquellas cuatro paredes, desprevenido y sin herramientas para poder huir.

—¿Cuánto tiempo llevas con ella? —le pregunté, a bocajarro.

Lo vi frenarse mientras a duras penas se desnudaba. Pero en seguida continuó; hábil, como siempre.

—¿Con quién?

—Con Claudia.

Me miró.

—No sé quién es Claudia.

—No me tomes por imbécil, Juanma —le dije, con aplomo y una seguridad pasmosa—. Soy ingenua, pero no tonta.

Carraspeó y suspiró antes de contestar, casi en un susurro. Con la cabeza gacha.

—No sé. Un mes y algo. Puede que dos.

Tragué saliva. Dos meses daban para más de un polvo.

—¿Y qué pensabas hacer? ¿Seguir con ella y conmigo, compaginarnos? ¿Seguir engañándome con tus viajes para poder darte el lote, o es que sientes algo más?

Templé al máximo la voz. Quería mostrarme firme pero serena, sin venirme abajo, porque entonces él apelaría a los sentimientos y me tendría ganada, lo había hecho ya más de una vez. Era un experto en hacerse la víctima cuando las cosas se le ponían feas. Y conseguía hacerme dudar.

—Raquel...

Se aproximó a mí, haciendo amago de acariciarme.

—No me toques. —Me eché hacia atrás—. Dime qué hay entre ella y tú, es lo único que quiero saber.

—Nada serio, te lo prometo. Si lo que te preocupa es que pueda haberme enamorado de ella, te aseguro que no. No siento nada por esa mujer, no es una relación que merezca la pena.

—No digas que no merece la pena, la vi en el hospital y es de las que te gustan. Y no llevarías dos meses con ella si no fuera así.

Se pasó la mano por el pelo y desvió la vista, suspirando de nuevo.

—He cerrado los ojos muchas veces, Juanma —continuó—, a tus coqueteos con mis amigas, con tus clientas, con las mujeres atractivas que te presentan. Aunque me sienta mal por tu falta de respeto hacia mí, he intentado no tenerlo en cuenta porque pensaba que solo lo hacías para pavonearte, para inflar tu ego, no porque en realidad quisieras tener algo más con ellas. Pero ahora veo que me equivocaba.

—Vuelvo a repetirte que no siento nada por ella, Raquel. Te quiero a ti. Había emotividad y un deje de angustia en su voz.

—Eso es lo que yo pensaba, pero ya no estoy tan segura.

—Lo de Claudia es solo físico.

—¿Y es que eso no cuenta? ¿Porque sea solo sexo, o físico como tú lo llamas, tengo que tolerarlo? ¡No me jodas, Juanma!

Lo dije con rabia, celosa por saber que disfrutaba revolcándose con otra. Tal vez fuera verdad. Quizá a ella tampoco le daba el afecto en la cama que yo tanto buscaba, pero aun así me dolía, me quemaba por dentro. Mis complejos físicos, que siempre me habían estado acechando en mi relación con él, saltaban a escena con más fuerza que nunca. No tenía bastante con encontrarme mujeres perfectas en el cine y en las novelas, tenía que toparme con una de ellas en mi vida real y a dos palmos de mi marido. O mejor dicho, debajo de él.

Mantuvo silencio largo rato, cabeceando, frotándose los ojos mientras yo lo hacía con mis manos. Me sudaban.

—Raquel, nosotros apenas funcionamos en la cama —terminó diciendo, en voz baja, como en un lamento—. Y yo lo necesito, lo hemos hablado más de una vez.

No daba crédito a lo que estaba escuchando, ¿pretendía excusarse así?

—¿Estás insinuando que la culpa de lo que has hecho la tengo yo por no darte todo lo que necesitas? —Su silencio fue más que elocuente—. Antes de casarte conmigo me aseguraste que era mi carácter y mi forma de ser lo que te había enamorado, que eso era lo importante para ti, lo que de verdad valía. Pero no era cierto, Juanma, mi físico siempre ha sido un problema para ti, nunca ha estado a la altura. Tus ojos han perseguido a otras mujeres desde siempre, y ahora mucho más. Yo nunca he tenido todo lo que tú buscabas.

—Te estás confundiendo, Raquel —me advirtió con pesar, como herido por mis palabras. Me hablaba con voz pausada, suave, calmada, pero segura, dispuesto a sacar a flote lo que pensaba con la mayor sinceridad del mundo—. Puede que me haya sentido atraído por otras, pero no es eso lo que me ha

hecho salir de casa. El problema no es tu cuerpo. Es tu actitud ante el sexo — sentenció.

Asimilé sus palabras.

—¿Mi actitud ante el sexo o mi actitud en la cama?

Se paró a pensarlo.

—Las dos cosas. Casi nunca tienes ganas, siempre estás cansada, estresada. Siempre tienes algo mejor que hacer, da igual el momento, da igual cuándo y dónde surja.

—Si estoy cansada es por las obligaciones que tengo, y no soy yo la que se las busca. Qué más quisiera yo que quitármelas de encima.

No quise plantear un segundo debate que lo implicaba directamente a él, bastante teníamos con resolver lo que estaba saliendo a relucir.

—Sé franca, Raquel. Aunque tuvieras menos cosas que hacer no le dedicarías más tiempo al sexo, no te va.

—Hacerlo sin gana es tan problemático como tener que privarse.

—A mí no me importaría privarme si al menos terminara satisfecho cuando lo hacemos.

Creo que aquella afirmación le salió de manera espontánea, sin pensarlo, porque clavó sus ojos en los míos con expectación. A mí se me encogió el estómago. Estaba recibiendo más acusaciones de las que me daba tiempo a lanzar.

—¿Me estás diciendo que nuestras relaciones son una mierda?

—Yo no he dicho eso. He dicho que no estoy satisfecho, que es muy distinto. Necesito más. A ti siempre te mueve el amor, eres una romántica en la cama, Raquel, pero yo...

—Tú quieres follar —dije, interrumpiéndolo.

—Sí. Necesito probar otras cosas, el sexo que practicamos es demasiado clásico, demasiado... normal.

—Creía que el problema era la frecuencia, nunca hemos hablado de nada más. Nunca me has planteado lo que me estás diciendo ahora. ¿Cómo quieres que te disculpe por largarte a buscar fuera lo que nunca me has pedido a mí?

Apretó los labios.

—Te conozco, Raquel. Sé que eres tradicional y muy conservadora, no creo que estuvieras dispuesta a hacer ciertas cosas.

Me quedé sin saber lo que decir. Entre otras cosas porque no sabía si podría llevar o no razón. Me jodía que ni siquiera me lo hubiera planteado, que hubiera satisfecho sus bajos instintos en la calle sin darme la oportunidad

de participar en ello; pero admitía, aunque no pensaba decírselo, que había prácticas sexuales que no estaba dispuesta a secundar y temía que fueran las que él necesitaba. Lourdes me lo había advertido alguna vez, cuando habíamos referido en *petit comité* lo que unas y otras hacíamos en la cama.

—Aun así no me has dado la oportunidad de negarme —me justifiqué—. Has hecho lo que hacían los hombres de la generación de mi padre, cuando se buscaban a una prostituta para hacer con ella lo que no estaba bien visto que hiciera la esposa.

—¿Quieres que lo hablemos? ¿Quieres que te diga lo que me apetece? Te quiero, Raquel. Si las otras mujeres fueran para mí más importantes que tú, ya me habría largado, no hay nada que me lo impida. Pero estoy contigo porque te amo, a pesar de todo esto, créeme, por favor. —Aprecié sinceridad en su voz y por un momento me sentí flaquear. Pero no debía obviar su traición, su falta de respeto, su atentado a mis sentimientos—. Ojalá pudiera vivir el sexo contigo de otra forma, todo sería perfecto, te lo aseguro.

—¿Con cuántas más has estado? —le pregunté, temiendo que la cabeza me estallara en pedazos.

—Con una más. Hace tres o cuatro años, pero solo fue una noche. Ni siquiera recuerdo el nombre.

Me llevé una mano a la frente y me presioné las sienes. No sabía en qué posición estaba yo ahora, si en la de víctima o en la de verdugo, si en la de inocente o en la de culpable. Tal era la habilidad de Juanma para hacer virar la situación.

—Vamos a darnos otra oportunidad, Raquel —me pidió, cogiendo mi mano—. Hablemos de todo esto con tranquilidad, seguro que podemos llegar a un acuerdo.

—¿Como en los contratos que firmas con tus clientes? —pregunté, con ironía.

—Algo así. Esto también es un contrato, matrimonial o de pareja, como quieras llamarlo. Si en esto somos polos opuestos, habrá que hacer lo posible por llegar a un término medio, habrá que buscar una solución que nos satisfaga a los dos. Tú cedes y yo cedo.

—¿Y tu escaqueo con esa tal Claudia te lo perdono, así, sin más?

Esperé su respuesta con impaciencia, mirándolo con desdén.

—No te estoy pidiendo que me perdones, Raquel. Te estoy pidiendo una nueva oportunidad para hacer que esto funcione.

Capítulo 12

El taxi me está esperando. Atrás queda esta habitación y este hotel que han puesto mi mundo girado, tanto que apenas lo reconozco. Un día, un solo día puede bastar para dinamitar una andadura de años. Me pregunto cómo es posible y solo se me ocurre una respuesta probable: porque no se puede caminar en la vida por inercia, como una sonámbula inconsciente, pisando un terreno prestado, no construido con suficiente firmeza por nosotros mismos y como nos place.

Un hombre de aspecto cansado me espera al volante. Le doy la dirección de casa y arranca despacio. No puedo evitar mirar a ambos lados. Y hacia atrás. Despedirme de un enclave que se quedará grabado en mí, con sus árboles sumidos ahora en la oscuridad de la noche, el aroma a hierba mojada que todavía perdura, las farolas del camino compitiendo con las estrellas para darnos luz. Nunca olvidaré este lugar que me ha abierto los ojos, que me ha sacudido hasta hacer que se desprendan como hojas secas los sentimientos que llevaba reclusos en el fondo, tan en el fondo que ni siquiera era capaz de darles forma clara y real. Para bien o para mal.

Le di a Juanma la oportunidad que me pedía y ahora no sé muy bien por qué lo hice. Aunque no pienso machacarme por ello. Ya no. He aprendido a no cuestionar desde el presente las decisiones pasadas, porque la experiencia, las circunstancias, las herramientas de las que disponemos ahora no son las mismas que teníamos cuando elegimos tiempo atrás. Lo hicimos como mejor supimos, dejándonos llevar a veces por una intuición que resultó fallida; pero cómo saberlo de antemano. Cómo anticipar que la vida no nos compensaría por ello pasados los días, los meses, los años.

La verdad es que no me rebelé demasiado. Me dejé convencer como llevo haciendo toda la vida, arrastrada por los demás, influenciada por sus opiniones, por lo que nos dicen y creemos que es mejor. Pero ¿qué es mejor?

¿Y para quién? ¿Para nosotros, para la sociedad, para los que nos rodean? Se amparan en la moral. Pero esa moral se olvida muchas veces de nosotros, de aquello a lo que tenemos derecho, de nuestra felicidad. Porque lo correcto no siempre proporciona la felicidad; si es que puede hablarse de lo que es correcto y lo que no, porque eso es tan relativo como el espacio o el tiempo.

Los dos meses siguientes a la confesión de Juanma actué como una marioneta, guiada por hilos invisibles que no eran míos, sin voluntad, sin ganas de nada, ni de mirarme, hecha un trapo. Le daba esquinazo al espejo porque sentía un preocupante rechazo por mí misma, tenía la autoestima enterrada al nivel del garaje, sin puerta por la que salir. Juanma estaba vuelto como un calcetín, con una dedicación hacia mí que rayaba el empalago, irreal, detallista como nunca lo había sido. Buscando el perdón que en principio dijo que no pediría, tal vez porque le remordía la conciencia más de lo que quiso aparentar cuando todo ocurrió. Hasta que una mañana, una compañera me hizo una foto y vi los estragos que la intromisión de Claudia había provocado en mi rostro. Las ojeras me llegaban a la boca y tenía la mirada perdida, como si me importara un bledo todo lo que estuviera pasando a mi alrededor. Me asusté. Me dio miedo de mí misma y de la piltrafa en la que me había convertido y puse pie en pared. Recordé las palabras de una buena amiga diciendo que a los problemas hay que darles solución, y que si no la tienen, hay que aprender a vivir con ellos con la mayor felicidad posible, porque regodearse en la miseria, compadeciéndonos y lamentándonos día tras día, nos termina matando. En mi caso, la única solución era irme. Quedarme implicaba aprender a vivir con la infidelidad de Juanma sobrevolándome la cabeza, como una sombra eterna.

Estuve una tarde entera deambulando por el casco histórico, perdida entre callejuelas para conseguir un poco de paz, de aislamiento, de intimidad. Y terminé sentada en uno de los escalones del patio de los Naranjos, como una turista más en la que nadie repara, aspirando el olor a azahar, dejando que mis pensamientos circularan con libertad para poder decidir. Mi hijo Fran, el pequeño, fue el primero que acudió a mi mente, con su necesidad de madre y padre, de estabilidad familiar. Y a él le siguieron mi vida hecha y estable, mi economía saneada, el miedo a la soledad, la constancia de que una felicidad plena no existe en realidad, nuestra ausencia de problemas o de roces conyugales de importancia... Y un par de cuestiones de mucho mayor peso: hasta qué punto no había tenido yo parte de culpa en la huida de mi marido por no haber sabido entender sus necesidades, por no haber conseguido empatizar

con él; y hasta qué punto mi amor idolatrado por Gonzalo no se había interpuesto entre nosotros, actuando como una barrera que me había impedido entregarme a Juanma como debía, sin compararlo, sin menospreciarlo, sin exigirle lo que no podía darme porque tan solo eran sueños dentro de mi cabeza.

Decidí quedarme, vivir la realidad y trabajar por reconstruirla aferrándome a lo que tenía. Pero ahora todo se ha vuelto del revés. He tocado el sueño. Por unas horas se ha convertido en realidad y lo he sentido tan dentro de mí que no podré apartarlo para seguir con mi vida como estaba.

No podré.

Se me saltan las lágrimas y la angustia se me instala en el pecho. El equipo de música del taxi reproduce una melodía suave al piano; *Romeo y Julieta*, indica el visor. Más oportuna no puede ser. Echo la cabeza hacia atrás mientras noto cómo vibra mi móvil dentro del bolso, pero no quiero saber quién es. No quiero hablar. Quiero perderme, que se haga interminable la carretera, que no desemboque en casa. Ni en ninguna otra parte de mi vida actual.

La melodía acaba y comienza otra con igual cadencia. Y el coche enfila lento la avenida de la Arruzafa, como si se estuviera contagiando por la calma musical. Estoy confusa y mi angustia crece, no me veo capaz de llegar a casa y contestar preguntas. No ahora. El reloj digital del salpicadero marca las seis, aún no ha amanecido, pero pienso en un café que me permita despejarme. Y reflexionar.

Le digo al taxista que gire, mi destino ha cambiado de dirección; hay una cafetería próxima al Vial que sé que está abierta a estas horas. Al entrar en ella observo que está vacía, soy la única cliente, pero no me preocupa, deben de estar acostumbrados a recibir a los que trasnochan bebiendo copas por la zona hasta la madrugada. Ni siquiera repararán en mi aspecto. Demacrado.

Con todo el salón para mí, elijo una mesa próxima a un rincón; mi tendencia a esconderme, a refugiarme es ahora mayor que nunca. Pido un café cargado a una mujer regordeta, pulcramente vestida y con una sonrisa en los labios que se agradece a estas horas. A punto he estado de decirle que me la preste, que la voy a necesitar en los próximos días. Mientras vierto el azúcar, decenas de preguntas acuden a mi mente, como moscas a la miel. Pero una de ellas me ataca de repente y cobra fuerza por encima de las demás. «¿A qué estoy esperando para ser feliz?». Gonzalo me ha estado buscando durante años en cada mujer que se cruzaba con él, sin querer conformarse con un amor que

no estuviera a la altura del nuestro. Ha buscado su felicidad. Pero ¿y yo? ¿Qué he estado haciendo yo? Toda la vida esperando sin saber a qué, pensando en él, impasible, dejando transcurrir el tiempo, lamentándome por lo que perdí, quitándome la frustración a guantazos. Deseando tal vez que un rayo cayera del cielo y partiera mi mundo en dos para volver a empezar, porque yo sola no tenía las agallas de hacerlo. He sido una cobarde de mierda. Ahora lo sé. El temor a que lo que pudiera venir fuera peor que lo que dejaba me ha tenido atada y amordazada durante años. A medio vivir. Y hay veces en que hay que dejarse morir para poder optar luego a vivir con plenitud.

Mi móvil insiste. No cesa de vibrar. No suena porque lo he silenciado, no quiero incordios de nadie. Pero me alarma que pueda haber pasado algo y yo esté ajena a lo real. Porque el mundo sigue girando, conmigo abajo o subida en él.

Doy un sorbo al café mientras el visor me anuncia que tengo unas cuantas llamadas perdidas y algo así como diez wasap, entre los de Lourdes y mi marido. La última llamada entra cuando lo tengo en la mano.

Es Lourdes.

—Dime.

—¡Bendito sea, por fin contestas! —exclama, alarmada. Yo no me inmuta—
—Me tenías preocupada, ¿dónde demonios te metes?

—Tomando café.

—¿Con quién?

—Sola.

—¿Tú sola? ¿Y qué leche haces tú sola tomando café a las seis de la mañana? Juanma me ha llamado, está tan preocupado como yo. Dice que no le coges el teléfono, ni contestas a sus mensajes. No sabe dónde estás, cree que ha tenido que pasarte algo. —La escucho respirar, como si intentara templar los nervios. Suaviza el tono de voz—: ¿Estás bien, Raquel? ¿Pasa algo?

Guardo silencio, dudando de lo que decir. Y al fin lo suelto, con tristeza, con apatía:

—Que esta vida es una mierda. No, mejor dicho, que mi vida es una mierda y no me he dado cuenta hasta ahora, eso es lo que pasa.

—¿Es por Gonzalo? —pregunta, tan intuitiva como siempre. Apoyo la cabeza sobre la palma de mi mano, frotándome la frente, en silencio—. ¿Te ha pasado algo con él? —insiste.

—No quiero volver a casa, Lourdes.

Me ha temblado la voz. Y lo ha notado.

—¿Cómo que no quieres...? A ver, dime dónde estás.

—¿Para qué? —le pregunto, a punto de echarme a llorar.

—Dime dónde estás, que voy para allá.

—¡Tú estás loca! Son las seis, es domingo. Quédate en casa, hoy puedes dormir más.

—Sí, vamos... Estoy yo ahora como para echarme a dormir tan tranquila, no te fastidia... Me dices dónde estás o aviso a la policía.

Su amenaza me saca una sonrisa tibia.

—En la cafetería que hay cerca del Vial, en dirección a la Cruz de Juárez. Donde tomamos café cuando salimos aquella vez con Pilar.

—Ya sé. Espérame ahí, no se te ocurra moverte. Me visto en dos minutos y en nada estoy allí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Contéstale a Juanma.

—No, no quiero preguntas. Todavía no.

—Está bien, ya lo hago yo.

La comunicación se corta y, mientras ella acude a donde estoy, me entretengo en hacer girar la cucharilla de mi café hasta formar un remolino en el líquido en el que me gustaría ahogarme. Me doy cuenta de que la mujer me mira desde detrás de la barra. Podría apostar incluso a que ha estado a punto de hablarme, pero se ha contenido. Trajina con platos, vasos y entra y sale de la cocina para ultimar los desayunos que empezará a servir en poco tiempo.

A los veinte minutos, entra Lourdes como una exhalación, suerte que está la ciudad sola a estas horas, si no, capaz hubiera sido de sacar un pañuelo blanco por la ventanilla para llegar antes. La conozco.

Suelta el bolso, me mira y se sienta. Frente a mí. Y sin apenas recuperar el resuello, ataca.

—Soy toda oídos, ya puedes empezar a largar. Desde el principio. Eso de que no vuelves a casa me ha dejado muerta.

—Anoche me di cuenta de muchas cosas.

—¿Anoche? ¿Qué pasó anoche? Cuando me fui del hotel te quedaste hablando con Gonzalo, ¿qué pasó después?

—Lo invité a subir conmigo a una habitación.

Sus ojos se abren al máximo e inclina la cabeza hacia mí.

—¿Te acostaste con él? —Asiento, con lentitud—. ¡No jodas!

—Sí. Charlamos largo y tendido y después me acosté con él. Hicimos el amor durante horas. Y ahora estoy hecha mierda, Lourdes. Estoy fatal.

Me tiembla la barbilla y arranco a llorar, con los ojos inundados.

—¡Eh, eh!

Me acaricia el pelo y me levanta la cara para poder mirarme a los ojos.

—¿Tan malo fue?

—Fue lo más bonito que me ha pasado en la vida. —Me limpio una lágrima que me cae por la mejilla. Ella sonrío con una dulzura tremenda—. Fue como siempre soñé, sentí lo que siempre imaginé que sentiría. No podía creer que fuera real, después de tanto tiempo, después de creer que lo había perdido para siempre.

—¿Y para él? ¿Fue como esperaba?

—Igual. Sintió lo mismo que yo, podía verlo en sus ojos, en su forma de abrazarme, de acariciarme, de... ¡Joder!

Me emocio y se me vuelve a cortar la voz.

—Fue mágico —continúo—. Estuve todo el tiempo con el corazón encogido, como si se me fuera a partir. Su forma de mirarme, Lourdes. Y yo a él. Nunca he sentido con Juanma nada igual, nunca he tenido con él lo que viví anoche con Gonzalo. Me habría quedado en aquella habitación de por vida, con él al lado, sin dejarlo ir.

—¿Y se ha ido? —me pregunta, con el temor impreso en la voz.

—Sí. —Arranco a llorar de nuevo con amargura, tragando saliva y lágrimas para no ahogarme—. No quiere joderme la vida, eso dice. Que ya es tarde, que tengo mi vida hecha y que debo volver con Juanma. Y yo ahora ya no quiero volver con Juanma, Lourdes, no soy feliz con él. Sentir a Gonzalo me ha hecho confirmar lo que ya sabía y no quería admitir, que no soy feliz con él, que vivo por vivir, y ya no quiero seguir así. Ya no.

Estoy hablando entre hipidos. La mujer del bar se acerca y nos sirve un par de cafés: con leche para mí y cortado para Lourdes, se ve que necesita despejarse tanto como yo. Un cliente nuevo entra en el bar y atrae la atención de la camarera, que se enfrasca en una conversación con él. Yo respiro por ese aporte de intimidad.

—¿No eres feliz con Juanma? Creía que ya estabais mejor, que habías superado lo de la pelandusca malagueña. Hace mucho que no me cuentas nada de eso, estoy desconectada.

—Estuvimos un tiempo más o menos bien. Él estaba más sensible, más cariñoso, más comprensivo. Yo me propuse no poner pegas cuando quisiera rollo, dejarme llevar, vivirlo y disfrutarlo. Hablamos de lo que le gustaba y transigí en ciertas cosas, pero en otras no, Lourdes. Que vaya por casa sin

ropa interior para que pueda atacarme en cualquier momento, con los niños circulando por todas partes. Que me deje meter mano en un ascensor, o en el probador de una tienda, con las cámaras que hay por ahí. Atarme a la cama y vendarme los ojos para darme a probar manjares servidos en cualquier parte, o rociarme con lo más inverosímil para luego comérselo. Me siento violenta, no lo puedo evitar. Él me exige poner de mi parte y a mí no me sale. Seguro que le encantaría que me acercara a él caminando a cuatro patas como una leona encelada para lamer el caramelo que se ha echado en la entrepierna, pero no puedo, me da vergüenza. Y ya no sé qué hacer. No quiero dejar de ser yo, necesito sentirme libre, no cohibida ni forzada.

—El juego de la comida me recuerda a Kim Basinger en *Nueve semanas y media*.

—Igual. Desde que vio la película se quedó medio tonto, solo sueña con escenas de ese tipo.

Sonreímos.

—Tampoco son barbaridades lo que te está pidiendo, Raquel —me advierte ella, con un deje de comprensión.

—Lo sé. Y no me importaría tanto si no fuera siempre así. Pero a él le gusta el sexo, y a mí hacer el amor. Cuando estoy con él me siento como un trozo de carne dispuesto para su placer y yo busco sentimientos. Abrazarlo, notar su cariño, su apoyo, su amor por mí, porque es el único momento de intimidad que me da. —Bajo la cabeza, incluso el tono de voz—. Juanma es frío y distante, no es detallista, no me regala un beso o una caricia si no estamos funcionando. Y yo necesito ese afecto tanto como él lo otro. Pero la raíz del problema no está ahí.

Lourdes me da tiempo para seguir. Tiene ambos brazos apoyados en la mesa y el cuerpo inclinado hacia mí, en disposición de escucha total, como si estuviera confesándome para luego perdonarme o decirme que estoy en posesión de la verdad. Yo no busco su beneplácito, pero agradecería un mundo que me lo diera.

—¿Y cuál es entonces?

Me anima a continuar.

—Ha vuelto a los flirteos. —Lourdes entorna los ojos, clamando paciencia—. Coquetea con todas las *buenorras* que se le cruzan por delante, se le van los ojos detrás de un buen culo o unas buenas tetas y se pavonea, como no te puedes imaginar, cuando alguna lo mira.

—Y temes que vuelva a enrollarse con otra.

—Sí. Y esa desconfianza me está machacando y haciéndome más daño que la propia infidelidad. Es una espada de Damocles que está siempre sobre mí y que no me deja tranquila. Cada vez que hace un viaje no puedo dormir, porque no sé si estará pasando la noche solo o acompañado. Cuando vuelve reviso su maleta en busca de alguna huella que lo delate. Me estoy obsesionando y eso es un sufrimiento que no me deja vivir.

—¿Y por qué no hablas otra vez con él para decirle que deje de tontear, que te sigue molestando que lo haga?

—Porque he llegado a la conclusión de que necesita el morbo de la conquista tanto como el comer. Lo alimenta, le da vida. Despertar atracción en las mujeres, sentirse admirado, que lo deseen, que lo piropeen. No lo va a dejar nunca, Lourdes, lo lleva en la sangre. Si no lo hace conmigo, lo hará cuando yo no esté, lo sé, y a mí eso me destroza la autoestima. He vuelto a obsesionarme con el tamaño de mis pechos, con las arrugas, con la flacidez de mis piernas. Y me he dado cuenta de que en eso no puedo competir porque él las elige más jóvenes y más potentes. Él ya hace una selección y yo no puedo ser mejor que todas ellas. —Lo digo con un matiz de desesperación, como si intentara justificarme ante Lourdes—. Pero por otro lado, me niego a que me valore por el físico cuando tengo mejores cualidades dentro por ofrecer. Y me jode, por tanto, recuperar ahora esos complejos y esa mentalidad de adolescente que ya tenía superados.

La camarera se acerca con sigilo y nos pone un plato con dos pastas de hojaldre para probar y un par de vasos de agua. «Obsequio de la casa», dice. Y me vuelve a regalar una sonrisa afable que me conquista. Me hace sentir bien, amparada en aquel rincón de una cafetería de barrio regentada por quien podría ser mi madre.

—¿Te has parado a pensar que nada habría cambiado entre vosotros si Juanma no hubiera tenido ese accidente, lo que ha provocado esa maldita, o bendita, casualidad? Su infidelidad no habría salido a la luz y tú seguirías sin conocer de primera mano lo cabronazo que es.

—Yo tampoco soy una santa, Lourdes.

Se sorprende por mis palabras, al compás que yo.

—Tú no le has puesto los cuernos a él. Bueno, perdón, olvidaba... ¡Pero hasta ahora no lo habías hecho, siempre has sido honesta con él! —matiza, con rapidez.

Apuro el café, ya frío, y me quito el amargor de boca con un poco de agua.

—No estoy muy segura de eso.

—¿De qué? ¿A qué te refieres?

—De que no le haya sido infiel con Gonzalo durante toda mi vida.

—Pero si llevabas veinticinco años sin verlo, ¿cómo vas a serle infiel?

—Siempre ha estado metido en mi cabeza, usurpándole el sitio a Juanma, sin dejarme vivir en paz con él. La infidelidad de Juanma es física y carnal; la mía es sentimental y emocional. Una es visceral, sensitiva, como quien disfruta de un manjar en ocasiones puntuales; la otra es a corazón abierto y la practica de continuo. ¿No son las dos igual de traicioneras? Cuántas veces los he comparado, cuántas veces he pensado que era Gonzalo quien me tocaba mientras me acostaba con Juanma.

—¡Venga ya, Raquel, no me toques la moral! ¿Tú crees que ellos, más de una vez, no tienen a otra mujer en la cabeza cuando follan con nosotras? ¿Crees que no imaginan que se están tirando a la compañera, a la vecina, a una amiga o hasta a su prima si está buena? ¡Son fantasías, chica, no compares!

—Lo mío no ha sido una fantasía, Lourdes, ha sido siempre un deseo muy real. Y a raíz de esta noche lo será aún más. Seguiré metiendo a otra persona entre los dos, aunque solo sea en la imaginación. Pero la imaginación también puede terminar por destruirnos, no solo lo que hacemos. Y yo no quiero destrozar a Juanma, ni directa ni indirectamente. Quiero ser honesta con él.

Las pastas siguen en el plato, tenemos el estómago cerrado, solo se abre para beber. Ya hace un rato que dejamos los vasos vacíos y la mujer nos mira. No sé el tiempo que llevamos charlando, pero exorcizar lo que llevo dentro me está limpiando y tranquilizando. Soy consciente de que el mundo no será el mismo cuando salga por la puerta. Aún no puedo precisar la magnitud de los cambios que me esperan, pero auguro que será la suficiente como para sentirme en caída libre durante un tiempo largo.

Lourdes tiene una mejilla apoyada en la palma de su mano y la mirada ausente, extraviada en cualquier parte de la mesa. Hasta que la recoge y me la devuelve.

—¿Qué piensas hacer entonces? ¿De verdad no piensas volver?

Me muerdo los labios, con la tristeza haciéndose la dueña de mi cara. Luego clavo las pupilas en ella mientras le hablo con calma, pensativa.

—«Las flores que no son cuidadas terminan por marchitarse», decía mi abuela. Pero eso es porque no pueden huir. Las flores no pueden huir, Lourdes, pero yo sí. Puedo marcharme y perseguir mi sueño. Y eso es lo que voy a hacer.

—¿Y si no lo encuentras?

—Al menos lo habré intentado.

—¿Has pensado lo que sentirá Juanma? Creo que a pesar de todo te quiere.

—No lo sé. No sé si de verdad me quiere. Juanma me mira a los ojos, pero nunca ve lo que hay detrás de ellos, nunca ve lo que esconden. No sé si lo suyo es amor, cariño o simplemente costumbre. Convive conmigo, pero va a su aire. No peleamos, apenas discutimos, pero porque yo callo y tolero. —Desvió la vista haciendo una pausa, me duele tomar conciencia de lo que estoy afirmando—. Él dice que me ama, sí, pero yo nunca me he sentido respetada, apreciada o estimada de verdad, y nunca he sentido que me tratara de igual a igual, siempre ha estado en un plano superior, haciéndome creer que debo estarle agradecida por lo que disfruto en esta vida, incluyéndolo a él. La rutina y la costumbre llevan acompañándonos un montón de años. Y a mí, la desgana, la apatía, la resignación y la falta de ilusión también.

Lo digo con tal convicción y tanta pena que Lourdes me besa. Y me limpia los ojos con una servilleta de papel.

—No intento sacar la cara por Juanma, Raquel, no me interpretes mal. Pero es que me da miedo que estés persiguiendo aire.

He cogido sus manos entre las mías, porque ahora es a ella a la que se le vidrían los ojos.

—Puede ser. Pero es que ahora tengo claro que la felicidad no va a venir sola, hay que salir a buscarla. No puedo esperar paciente a que se produzca el milagro, como he estado haciendo media vida.

—La felicidad —repite ella, abstraída—. La felicidad son momentos, Raquel.

—Sí, eso dicen. Pero mis momentos son tan efímeros que apenas me da tiempo a disfrutarlos. «Tú no puedes quejarte, disfruta de lo que tienes», me dicen muchos. Pero es que lo que tengo no es lo que yo quiero. ¿Voy a seguir viviendo así la media vida que me queda? Si no dejo espacio para que entre aire nuevo, nunca sabré si puedo respirar mejor o no.

—Todo esto podrías haberlo hecho antes si te sentías tan mal. Nunca me habías hablado tan claro ni con tanta franqueza. Ahora me arrepiento de haberte dicho que eran cuentos lo que sentías, que en todas las parejas cocían habas.

—No has sido tú, he sido yo. Te habría mandado al garete sin problema de haberlo tenido claro. Pero no era así, me daba miedo. —Lourdes me

observa con el ceño fruncido, preguntándome en silencio por qué—. Siempre queremos guardarnos un as bajo la manga al tomar una decisión, siempre queremos contar con una alternativa que nos dé seguridad, que nos garantice que lo que vendrá es mejor que lo que dejamos. Saltar al vacío sin red da un vértigo que te mueres. Pero ahora sé que hay veces en que no queda más remedio que saltar a la aventura, pase lo que pase. Hay opciones que solo entran en juego cuando les dejamos espacio, Lourdes, solo entonces.

Ella asiente, intentando asimilar al máximo lo que le estoy diciendo, a juzgar por la expresión de su cara.

—No debemos conformarnos con una felicidad pobre por el simple hecho de no tener asegurado el futuro, eso es lo que intentas decirme, ¿no?

—Así es. Pero en parte me he dado cuenta de eso gracias a ti.

—Yo no he hecho nada, aparte de escucharte. Ni siquiera he sabido darte un mal consejo.

—Me has traído a este encuentro que es el que me ha hecho abrir los ojos, ¿te parece poco? Te voy a estar agradecida siempre. No solo por encontrarme a Gonzalo, sino por la luz que he visto a raíz de hablar con algunos de nuestros compañeros de entonces.

—Pues yo creía que no tenían unas vidas ejemplares, algunos me han dado hasta pena.

—Acabas de poner el dedo en la llaga otra vez. Ejemplares ¿para quién? Ayer vi que cada uno tiene un modelo de vida ideal. Beatriz cambió un puesto de trabajo de mayor categoría y mejor sueldo por pasar más tiempo con sus hijos, y ahora es un poco más feliz. Laura persiguió a un marido rico para poder vivir del diez sin dar un palo al agua, y ahora está radiante con sus tetas operadas, tanto como José Antonio Almagro con su cátedra de Química. La Ro-Ro busca niños de los que ocuparse porque no los tiene propios, mientras otras se lamentan de haberlos tenido porque les han cortado las alas en lo profesional. Manuel Ortega no hubiera dudado en irse a la calle para aprender a pintar porque era su sueño; como Ana, pasando penurias de *au-pair* hasta meter la cabeza en el Parlamento Europeo. ¿Y Luis? ¿Qué me dices de Luis? Pasó por un calvario cuando salió del armario, pero esa era una muerte necesaria para poder vivir después como quería vivir, sintiéndose libre con su forma de sentir.

»Si te das cuentas, no hay una vida ideal, Lourdes, ni un modelo que seguir. ¿Sabes cuál es la panacea para ser feliz?

Lourdes me mira extasiada, he cogido carrerilla y no puedo dejar de

hablar, las ideas se me muestran ahora cristalinas como nunca.

—Dímelo tú —me dice, con el ceño fruncido en señal de concentración, como quien está escuchando un descubrimiento único, aunque este sea imposible de secundar.

—Vivir en consonancia con lo que *tú* quieres y como *tú* quieres — afirmo, con énfasis—, aunque tu vida a otros les parezca una mierda. Algo tan sencillo y tan difícil de ver. Y sobre todo, de defender.

—A veces, lo que parece más simple es lo más complicado, sobre todo porque los demás se empeñan en poner obstáculos.

—Sí. Hasta el punto de que nos obligan a caminar por la ruta marcada, lo queramos o no. Yo no soy feliz a pesar de lo que tengo porque no es la vida que quería vivir, en ningún sentido. He ido dejando ideales, proyectos, sueños por el camino, mientras que otros sí que han luchado por aquello en lo que creían. —Le hablo a Lourdes, pero me parece casi una excusa para verbalizar lo que me corroe, para expresar en voz alta lo que en realidad me estoy diciendo a mí misma—. Ahora tengo la oportunidad de romper y empezar de nuevo, de reorientarlo todo. Me queda otra mitad de vida por delante para vivir o para terminar de morir, una de dos. Y debo arriesgarme, Lourdes. Quizá Gonzalo no pueda formar parte de mi mundo, se ha marchado apartándome a un lado y sé que sin él mi felicidad nunca será completa. Pero aun así no puedo volver con Juanma, porque no sería honesta con él ni conmigo misma.

Mi amiga ha enmudecido, no así mi teléfono, que vuelve a vibrar. Es un wasap. Veo la hora antes de contestar. Las ocho y media. Ha amanecido sin darnos cuenta, la claridad del sol rebota en la fachada de en frente y sus reflejos dorados se cuelan en el local. Con un gesto de manos pido la cuenta y manipulo mi móvil, advirtiéndole al tiempo a Lourdes que pago yo.

Abro el mensaje de Juanma.

«Me tenías preocupado, pero ya me ha dicho Lourdes que todo está bien. Juego al tenis a las diez, ¿nos vemos para comer? Puedo reservar mesa en el Almudaina, ¿te parece bien?».

Suspiro profundamente, cerrando los ojos. Y con un leve temblor de manos, contesto:

«Prefiero un lugar tranquilo. Tenemos que hablar».

Capítulo 13

Este camisón de hospital me queda fatal, es una auténtica patada al glamur y a la comodidad. Se me enreda al girarme y no me deja moverme con libertad. Al final terminaré con él reliado en la cintura o a saber cómo para que no me incordie al dormir, si es que lo consigo. Dormir. Porque los nervios de lo que pueda pasar mañana actuarán como un sereno, cantando las horas y diciendo a viva voz que todo está en calma. Menos yo.

Lourdes se acaba de marchar y me ha dejado en compañía de esta nana que, a base de ronquidos, me está cantando la señora acostada en la cama de al lado. Y desafina. Así es que, para no castigarme y poder relajarme, echaré mano de un antiguo mp3 con música que me ha dado Juan Ángel, mi hijo mayor, antes de ingresar.

No me ha extrañado demasiado ese detalle de mi hijo que, dicho sea de paso, no hubiera tenido tiempo atrás. Cuando me separé de Juanma comenzó a cambiar nuestra relación, como si de pronto mi decisión y mi autodeterminación respecto a mi propia vida hubiera despertado en él un respeto hacia mí que antes no tenía. O tal vez sea que empezó a sentirse en la obligación moral de ocupar el lugar en casa que su padre había dejado. No lo sé muy bien, sigue desconcertándome esta juventud, es un mundo aparte en el que todo es posible, hasta lo más inverosímil.

Se lo conté todo a mis hijos en cuanto tuve oportunidad, sin tapujos. Me dije que la única forma de hacerlos crecer y madurar es cargando sobre ellos el peso de la verdad, de la cruel realidad, quitarles los algodones que nos empeñamos en mantener a su alrededor —como si fueran la judía del experimento— hasta que sus raíces son tan largas que terminan por tropezarse con ellas en ese espacio tan reducido que les dejamos para maniobrar. Les hablé de Gonzalo, de cómo había influido en mi vida desde que lo conocí y de lo que había pasado entre nosotros el día del reencuentro de compañeros. Y

les hablé de cómo había encontrado a su padre, esperándome en el salón esa mañana de domingo de hace cinco meses, cuando llegué a casa después de tomarme, en compañía de Lourdes, aquel café de madrugada que tan clarificador y decisivo resultó para mí.

Juanma no se había marchado a jugar al tenis, como tenía previsto. Por mi ausencia nocturna y por las palabras de mi mensaje intuyó que algo grave ocurría. Me conocía. Más de lo que yo podía esperar. Cuando abrí la puerta lo encontré sentado en un sillón, con la mirada perdida en el silencio, el codo apoyado en el asiento y la cabeza reposando en su mano. Levantó la cabeza y me dedicó una mirada elocuente, con la que me indicaba que estaba dispuesto a escuchar lo que tuviera que decirle. Sin esperar a nada. Lo saludé, solté el bolso, me descalcé y me senté frente a él, apoyando los codos sobre mis piernas y entrecruzando los dedos de ambas manos sobre mi boca. Suspirando. Pensando cómo y por dónde empezar. Hasta que me dije que bastantes años habíamos estado guardándonos la ropa, que había llegado el momento de hacer alarde de franqueza llamando a las cosas por su nombre, sin remilgos.

—He pasado la noche en una habitación de hotel, Juanma, con un compañero. Con mi amor de juventud. Me he acostado con él.

Lo dije con todo el dolor de mi corazón, con toda la dulzura y la pesadez de palabra que salieron de mí espontáneamente en ese instante. Mirándolo a los ojos, sosteniendo su mirada. Por primera vez noté que me traspasaba, que intentaba ver a través de mis pupilas lo que había dentro de mí, lo que sentía, lo que quería, mi intención con todo aquello. Apretó los dientes, con la perplejidad y un gesto de incredulidad pintados en su rostro, como si yo no fuese capaz de hacer nada semejante, como si jamás se le hubiera pasado por la cabeza la posibilidad de que yo también le fuera infiel. Tragó saliva. Varias veces. Podía ver como su nuez ascendía y descendía nerviosa mientras guardaba silencio. Un silencio hiriente. Doloroso.

—No lo he hecho por venganza —continué diciendo, ante su estupor—. No he querido hacerte pagar con tu misma moneda, créeme. Lo he hecho porque lo sentía, porque lo necesitaba, porque era una asignatura que teníamos pendiente desde hacía un cuarto de siglo.

Se pasó ambas manos por el pelo con la cabeza gacha, mirando al suelo. Y así se quedó un buen rato, en esa misma postura. Sin mirarme. Derrotado y descolocado. Yo me frotaba las manos sin saber qué hacer, si mantenerme a distancia, abrazarlo, tocarlo o acariciarlo para consolarlo. Se me saltaron las lágrimas, me sentí fatal. Por mí misma y por él. Por el daño que le podría estar

haciendo. Aunque no escuché ningún reproche, no sé si porque aún no le había dado tiempo a reaccionar o porque no se creía en el derecho de hacerlo.

—Juanma, yo te quiero —le dije, con la voz quebrada. Él levantó la vista y volvió a mirarme, todavía en silencio—. Pero ahora sé que no te amo como a él, nunca lo he hecho. ¡Lo siento, de veras que lo siento! He intentado que lo nuestro funcione, adaptarme a ti, olvidar lo de Claudia, reconstruir nuestra relación... Pero no sería honesta si continuara contigo, te seguiría traicionando porque lo que siento no puedo arrancármelo de aquí —me señalé el corazón—, es demasiado fuerte, demasiado intenso.

Se le aguaron los ojos.

—¿Me estás dejando, Raquel? —Me lo preguntó con afectación en la voz, más de la que yo podía esperar. Pero no contesté, la pena que había en mis ojos ya evidenciaba lo que callaba—. Te quiero —me dijo entonces—. Te pido perdón por haber sido un imbécil, por haber jugado contigo, por haberte faltado al respeto, por no haber sabido contenerme, por no decirte nunca que vales más que cualquiera otra con la que haya podido cruzarme.

Respiré hondo.

—¿Y por qué nunca me has dicho eso, Juanma? ¿Por qué nunca me has demostrado lo me estás diciendo ahora?

Cabeceó negando, sin acertar a encontrar una explicación plausible.

—Porque estabas ahí, supongo. Siempre estabas ahí. Pasara lo que pasara.

Me tembló el mentón al escuchar la resignación y el lamento con que lo dijo.

—Ahora ya es tarde —afirmé, con las lágrimas nublándome los ojos.

—Yo saqué a Claudia de mi vida y no he vuelto a tener nada con ninguna otra mujer, tú puedes hacer lo mismo, Raquel.

—No lo entiendes, Juanma. Lo tuyo era sexo, lo mío es amor. Y hay una diferencia clara: la cabeza manda en lo que hacemos, pero no en lo que sentimos. Podemos obligarnos a no estar con alguien, vetarnos su compañía; pero nunca podremos obligarnos a no quererlo. —El nudo en la garganta me ahogaba—. Yo no quiero jugar contigo, no quiero estar contigo mientras pienso en él, no quiero que te arrebatte nada de lo que debería ser exclusivamente tuyo, aunque no esté presente, aunque solo esté en mi cabeza. No mereces quedarte a la postre siendo mi marido, Juanma. Pero no puedo ofrecerte otra cosa. —Arranqué a llorar—. No puedo.

Él se levantó, secándose las lágrimas con las yemas de los dedos. No

podía imaginar cuando entré por la puerta que reaccionaría así, no podía sospechar que fluirían sentimientos hacia mí que yo desconocía; el poder de las pérdidas, que siempre nos hace despertar de la confianza extrema y de esa ilusoria seguridad que sentimos, tan peligrosas.

Continué sentada mientras él miraba por la ventana de espaldas a mí. Absorto.

—No pretendo que me perdones —le dije—. Lo que quiero es que nos concedamos la oportunidad de ser felices por separado, cada uno con su vida, viviéndola como nos plazca, sin censuras, sin obligarnos mutuamente a actuar en contra de lo que nos pide el cuerpo y los sentimientos.

Se mantuvo inmóvil por un tiempo que me pareció interminable. Hasta que al fin se giró, cabizbajo y deshecho.

—Necesito pensar, Raquel. Sabía que te había ocurrido algo, pero esto...

Asentí, partida en dos, por el dolor de Juanma y por el mío propio, inmenso e intenso por perder a los dos hombres de mi vida en menos de veinticuatro horas. Por estar a punto de renunciar a todo sin poder aspirar a nada. Tan solo a un sueño que se había alejado hasta lo inalcanzable.

Las dos semanas siguientes fueron horribles. Nos esquivábamos porque no sabíamos lo que decirnos. Nos mirábamos de reojo e indágabamos, a través de los niños, cómo estábamos. Apenas volvimos a hablar del tema. Tan solo una tarde. Mientras yo tomaba un café en la cocina, Juanma propuso ponerlo todo en manos de un abogado único que nos permitiera cumplir con los trámites legales de común acuerdo. Y yo accedí. A la semana siguiente, me comunicó que había alquilado un piso en Badajoz para quedarse a vivir allí mientras durara la instalación de tres sucursales bancarias para las que habían firmado contrato. Terminaba así una convivencia tensa y dolorosa para los dos. Un calvario de sentimientos encontrados y confusos, de lamentos silenciosos, de impotencia por una vida deshecha que tardaríamos tiempo en reconstruir.

A los dos meses, cuando Juanma abandonó la casa de manera definitiva, lloré durante horas recostada en la puerta, maldiciendo los avatares de un destino que me había llevado por donde había querido, produciéndome más daño que bien. Me quedé hundida, sin nada a lo que aferrarme, sin un faro que me guiara por el camino adecuado, sentada en la nada. Encontré apoyo en mis hijos. Un apoyo sin palabras, pero sin reproches. Sin ánimos exacerbados, pero sin obstáculos para mostrarme tal cual me sentía. Y los respeté como nunca lo había hecho, porque sé que a pesar de no entenderme, también me

respetaron a mí.

Me incorporé al trabajo en septiembre y conseguí evadirme, a golpe de rutina y niños, del vacío que sentía. Pero solo en las mañanas. Al comenzar la tarde, el mundo se me caía encima y solo encontraba alivio en la imagen de Gonzalo y en la vida imaginaria que dentro de mi cabeza iba construyendo con él, como si estuviera loca. Pensaba en él. Soñaba con él. Y hablaba con él. Le contaba mis batallas pedagógicas, mis desvelos, mis problemas, mis disputas y razonamientos, como si fuera el amigo imaginario con el que tantas veces jugamos de pequeños.

Hasta que una mañana de sábado a primeros de octubre, sentada en el porche que da al jardín, el olor a césped recién cortado y la brisa que mecía los árboles me sacudieron como un fantasma, susurrándome al oído que no estaba cumpliendo con lo que me prometí, con lo que tan convencida dije que debía hacer durante mi café con Lourdes aquella mañana a las seis: buscar la felicidad, luchar por ella, no esperar de brazos cruzados a que se produzca un milagro que nos invite de nuevo a vivir. No había renunciado a mi vida para no reconstruirla. Ni había dicho adiós a Juanma para resignarme a mantener la distancia que me había impuesto Gonzalo.

Me levanté de la silla, fui en busca del portátil y entré en Facebook para comprobar si aún permanecía abierto el grupo del instituto que había creado Lourdes para el encuentro. La actividad había menguado, pero allí estaba. Busqué a Cristina y le pedí amistad. Quería estar al tanto de los pasos de Gonzalo y ella era la persona idónea a través de la que conseguirlo. No quería convertirlo en una obsesión, ni siquiera acercarme a él si no lo quería, pero tampoco renunciar sin lucha alguna. Sin al menos haberlo intentado.

Face me notificó de inmediato que mi solicitud había sido aceptada, Cristina estaba conectada en aquel momento. Entonces cerré los ojos y no lo dudé. Con las manos sudorosas le escribí un mensaje privado saludándola e interesándome por él.

—Gonzalo está mal, Raquel. Los tratamientos dejaron de funcionar y ha entrado ya en la fase aguda.

Leí su contestación unas cuantas veces. ¿Tratamientos? ¿Qué tratamientos? ¿Y qué era eso de la fase aguda? Me alarmé.

—Perdona, Cristina, pero no sé a qué te refieres.

—A su enfermedad, Raquel. —El corazón se me aceleró y dejé de escribir. Ella debió intuir que seguía sin comprender al no recibir respuesta alguna por mi parte—. Gonzalo tiene leucemia, ¿no lo sabías?

Me separé del teclado y comencé a respirar de forma acelerada y superficial, con un ataque de ansiedad evidente. Escondí la cara entre las palmas de mis manos y rompí a llorar con desconsuelo, sin poderme controlar, jadeando, creyéndome morir de rabia, dolor, impotencia, de enfado contra un destino que seguía manejándonos a su antojo como siempre había hecho, burlándose de nosotros, empeñado en jugar con las cartas marcadas para terminar ganando siempre, a pesar de lo que hiciéramos. Recordé haber visto *Love Story* junto a él, en el cine de verano que había en el pueblo, y haber llorado a lágrima viva sin saber que mi sufrimiento sería peor que el de Rian O'Neil; él al menos había compartido una parte de su vida con Ali McGraw. Yo no había tenido esa suerte con Gonzalo.

Cuando pude reaccionar, me eché agua fría por la cara para poder sentirme, para asegurarme de que seguía viva. Me parecía increíble que me marchara a una comida una mañana de sábado con todo mi mundo en orden y que hubiera vuelto de ella con un caos absoluto y sin posibilidad de reconstrucción, como si un terremoto lo hubiese desmoronado sin piedad.

Volví a portátil, sin saber si Cristina aún seguiría allí.

—No lo sabía —escribí, a duras penas.

Ella tardo en contestar, pero lo hizo.

—Lleva tiempo, Raquel. Tenía una leucemia crónica y ha conseguido mantenerse con los tratamientos que le han ido administrando, pero ya han dejado de ser efectivos. Ahora ya está en la fase aguda de la enfermedad, la más jodida.

—¿Y eso qué significa? —pregunté, aterrada.

—Que el pronóstico no es demasiado alentador. Le pusieron un tratamiento más agresivo, con quimioterapia, para conseguir reducir el cáncer, pero han salido los resultados de la biopsia de médula ósea y no son tan buenos como esperaban. Todavía hay células leucémicas en un número elevado.

No quería saber más datos médicos, me perdía en los tecnicismos, quería saber lo que iba a pasar con él, se me iba a salir el corazón del pecho si no me lo decía claro.

—¿Y entonces? —pregunté.

—Además de ponerle otro ciclo de *quimio*, están valorando el trasplante. Se me caían las lágrimas sobre el teclado. Incontroladas.

—Cristina, cuando nos vimos en la cita de nuestra promoción, ¿Gonzalo ya estaba en esta fase que me has dicho?

—Creo que no se lo habían diagnosticado todavía, tenía la revisión más tarde. Pero él sabía que algo andaba mal, se conoce muy bien.

En ese momento lo entendí todo. «No quiero joderte la vida», eso había dicho él en la habitación del hotel. Y no era por dañar mi matrimonio, maldita sea, era por él, porque estaba enfermo y no quería echar por tierra mi felicidad futura con sus males. No renunció a verme porque lo hubiera decepcionado, o porque de verdad pensara que debía volver con Juanma, sino porque él no iba a ser capaz de darme lo que yo tanto había soñado. No quería verme sufrir.

Me dolía el pecho y la cabeza, me latían las sienes como si danzaran al son de un redoble de tambores.

—¿Te importa que te pregunte de vez en cuando, a ver cómo va?

—No, claro que no. Y si hay alguna novedad importante, yo te aviso. Sé lo que significáis el uno para el otro, Raquel —escribió, para mi sorpresa, despertando aún más mis sentimientos al saberme comprendida.

—Gracias.

Apagué el ordenador y me pasé unas cuantas horas mirando el horizonte, como si nada existiera, como si todo se hubiera esfumado de golpe y porrazo. Mi esperanza también se marchaba para no volver. Hasta ese instante me había estado alimentando de ella, la posibilidad de estar con él algún día me había mantenido viva. Si me dejaba para siempre no sabía lo que sería de mí.

No le pregunté a Cristina si podía verlo, si estaría dispuesto a recibirme. Ya no estaba con Juanma, había roto con mi marido, aspiraba a una nueva vida, intuía el motivo por el que había renunciado a mí y yo quería acompañarlo, animarlo, abrazarlo en esos días tan angustiosos para él. Pero no sabía qué hacer, si respetar su intimidad o saltármela a la torera aun a riesgo de contrariarlo, de hacerlo sentir peor de lo que ya estaba.

Seguí casi a diario su evolución, recibiendo ansiosa la información de Cristina, como quien bebe del elixir de la vida. A las dos semanas me confirmó que la idea del trasplante seguía adelante y que habían activado el protocolo para buscar donante en el Registro de Donantes de Médula Ósea, porque preveían que no sobreviviría sin él. La noticia me cayó como una bomba. Me atreví a preguntarle entonces lo que le había contado Gonzalo sobre nosotros, aludiendo a lo que me había dicho en nuestra primera conversación. «Gonzalo te ha tenido siempre en la cabeza, Raquel, y en el corazón. Cuando volvió de Madrid hace unos años para vivir de nuevo aquí se planteó buscarte, pero lo frenó el hecho de que estuvieras casada, sobre todo porque no sabía si seguirías sintiendo algo por él, después de tantos años.

Luego apareció la enfermedad y eso lo dejó sin esperanzas, no quería que sufieras con él ni por él, Raquel. Ahora ya no tiene ánimos de nada, porque dice que no tiene nada por lo que luchar. Esta vida no le ha dado la oportunidad de ser feliz».

Las palabras de Cristina me rebelaron. La vida no le había dado la oportunidad de ser feliz. ¡Y quién mierda era la vida para tomar decisiones por nosotros, con qué derecho se creía para arrebatarnos la libertad de elegir, de disfrutar, de gozar, de sentir como queríamos sentir, de emocionarnos, de permitírnos abrazar a quien quisiéramos hasta el mismo momento de morir!

Yo quería luchar. Tenía que luchar.

Y así lo hice.

Llamé a Cristina, por teléfono esta vez, y le pedí la ayuda que necesitaba porque tenía un palpito tan fuerte que asustaba. Quería ser abanderada en esa guerra porque sentía en mi fuero interno que algo tenía que hacer, que el destino me había reservado un papel crucial en la vida de Gonzalo, que no había reaparecido en ella por casualidad, ni tampoco con el único objetivo de ultimar una relación amorosa interrumpida tiempo atrás.

Y no me equivoqué.

Hay líneas vitales destinadas a alterar aquellas otras con las que se cruzan. Encuentros destinados a modificar futuros de manera irreversible. Y no son fortuitos, están ahí para cumplir con la función que les dio vida. El destino juega con las cartas marcadas, que no son otras que nosotros mismos, dispuestos sobre la mesa en el momento preciso y con una finalidad concreta. Gonzalo y yo habíamos formado parte, por segunda vez en veinticinco años, de la misma baza, en una partida que nada tenía de rutinaria. Estaba segura de que él y yo estábamos predestinados a ligarnos, y no era solo en el amor. Tal vez fuera la maldita lluvia la mano mágica que propiciara esta debacle en mi vida, empujándonos hacia esta segunda oportunidad. Además de Lourdes, mi ángel.

Prometí no aparecer físicamente ante Gonzalo para garantizarle que siguiera viviendo con la paz que pretendía, sin lamentarse por lo que no era capaz de darme. Y lo respeté. Pero no me crucé de brazos. El destino me señalaba con el dedo, me había elegido para cumplir su mandato.

Pedí a Cristina que me acompañara al hospital, no había ningún donante de médula compatible en el Registro y supe que sería yo. Yo sería quien se la regalara, quien le devolviera la vida para poder amarlo como siempre quise. Como siempre lo deseamos.

Nos fundimos en un abrazo apretado y sentido cuando nos confirmaron

los resultados positivos del estudio de compatibilidad. Y lloramos como idiotas. Las dos.

Me informaron del proceso y firmé. A pesar de no ser la donación más sencilla. No me daba miedo la anestesia general, ni la punción, ni la recuperación posterior. Me daba miedo vivir sin él. Me aterraba vivir sin él. Nada más.

Ahora espero nerviosa, en el silencio de la noche, a que amanezca, refugiada en esta habitación de hospital. Celebraré el sol y el nuevo día, porque no será uno más, sino el que selle una alianza vital entre él y yo, invisible pero sentida. Será el que trace entre nosotros una ligazón férrea que nada podrá romper.

Y volverá el color a sus mejillas. Y mirará al futuro con los ojos victoriosos. Y recuperará la esperanza porque le perderá el miedo al amor. A nuestro amor.

Entonces revolotearán las mariposas sin obstáculos ni censuras.

Las tuyas y las mías.

Epílogo

Navego por *Face* para entretenerme un rato, para hacer tiempo antes de salir. Lourdes se ha empeñado en que la acompañe al centro para comprar un detalle con el que obsequiar a su chico en este día tan señalado, 14 de febrero, el de los enamorados. No deja de ser una excusa para sacarme de casa, sabe que algunas celebraciones me ponen blandita y no quiere que me coma el coco tontamente, que me machaque.

La red está plagada de corazones rojos, de rosas rojas, de besos color carmesí con labios impresos en tarjetas cursis, románticas, pasionales. Los mensajes y las declaraciones de amor profundo se trasvasan de unos muros a otros, como si hubiera dejado de estar de moda la intimidad. Y los «me gusta» se cuentan por centenares, empapados todos en la nostalgia y en la sonrisa boba que produce tanto el amor propio como el ajeno, tan celebrado hoy.

No publico nada, solo miro, arriba y abajo, hasta que me canso y me dispongo a apagar. Entonces me aparece un «1», también en rojo, sobre el icono de los mensajes. Dudo si atenderlo o ignorarlo porque no dispongo de mucho más tiempo.

Con un gesto dubitativo, lo termino pinchando, solo para desvelar quién es, no puedo irme sin satisfacer la curiosidad. La lista se me despliega mostrando arriba y en negrita el nombre y el comienzo del mensaje que me acaba de entrar. Me quedo muerta. Un calambrazo me sube a las sienes hasta erizarme el pelo y el corazón empieza a bombear sangre como si fuera a estallar.

«Gonzalo Murillo». Y el dibujo de una guitarra a su lado, como imagen de perfil.

Lo abro y se me nublan los ojos, se me reseca la boca y comienzo a temblar, antes de arrancar a llorar.

«Se nos quedó una cita pendiente. En las rocas. Entre jaras y

eucaliptos. Con una manta, unas cervezas y mi guitarra, que todavía conservo.

El sábado habrá luna llena.

Te espero».

Agradecimientos

A Alberto González, mi amigo y, una vez más, mi acompañante literario —o lector subcero, como yo lo llamo—. Gracias por tus comentarios, por estar ahí, por el entusiasmo con el que acoges cada proyecto que emprendo y por la forma en que lo disfrutas de principio a fin. Por animarme y por creer en mí hasta el punto de repetirme, en todo momento y convencido además, que soy capaz de conseguir lo que me proponga. No sabes el empuje que supone para mí.

A María José Moreno, mi bruja amiga y escritora. Gracias por hacerme hueco entre tus múltiples tareas para leerme y darme toda la caña que haga falta con el objetivo claro de obligarme a mejorar mi obra, por ejercer de psiquiatra de mis personajes para asegurarnos de que son coherentes, por estar ahí siempre que te necesito, sea para lo que sea.

A Mayte Esteban, mi otra bruja, amiga y también escritora. Gracias por leerme y por estar siempre tras la pantalla para debatir, sobre todo, los aspectos formales de lo que escribo, por apoyarme y brindarme tu experiencia, tus consejos y tus conocimientos en relación con los entresijos de este mundo tan complicado, por el que me resultaría más difícil navegar sin un faro como el tuyo, siempre encendido.

A Víctor Fernández Correas, mi amigo y escritor. Gracias por confiar en mí y permitir que me acerque a tus letras, de las que disfruto y aprendo, y por prestarte a ejercer también de lector cero compartiendo conmigo tus impresiones. ¡Ah!, y por decirme de vez en cuando que soy la hostia escribiendo y transmitiendo sentimientos; viniendo de un maestro como tú no sabes qué subidón me produce.

A mis tres mosqueteras, Isa, Inma y Lola. Gracias por vuestro entusiasmo y vuestro apoyo, por hacer que nunca me encuentre sola, vaya donde vaya, por compartir conmigo viajes y momentos de una forma tan cómplice y, por qué no, tan divertida. Gracias por hacerme saber que siempre puedo contar con vosotras para lo que necesite.

A mis lectoras y lectores fieles. Gracias por seguirme la pista y compartir a menudo conmigo vuestras impresiones de lo que escribo a través de la red, por emocionaros y hacerme sentir que merece la pena invertir mi tiempo en las

letras, por haceme saber que estais esperando leer lo próximo que escriba — como esta obra—, porque no hay motor más eficaz que ese cuando me siento a escribir.

A quienes me habéis leído por primera vez, por darme una oportunidad para conquistaros y haceros sentir.

Sobre la autora



Nacida en Pozoblanco (Córdoba), en 1967, aunque reside en la capital cordobesa desde su infancia. Es licenciada en Psicología – Especialidad de Psicología Clínica- por la UNED y funcionaria de la Administración General del Estado (Ministerio de Empleo y Seguridad Social). Aficionada a la escritura desde corta edad y apasionada de la vida, la psique y las relaciones sociales y humanas, hace de la literatura un medio de entretenimiento con el que transmitir, además, la realidad de nuestro tiempo y las emociones, reflexiones y sentimientos que suscita en quienes la viven.

En 2011, irrumpe en el mundo literario con una recopilación de relatos de ficción de corte intimista, «Ellas También Viven. Relatos de Mujer» (Editorial Círculo Rojo), al que sigue la publicación en abril de 2014 de su primera novela de Ficción Contemporánea, titulada «Los colores de una vida gris» (Amazon). Con su segunda novela, «¿A qué llamas tú amor?» (Editorial Palabras de Agua – octubre 2014), se adentra en el ámbito de la literatura erótica, sin perder por ello el carácter intimista y reflexivo que hace de esta una obra que va mucho más allá del sexo.

En octubre de 2015, se alza como ganadora del Concurso de Post Solidarios 2015, organizado por la Fundación Mutua Madrileña con motivo de los III Premios al Voluntariado Universitario, con el relato de ficción «Algo más que un buen amigo», publicado —entre otros medios— en el blog literario que administra.

A lo largo de 2015 y 2016 ha formado parte de diversas antologías de relatos y microrrelatos: «Divergentes —20 miradas sobre Pedroche—», editado por el Excmo. Ayuntamiento de Pedroche (Córdoba); «Sensaciones y sentidos II» (Diversidad literaria), «Porciones del alma» (Diversidad literaria), «Deseo eres tú» (Kelsonia Editorial) y «La librería más bonita del mundo» (Editorial Playa de Ákaba).

En varias convocatorias, ha formado parte del jurado del premio de narrativa «Antonio Porras», convocado por el Excmo. Ayuntamiento de Pozoblanco (Biblioteca Municipal).

Paralelamente, gestiona el «Blog literario de Pilar Muñoz» —en el que publica relatos cortos de su autoría—, así como la «Página literaria» de su mismo nombre en Face-book.

Enlaces:

Correo electrónico: ellastambienviven@gmail.com

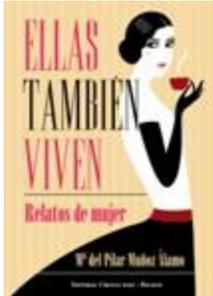
Blog: www.ellastambienviven.blogspot.com

Página de facebook:

<https://www.facebook.com/paginaliterariapilarmunoz/?ref=hl>

Twitter: <https://twitter.com/PILARMUOZALAMO>

Otras novelas de la misma autora



Nosotras también soñamos, amamos, sufrimos... Somos partícipes de múltiples e interesantes vivencias con las que disfrutamos, aprendemos, reímos o lloramos, con las que crecemos física y emocionalmente, y que gustamos de compartir abiertamente con quienes nos rodean. Calificadas injustamente como el sexo débil y relegadas en muchos casos al silencio y al olvido, gozamos de buenas razones para alzar nuestra voz y expresar sin miedo lo que pensamos, lo que sentimos, lo que opinamos y lo que vivimos, en conjunción con la riqueza de matices que envuelve nuestra femenina forma de ser y que, indudablemente, nos hace ser especiales.

Esto no es sólo una recopilación de relatos. Es un paseo repleto de sentimientos y emociones que te llevará, de la mano de sus protagonistas, a sumergirte en un mundo de vivencias y experiencias que te cautivarán, y cuyo final, sin duda alguna, no te dejará indiferente.

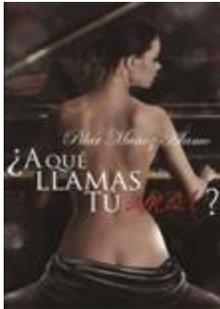


Cinco amigas de elevado status social y económico deciden secundar el juego aberrante e inmoral propuesto por una de ellas en estado de embriaguez, en el que aflora con fuerza su más primitivo deseo de venganza. Sus vidas acomodadas y su carencia de escrúpulos –unido a razones de índole personal- las incitarán a llegar hasta el final, observando cómo el destino de

una de ellas experimenta un giro radical que la aboca a un futuro de consecuencias imprevisibles plagado de obstáculos que nunca creyó tener que afrontar, y bajo la sombra de una amenaza cuyo origen desconoce.

Un destino truncado para una mente vacía. Una vida inmersa en un nuevo mundo gris.

¿O tal vez no?



Jana, una atractiva periodista próxima a los cuarenta, se siente hastiada de sacrificar su vida en favor de su matrimonio con Julio, un escritor de éxito centrado en sí mismo y en su profesión. Tras tomar la decisión de romper con todo, Hugo —un nuevo compañero de trabajo— irrumpe en su vida haciendo que descubra una parte de sí misma que desconocía. La atracción sexual que surge entre ambos parece no tener límites, empujándola a vivir experiencias impactantes que provocarán en ella un dilema moral para el que no sabe si está preparada.

Julio y Hugo, dos caras de una misma moneda llamada AMOR que marcarán la vida de Jana.

«¿A qué llamas tú amor?» Una novela intimista de corte erótico que puede alterar las bases de tu propia relación.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras novelas de la misma autora](#)